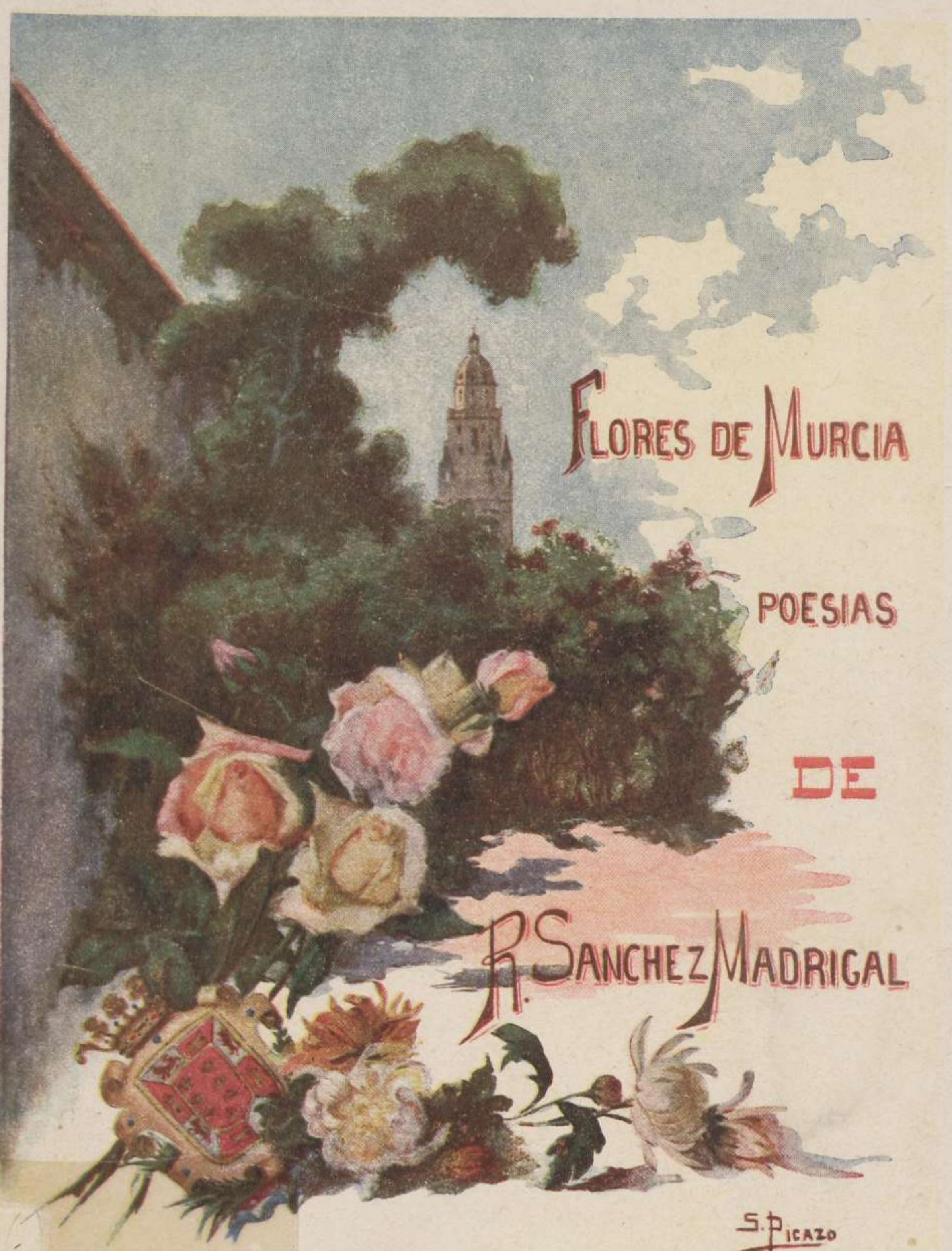

FLORES DE MURCIA
POESIAS
DE
R. SANCHEZ MADRIGAL
S. PICAZO

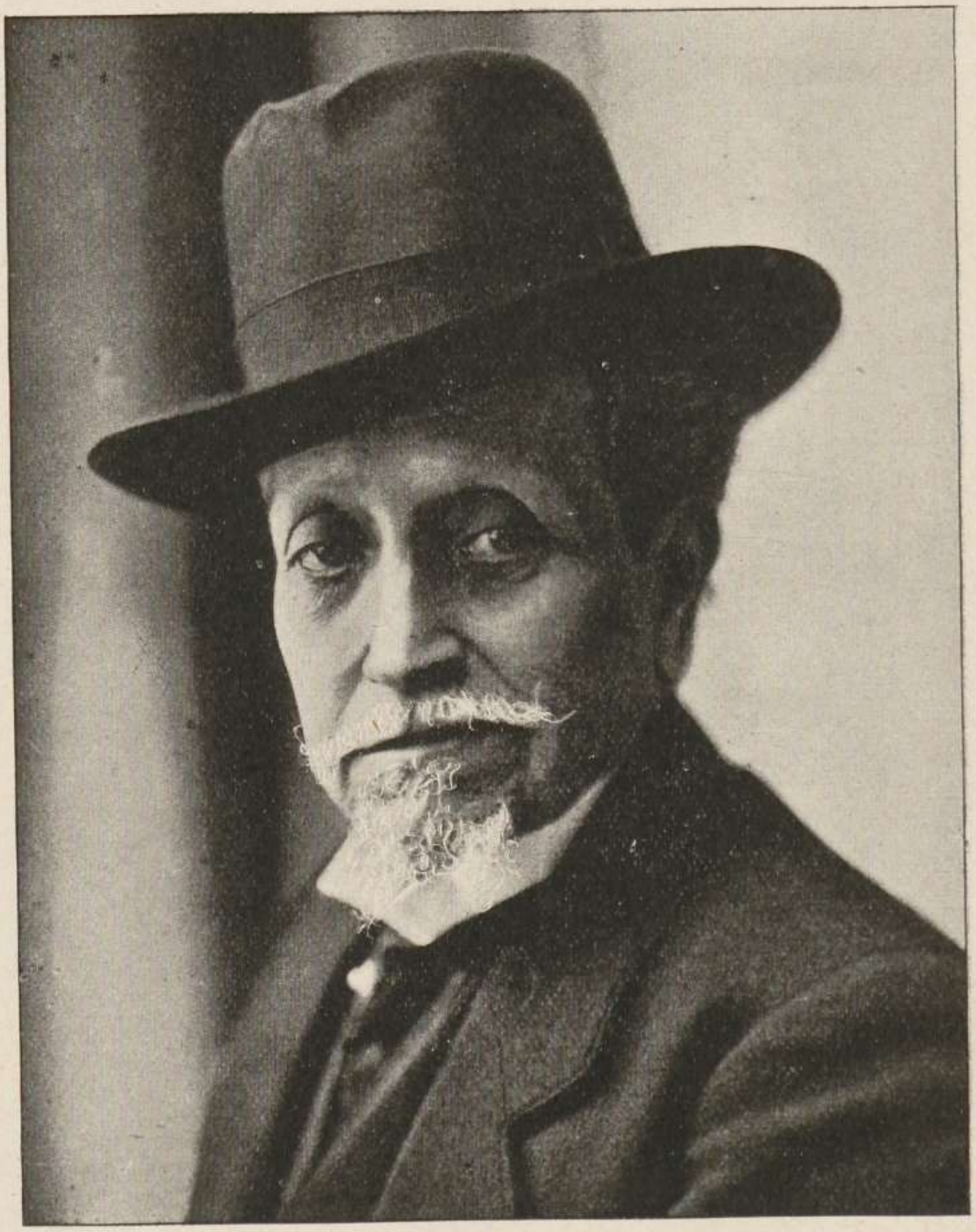
BIBLIOTECA REGIONAL
1105086

t
12026

DMU
2515

FLORES DE MURCIA

POESIAS



D. RICARDO SANCHEZ MADRIGAL

1844-1925

R. 102.508

CONSEJERÍA DE CULTURA Y EDUCACIÓN
BIBLIOTECA REGIONAL
MURCIA

RICARDO SANCHEZ MADRIGAL

(1844-1925)

FLORES DE MURCIA

SELECCIÓN PÓSTUMA DE POESIAS

MURCIA
1927

PROCEDENCIA BIBLIOTECA
CARLOS RUIZ-FUNES

TIPOGRAFIA «SAN FRANCISCO».—SAN NICOLÁS, 39, MURCIA

PRELIMINAR

La colección de poesías impresas bajo el título de *Flores de Murcia*, es un homenaje que rinde la Ciudad a la memoria de su llorado poeta don Ricardo Sánchez Madrigal: Lo certifica el acta de la Comisión Municipal Permanente que literalmente se transcribe, no menos que la serie de nombres que se sumaron a la suscripción iniciada generosamente por el Excmo. Ayuntamiento.

Este libro tiene, además, el valor de haber llevado a la realidad lo que fué, sobre todo en sus postreros años, el bello ideal de nuestro excelso poeta: ver coleccionadas buena parte de sus obras, o por lo menos, aquellas que no se dieron a la estampa, como las galardonadas en certámenes, cual *La Dolorosa de Salzillo* o *El Cancionero de D. Alvaro de Bazán*, u otras que lograron el favor y aplauso popular, como *El Cristo de San Miguel* y *El Angel de la Oración del Huerto*, o finalmente, como *El Bosque* y *El Canto a la Raza*, publicada (esta última) por la familia del vate, en ofrenda de cariño a su grata memoria.

Circunstancias que al Sr. Sánchez Madrigal no fué dable vencer, le impidieron dar cima a su deseo, para el que, tiempo ha, tenía apercibidos preciosos materiales: dibujos y composiciones de muy vario asunto y extensión, aunque sin distribuirlas por el orden en que, a su juicio, debieran ser impresas.

Labor de la Comisión nombrada por el Excelentísimo Ayuntamiento, ha sido el escoger unas cuantas, las que le han parecido preferentes para la estampa, aun

de las que, por la fecha, fueron sus primeras composiciones, prescindiendo de todas las mencionadas, y de otras notabilísimas, como *Las Siete Palabras*, preterida por su gran extensión. Con ésta y otras muchas, había materia para más de un volumen como el que se edita; pero, ni pensar siquiera en la realización de un proyecto que comprendiera varios tomos, proyecto que, aun siendo mejor, pudiera resultar por lo irrealizable, el peor enemigo de lo bueno.

Cuanto a las piezas teatrales (casi todas *de circunstancias*) se incluye una de las dos o tres inéditas, y entre ellas, la de más valía literaria. Bien pocos serán los que la recuerden; como que *La Dolorosa de Salzillo* sólo se puso en escena dos noches, a principios de 1881.

Tal cual lector echará de menos alguna nota biográfica de Sánchez Madrigal, nacido antes de promediar el pasado siglo (en 1844) y fallecido en plena lozanía de su espíritu, invencible a la ruina de la senectud, en 13 de Junio de 1925. La Comisión ha prescindido de todo lo que pudiera restar espacio a la inserción de la mayor suma de poesías, incluso al juicio y estimación crítica de una obra que ha gozado a veces por lecturas del poeta, de aquellos favores del público, galardón el más preciado de las felices produciones del humano ingenio. En realidad, la personalidad literaria del poeta se transparenta con tal vigor en cualquiera de sus obras...

Pero si algo faltaba para la cabal apreciación de las varias facetas en que se mostró, ora su clarísimo talento, ora su fértil ingenio, lo dan a satisfacción de cuantos se complazcan en la lectura de este libro, los cuatro interesantes y concienzudos trabajos en prosa (más el elocuentísimo resumen final del Sr. Obispo de Jaca, preconizado de Salamanca) leídos en la memorable velada literario-musical, que dedicó a su primer vicepresidente, el Círculo Católico de Obreros de Murcia, en la noche del 31 de Enero de 1926. En ella, notables poetas de esta ciudad, tejieron inmarcesible corona con las flores de su ingenio, en honor de quien por sus merecimientos y por su edad, parecía como «una institución» que rememoraba un pasado glorioso en el campo de las letras murcianas; un superviviente, que había llorado en dolorosas endechas o en sentida prosa, la muerte de sus coetáneos.

Un suceso local ocurrido unos días antes de que finaran los del poeta, dió ocasión a que, en la velada susodicha, se ofrendaran por labios femeniles, ante el

retrato de Sánchez Madrigal, velado por fúnebres crespones y como protegido por la enseña de la Patria, las más galanas flores de aquél su feliz ingenio, que jamás alentó sino a impulso de los más puros, nobles y generosos sentimientos. A mediados de Mayo de 1925, improvisada compañía de aficionados al teatro, puso en la escena de Romea *La Marsellesa*, de Fernández Caballero, a beneficio de «la Casa murciana». Varias señoritas actuaron en la interpretación de la bella página musical, o leyeron versos en honor del inspirado artista murciano, cuyo retrato orlado de flores, figuraba a la derecha del palco escénico. Madrigal quiso contribuir al homenaje que se rindiera al maestro Caballero, y al terminar la lectura de la composición que le dedicara, pudo gustar por vez postrera de una efusiva y entusiasta ovación. Luego, publicó interesante revista en «La Verdad», loando la labor irreprochable de actores y lectores, verdaderos artistas en la escena de Romea...

A poco finaron los días del poeta; y cuando la comisión del Círculo Católico preparó la solemne velada necrológica, cuantas señoritas leyeron versos en aquella fiesta teatral, aceptaron gustosas la invitación de ser intérpretes de cuatro selectas poesías de Madrigal, en la memorable velada. Así, las aladas estrofas de *El Angel de la Oración del Huerto* fueron sonoramente recitadas por Antonia Herraiz; Olimpia Santos acertó a dar característico matiz a los aureos versos de *La Sombra Eterna*, de tan profundos pensamientos como de bella forma; *La Palmera* halló una gentil lectora en Carmen Rodríguez; y, por fin, Araceli Fernández nos dejó sentir la deliciosa ternura de que está impregnada la composición *Aún hay talismanes*.

Tan selectas piezas literarias, y por tales intérpretes leídas... ¡quién hubiera despertado al poeta, siquiera por breves momentos, de su eterno sueño, para hacerle gustar la dulcedumbre inefable del homenaje...! Pero no; aunque poder humano hubiera, el poeta no querría despertar de aquel sueño que como realidad vislumbró tantas veces, gozándose en el futuro logro de la Verdad sin velos, de la Bondad suma y de la Belleza suprema, cuya imaginación hizo prorrumpir a Fr. Luis de León (carísimo a nuestro poeta) en una de las aureas estrofas de la oda *Noche Serena:*

Inmensa hermosura
que allí se muestra toda, y resplandece
clarísima luz pura,
que jamás anochece:
eterna primavera allí florece.

No vive ya Sánchez Madrigal para el goce de nuestras banales y fútiles glorias, ni el homenaje que le rindamos ha de acrecentar sus méritos reales; pero deber es de pechos nobles y agradecidos el proclamarlos, como lo hizo por manera solemne la Ciudad, intérprete del sentir de Murcia, donde el poeta tuvo su cuna, en cuyo medio ambiente, pleno de luz y de poesía, se inspiró tantas veces y en cuya tierra sagrada quiso yacer, a la sombra de la Torre: sombra bendita «que había de proteger la sepultura del cristiano poeta».

He aquí la forma en que pasaron al acta de la Comisión Permanente, los varios acuerdos tomados en la del 17 de Junio de 1925, para honrar la memoria de Sánchez Madrigal: Son merecedores de justa divulgación.

* * *

«El Sr. Presidente (D. Fernando Delmás) hace uso de la palabra para elevar un sentidísimo elogio a la memoria del inspirado poeta, Concejal que fué del Ayuntamiento D. Ricardo Sánchez Madrigal, condensando su recordatorio conmovedor en las siguientes frases: «Señores: Sean mis primeras palabras en esta sesión, para dejar que hable el corazón. Un inolvidable compañero nuestro que mereció el nombre divino de Poeta, acaba de morir. Vate inspirado, patriota sincero, murciano enamorado de su tierra... Como poeta, su estro romántico conmovió las fibras más ignoradas de nuestro ser: su verso sonoro, bellamente tradicional, armoniosamente campanudo, inflamaba los entusiasmos de nuestras almas, con su sabor zorrillesco, «su aroma» de capa y espada, y su acendrado españolismo. Como patriota, su amor vivo y palpitante por la madre España, le hizo sumarse a nosotros en estas circunstancias críticas para los destinos de la Patria, en que un Directorio formado por hombres abnegados, de corazón nobilísimo, intenta abrir nuevos horizontes insospechados a las virtudes acrisoladas de nuestra raza. Como murciano, enamorado del terruño, no solo amó siempre con platonismo las bellezas y las glorias locales—díganlo sus amadas visiones: *El Angel de la Oración del Huerto*, *La Dolorosa*, *El Cristo de San Miguel*...—sino que luchó con su pluma y su elocuencia en pró de todo lo digno, todo lo puro y todo lo noble... Aquí, en estos mismos estrados, ya recordais cómo defendió siempre con un tesón y un brío impropios de su vejez, todas aquellas soluciones que creyó redentoras o al menos, beneficiosas para los intereses colectivos.

Cuando el estupor y la honda pena que nos ha causado una pérdida tan cruelmente insólita hayan pasado, será la hora de concertar por nosotros, desde aquí, un homenaje popular y colectivo que esté a la altura de los merecimientos del llorado poeta. Mientras llega esa hora, dediquemos a modo de recordatorio espiritual unos minutos de recogimiento a su amada memoria, y pidamos a Dios que cuando nuestras fuerzas flaqueen, el espíritu bien templado del compañero que lloramos, venga a reanimar nuestros desfallecimientos y a transmitirnos un soplo de aquel entusiasmo juvenil, de aquel vigor espiritual, de aquella fuerza de alma que tantas veces nos sedujo. Finalmente, como testimonio de nuestro duelo, propongo a la comisión permanente que conste en Acta el sentimiento de la Corporación, se designe una Comisión de nuestro seno que oficialmente comunique el pésame del Excmo. Ayuntamiento a la familia del inolvidable compañero y que se acuerde dar el nombre de «Calle del Poeta Ricardo Sánchez Madrigal» a la llamada hoy del «Porche de San Antonio», donde el poeta ha vivido los últimos años de su vida y ha exhalado el último suspiro».

»El Sr. Martínez García se adhiere a las palabras de la Presidencia y agrega que por ser el finado una figura representativa entre las glorias locales, debe el Ayuntamiento rendir a su memoria un perenne testimonio de admiración. Creo que debemos perpetuar su memoria creando un Comité o junta para realizar el homenaje, e iniciando una suscripción que podría encabezar el Ayuntamiento, al objeto de erigir un busto al preclaro literato en el Parque de Ruiz Hidalgo».

»Por el Secretario actuante, se da lectura a una Moción sobre el mismo asunto, suscrita por el Concejal Sr. Meseguer, que textualmente dice así:

»Excmo. Sr.: La pérdida, que nunca será bastante llorada por Murcia, de uno de sus más preclaros hijos, excelso literato y eximio vate, el Iltmo. Sr. D. Ricardo Sánchez Madrigal (q. e. p. d.) ha llenado de dolor nuestros corazones y ha dejado un hueco difícil de llenar en las Bellas Artes Murcianas. No es este el momento de realzar la figura del ilustre muerto, ni se hace necesario tampoco, porque sobradamente conocida era aquí y fuera de aquí. Es ocasión sólo de pagar una deuda de gratitud y de justicia, que yo, el último de todos vosotros señores Concejales, tengo el honor de iniciar. Y para dar viabilidad a este deseo que seguramente compartís todos vosotros, yo me permito someter a vuestra consideración la siguiente proposición: 1.ª Que se ins-

criba el nombre del ilustre poeta en el sitio correspondiente del monumento a la «Fama» erigido en la Plaza de Chacón de esta localidad. 2.ª Que se ruegue a la familia entregue los originales de las obras para recogerlas en un volumen, que se editará por suscripción popular encabezada por el Excmo. Ayuntamiento. Yo espero de los Sres. Concejales tomen en consideración esta propuesta, porque haciéndolo, no solo honrarán a un ilustre hijo de Murcia, sino que honrarán a la misma Murcia a quien él ensalzó sobremanera con sus virtudes y con sus talentos.—Casas Consistoriales a diez y siete de Junio de 1925.—Antonio Meseguer.—Rubricado».

«El Sr. Presidente manifiesta que encuentra muy digno de todo encomio el escrito del Sr. Meseguer y que con el fin de aunar todas estas iniciativas, se debe nombrar una ponencia para concretar, entre todas, lo que sea más factible de llevar a la realidad».

«El Sr. Zamora Martínez, manifiesta, que todo cuanto se haga por honrar la memoria del ilustre literato, le parecerá poco; pero que los acuerdos que se tomen no sean muy difíciles de llevar a la práctica para evitar que puedan quedar incumplidos, como desgraciadamente ha ocurrido en otras ocasiones. Propone que la Comisión que se nombre para concretar el homenaje, esté integrada por los Sres. Martínez García, Meseguer Nicolás, Ibáñez García y Sobejano Alcayna».

El Sr. Martínez García expone que la tendencia a perpetuar las obras del llorado vate le parece justísima, y la cree preferente a todo lo demás. Agrega que sería para él un alivio el que se le relevara de formar parte de esa ponencia por sus muchas ocupaciones, y entiende que por haber presidido el Sr. Madrigal, el Círculo de Bellas Artes, debe formar parte de ella el actual Presidente».

«En su virtud y por unanimidad, se acuerda que la ponencia quede compuesta por los Sres. que han sido propuestos, más el Concejal y Presidente de «Bellas Artes», Sr. Fernández de Velasco».

* * *

Al dar a la estampa esta colección a que Sánchez Madrigal dió el título de *Flores de Murcia*, la Comisión nombrada por el Excmo. Ayuntamiento se complace en declarar (como es notorio) que cuantos acuerdos se tomaron para loar la memoria del egregio vate murciano, han tenido, por fortuna, cumplida realización.

En la mañana del 12 de Septiembre, de 1925, la Ciudad, presidida, por el Sr. Alcalde D. Fernando Delmás, autorizó el descubrimiento de la lápida colocada en la casa mortuoria del poeta, en la calle que, desde aquel día, se rotula «de Sánchez Madrigal».

En el programa de las Fiestas de Abril de 1926, figuró el descubrimiento de su artístico busto (obra del escultor murciano Planes), en una de las «glorietas» del Parque que se hace al extremo de una calle de árboles, realmente pintoresca. La prensa local llevó a sus columnas las revistas conmemorativas de ambos actos, celebrados (sobre todo, el último) con discursos de las autoridades provincial y local, en que latía el más simpático y efusivo «murcianismo».

Al publicarse el libro *Flores de Murcia*, sólo falta inscribir el nombre del poeta bajo la estátua de la Fama, en la Plaza de Santa Isabel, lo que se hará seguramente cuando se lleve a cabo la restauración del monumento a los artistas murcianos célebres, que tiene en proyecto la Comisión Provincial, que vela en conservar los prestigios histórico-arqueológicos de esta región.

Pero nada dejará memoria viva y perdurable del poeta, cual este libro, fiel trasunto de su pensar, de su sentir, de la poesía que iluminó su mente y vertió a raudales su musa siempre lozana y optimista, siempre latiendo acorde con el alma de la gran Patria, y por ende de esta nuestra fértil vega que señoreó la palmera, a la que cantó el poeta, columbrando en ella su galardón más preciado:

Para mi sepultura quiero su sombra,
si consigo la gloria, quiero su palma.

Holguémonos de dar a la estampa esta colección de poesías con la que tantas veces soñó el esclarecido vate, sin que en ella podamos ver más que en parte, y no por manera cabal, a modo de un reflejo de su personalidad intelectual y moral. Porque, como se escribió en «La Verdad», al trazar, su semblanza, en admirable artículo que se tituló «Un día de duelo para Murcia», «con ser tan excelsa su fecundia, constante su inspiración, felicísimo su gracejo, arrogante su espíritu tradicional y caballeroso, lúcida su comprensión, dechado su cortesía y geniales sus aciertos; sobre este conjunto de cualidades resaltaba su bondad acrisolada, siempre propicia a la práctica de la virtud, al juicio benévolo y a derramar en torno suyo cuantiosos beneficios. Y no ciertamente los de índole material tan sólo, sino aquellos que

se traducen en el consuelo que conforta, en la esperanza que alienta y en la rehabilitación que transfigura».

Y por lo que hace a «su característica», como poeta... Sánchez Madrigal fué a modo de una proyección luminosísima del siglo XIX en lo que tuvo de mas espiritual y elevado, sobre las innovaciones rebeldes de las actuales corrientes de la lírica, de las que siempre disintió, ora en quejumbroso treno, ora en protesta de fulgurante execración».

¡Que todas estas excelsas cualidades formen como un halo luminoso que circunde el nombre del poeta al pasar a la posteridad!...

PRÓLOGO-DEDICATORIA

Prólogo-Dedicatoria

I

Perdidas de los tiempos
en la distancia,
perdidos sus colores
y su fragancia,
estas flores estaban
que dió algún día
al mundo de las letras
su fantasía.
Aunque ninguna ausente
de mi memoria,
costó alguna no corta
requisitoria;
y hoy, que ya, muchos años
vivir no fío, (1)
pláceme verlas juntas
en torno mío.
¡Pobres hijas! Del tiempo
muestran las huellas,
¡ellas, que en sus verdores
no fueron bellas!...
Mas si por sus hechizos
no hubo ninguna

(1) El poeta expresa su designio de editar el libro, en cuya realización se ocupaba hasta sorprenderle la muerte.

(2)

que mereciese halagos
de la Fortuna,
por buenas, por honradas,
para honra mía,
merecieron del mundo
la simpatía.

¡Ah! si como mi pecho
tierno las ama
yo las juzgase dignas
de honor y fama,
dijérale a mi musa:
—«Madre dichosa,
luzcamos ante el mundo
la prole hermosa.

De estas flores que amante
busco y recojo,
las mejores elige
y haz un manojo;
viste el traje de luces
de las huertanas
que evoca los briales
de las sultanas,
y garrida y apuesta
sal a la vía
y ofrece al pasajero
tu mercancía.

¡Ilusión generosa
de mis amores!
¿Quién, al verlas tan mustias
querrá tus flores?
Téngalas como prenda
de mi cariño
quién no todo su mérito
ponga en su aliño.

Y porque algo les preste
más valimiento;
porque al mundo le digan
mi sentimiento,
ancho listón virado
de gualda y rojo;
en apretado lazo
ciña el manojo;
y al aire, en letras de oro,
las sueltas puntas,

digan que son mis flores,
Flores de Murcia.

II

¿Y quién con más derecho
tendrá mis flores
que mi patria, la reina
de mis amores?
En su suelo bendito,
por mi fortuna,
bajo toldo de rosas
rodó mi cuna;
que anticiparme, acaso,
con ello quiso
el Señor las delicias
del Paraiso.

De su azahar embriagado
con la fragancia,
cual un sueño dichoso
corrió mi infancia;
despertó a sus halagos
mi adolescencia,
en sus aulas nutrióse
mi inteligencia;
para inspirarme nobles
ansias de gloria,
por páginas augustas
me abrió su Historia;
y mostró para ejemplo
de mis acciones,
los clarísimos timbres
de sus blasones.

Y cuando, de sus soles
al beso, un día,
vió poblarse de imágenes
mi fantasía,
rebosando espumosa
de licor sano
la copa de la vida
puso en mi mano;
y viéndome dotado
de fuerza tanta,
—¡Vive honrado—me dijo—
hónrame y canta!

¿Cómo con tales dones
enriquecido,
a sus nobles anhelos
he respondido?
—Si al honor rendí siempre
culto y honores,
no he emulado las glorias
de mis mayores;
y vuelvo sin el beso
de la Victoria,
rico de desengaños,
pobre de gloria.

Ave torpe mi numen
de corto vuelo,
apenas se mantuvo
rasando el suelo,
sin esas inspiradas
visiones puras
que las águilas gozan
en las alturas.

¡Ah! Si hubiera volado
mi fantasía
con las potentes alas
de mi osadía,
y a las délficas cumbres
arrebatado
el laurel de los genios
allí plantado,
¿quién ciñera a tus sienes,
regia matrona,
de entre todos tus hijos
mejor corona?

Mas mi don no desdeñes
por ser pequeño;
de hacértelo más grande
no he sido dueño,
y se ven a las veces
míseros dones
que penetran de dicha
los corazones.

Si el eco perezoso
de mis cantares
no salvó de tus huertos
los valladares;

si aquí tendrán conmigo,
por su ventura,
vecina de su cuna
su sepultura;
¡si hasta fueron mis únicos
pobres laureles
por tí misma cogidos
en tus vergeles!,
el corazón me dice
que no habrá flores
con más gala a tus ojos,
ni más primores;
pues su mérito estriba
sólo en ser tuyas,
flores de tus jardines.
Flores de Murcia.

III

Más de una su corola
tímida asoma
que sólo para mi alma
guardan su aroma.
La ocasión en que fueron
por mí cogidas,
historias en sus cálices
muy escondidas,
prendas de amados muertos
deudos y amigos,
de un tiempo ya remoto
mudos testigos,
son, faltas de matices
y poesía,
las flores predilectas
del alma mía.

Y yo que las mejores
junté primero,
después, por más honrarte,
las que más quiero.
Otras hay que tan sólo
las avaloran
los prestigiosos nombres
que las decoran,
y echan sobre su gárrula
palabrería

la protectora sombra
de su valía.
Quise, ya que yo inhabil
no te dí gloria,
de los que te la dieron
hacer memoria.
Ellos son por su genio,
por sus acciones,
motivo noble y digno
de inspiraciones,
encarnación gloriosa
del alma tuya,
flores de tus anales,
Flores de Murcia.

IV

Canté yo sin curarme
que mis canciones,
de moral ni de ciencia
fueran lecciones,
ni menos vestidura
de simbolismos
oscuros, e intrincados
esoterismos.
Sólo enseñé, cantando,
como se ama,
y la vida cantando
pasé a mi dama.
En su reja, sagrario
donde la adoro,
destilaron mis trovas
bálsamo y lloro;
y nunca entre sus hierros,
prenda de amores,
risueñas o entre gasas
faltaron flores.
No busqué las exóticas
de grises climas,
ni extrambóticos moldes
para mis rimas:
español que mis lares
amo y venero,
ser hasta en mis canciones
español quiero;

y le ofrecí mis flores
del Mediodía,
tan ricas de colores
y gallardía.

Y como son tan varias,
y son sin cuento
para adecuado estuche
del sentimiento,
por bellas, por castizas,
por españolas
más turquesas no quise
que sus corolas.

Rosas, nardos, diamelas,
lirios, jazmines,
español ornamento
de mis jardines:
vosotras que, en su reja,
y una por una,
asomar cada noche
vísteis la luna,
y a ella que, de sus tiestos
tras de las matas,
escuchó desvelada
mis serenatas;
en prueba de que, aún viejo,
constante la amo,
habladle todas juntas
en sólo un ramo;
y en su reja, en sus aras
la patria augusta
tenga de un hijo amante,
Flores de Murcia.

V

Ya me inclino a la tierra
de mis amores;
mas no ya de sus huertos
a coger flores;
sino el sitio buscando
de su regazo
donde dará a mi cuepo
su eterno abrazo;
que amagando la llama
de mi poesía

va con su helado soplo
la vejez fría;
y pronto allí la Muerte
sin gran violencia
apagará la llama
de mi existencia.

Hecho, al fin, de vil limo
temo la muerte;
temo, tierra adorada,
dejar de verte;
temo serte algún día
desconocido;
¡más que la muerte misma
temo tu olvido!

Yo no puedo, a medida
de mis intentos,
legarte asilos, templos
y monumentos,
que me alcancen de muchas
generaciones
tributo de alabanzas
y de oraciones.

Cosa mejor no tengo,
ni más que darte,
que éste ramo de flores
hecho sin arte,
apasionada ofrenda
de mi albedrío,
testamento amoroso
del pecho mío.

Guárdalas en tu seno,
cuida mis flores,
símbolo puro y tierno
de mis amores.
Ellas, y no codicio
mayor victoria,
siemprevivas se tornen
en tu memoria;
siempreviva que arrojes
sobre mi tumba,
flores de tu recuerdo.

Flores de Murcia.

¡Sursum lira!

Canta, poeta, aunque en el mundo
nadie escuche tu canción;
que de lo alto de los Cielos
está escuchándote Dios.
Para exhalar su perfume,
¿pregunta, acaso, la flor,
si hay en torno quién lo aspire
y halague su presunción?
¿Han menester las auroras
que despierte el labrador,
para fingir en las cumbres
incendios con su arrebol?
¿No es entre espesa hojarasca,
cuando a solas se creyó,
para su propio regalo
como canta el ruiseñor?
¿Antes de abrir su abanico
pide tal vez el pavón
más ojos que los que el Iris
en sus varillas pintó?
¿Y no es en la húmeda umbría,
desconocida del sol,
en donde el ínfimo musgo,
pacienzudo bordador,
recama a los viejos robles,
en la invernal estación,
clámides de terciopelo
de matizado verdor?
Luz, aromas, armonías,

cuanto flota en la extensión,
cuanto en aire, mar y tierra
ser y aliento recibió,
  lo que es luminoso, brilla;
lo que es fragante, da olor;
si quiebra la luz, colores;
si el aire sacude, son.
  Todo en la Naturaleza
vibra y canta por amor,
como en ofrenda al Altísimo
de su agradecido don;
  sin vanidades de artista,
sin buscar, preciado actor,
quién le escuche, quién le aplauda,
quién le pague su ficción
  más que el Autor de la Vida,
que a raudales la esparció,
para que narren su gloria
la nube, el ave, y la flor;
  a cuya intensa mirada
no escapa en la Creación
ni la inmensa nebulosa,
ni el infusorio menor;
  y en cuyo sútil oído
causan igual vibración
la música de los orbes
y el insecto zumbador.
  Y pues te ha dado una lira,
y voz y numen te dió,
en el concierto del mundo
cantar es tu obligación.
  ¡Canta, pues, sonoro átomo;
sin ver, humilde cantor,
si otras tu voz acompañan,
o ella acompaña a otra voz.
  Canta, canta, aunque en el mundo
nadie escuche tu canción;
que de lo alto de los cielos
está escuchándola Dios.

1905.

(Esta poesía debe de ir a la cabeza del libro *Flores de Murcia)*. Nota autógrafa del autor.

A la Virgen de la Fuensanta

SONETO

Cuando mi patria, con la suerte en guerra,
sueña ¡infeliz! en horas de bonanza,
a implorar tu favor ráuda se lanza,
y al llano bajas desde la alta sierra.

Años ha ¡oh Madre! que su noble tierra
ni el justo premio del trabajo alcanza;
y si halla algún camino su esperanza,
algo hay que el paso con tesón le cierra.

Pues que puras, alegres y benditas
tus montañas están, y tan prolijos
son nuestros males que viniendo evitas,

¿Por qué, prenda de paz y regocijos,
entre nosotros, ya, siempre no habitas,
velando más de cerca por tus hijos?

1880.

A la Patria

HIMNO

(Música de D. Adolfo Gascón)

CORO

Madre España: tu grito de guerra
por tus campos se escucha sonar,
es la voz del honor que nos llama
donde ordene tus hijos irán.

ESTROFA 1.ª

El escudo—de la Patria
tiene afrentas—que vengar
y el esfuerzo—de sus hijos
como madre—pide ya.

Al que torna—de las lides
del contrario—vencedor,
ciñe lauro—que no muere
de sus sienes—en redor.

CORO

Al combate la Patria nos llama
al combate sus hijos irán:
si un laurel la victoria nos brinda
un laurel nuestra sien ceñirá.

ESTROFA 2.ª

El aliento—de la vida
en la Patria—recibí,
y por ella—si lo exige
deber tengo—de morir.

Del que muere—por la Patria
nunca el nombre—morirá
pues la palma—del martirio
como el lauro—es inmortal

CORO

A la lid, a vencer por la Patria;
a la lid con valor a ganar
perdurable laurel el que torne,
el que muera, la palma inmortal.

Esta composición fué escrita para el himno «A la Patria» con que el inspirado compositor murciano D. Adolfo Gascón ganó el premio, ha muchos años, en un notable certamen, celebrado en la ciudad de Lorca.

A Cervantes

¡Alto poder de tu nombre:
Hoy, del mundo para pasmo,
le alza un himno el estusiasmo
doquiera que alienta un hombre.
No hay por qué el mundo se asombre
si por su ámbito profundo
vuela ese canto rotundo
y en eco gigante zumba,
que hoy se venera en su tumba
al genio asombro del mundo.

En el concierto de gloria
con que tu nombre resuena,
mi voz embarga la pena
al evocar tu memoria;
y ante tu infeliz historia,
lloro al ver sinsabor tanto,
y en el raudal de mi llanto
humedecida mi lira,
quiere cantar... y suspira,
y es un sollozo su canto.

El implacable rigor
de tu contrario destino
sólo te dió en tu camino
por patrimonio el dolor;
y como el timbre mayor
que tu infortunio acrisola,
ni aun te faltó la aureola
que al genio en martir convierte:

¡también martir supo hacerte
la ingratitud española!

Pobre y cautivo en Argel
tras dar tu sangre en Lepanto,
¿qué premio tuvo el quebranto
que te costó tu laurel?
Del desengaño la hiel
probar con pecho sufrido,
triste, enfermo, perseguido
por envidiosos traidores,
devorando tus dolores
en un rincón del olvido.

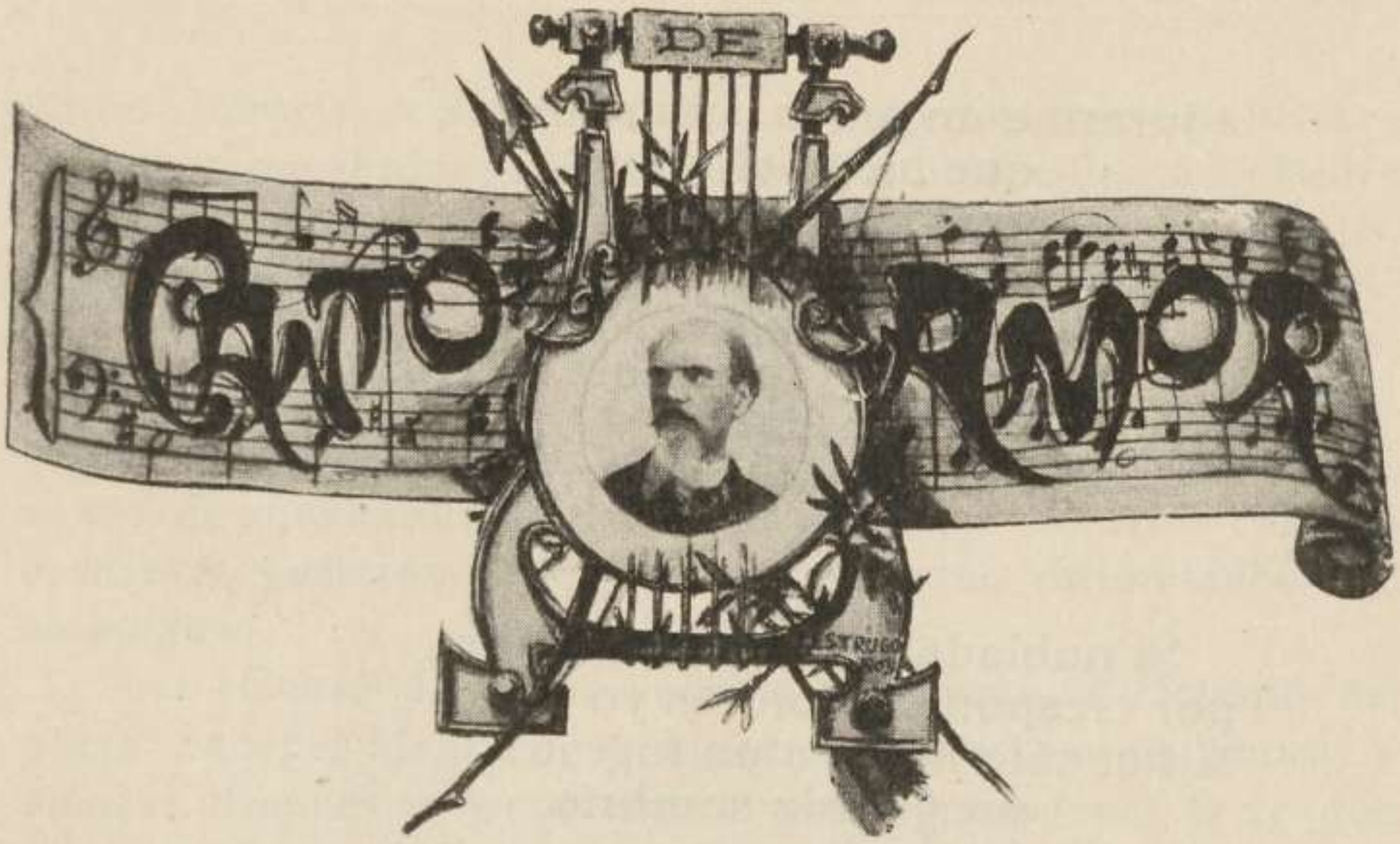
En tanto que así, inclemente,
la patria te abandonaba,
tu genio el brillo le daba
de su blasón más luciente:
que un libro abortó tu mente
que, en cuanto el vivo arrebol
alumbra del claro sol,
si España acabase un día,
por él sólo viviría
eterno el nombre español.

Libro que de muerte hirió
a una sociedad menguada
con la triste carcajada
que a la frente le arrojó;
libro que no comprendió
tu siglo, que no vió allí
sino el cuento baladí
que narra de un loco el sueño;
que era tu siglo pequeño
para comprenderte a ti.

Mas pronto se desvanece
del tiempo en la eternidad,
y otro de gran claridad
para tu gloria amanece;
ya el misterio se esclarece,
ya el mundo a tu voz se asombra,
ya con aplauso te nombra
el ignorante y el sabio,
y España llora el agravio
hecho a tu sagrada sombra.

Ya con las bellas ficciones
que el mágico libro ostenta,
vuela en alas de la Imprenta
por apartadas regiones;
en rápidas sucesiones
se reproduce fecundo,
y con respeto profundo
y con las galas del arte
se juntan para ensalzarte
todas las lenguas del mundo.

Y edades mil a tu paso
verás alzarse y morir,
viendo tu nombre lucir,
triunfante sol sin ocaso;
que al triste, como un fracaso,
no cedió la eterna llama
del genio que el orbe aclama;
porque con su excelsa gloria
logró imponerse a la Historia
y fatigar a la Fama.



Como apaga el fulgor de una estrella,
de la nube el obscuro cendal,
de mi dicha los puros destellos
tras de nube de llanto
borrándose van.
Pasarán esos negros celajes,
y la estrella a lucir tornará;
mas la luz de un amor que se apaga
tras sombra de olvido
no torna a brillar.

*

¡Oh, qué triste es dormir al arrullo
del amor, y soñar un edén,
para hallar, disipado el encanto,
perdida la calma,
perdida la fé.
¡Oh, qué triste es que quede en el alma,
de la vida, por único bien,
el tormento de ver qué se han hecho
las dichas pasadas,
los sueños de ayer.

*

¿Por qué al pié de mi reja venía.
del misterio y la sombra a favor,

a jurarme un amor como eterno,
que luego el impío
por otra olvidó?
Que en sus nuevos amores no apure
este caliz amargo ¡gran Dios!;
que es a un alma insufrible martirio
vivir olvidada,
muriendo de amor.

*

Si nublada mi fúlgida estrella
por crespón de dolores yo vi;
si tan sólo llorar a un ingrato
me guarda sombrío,
fatal porvenir:
Si a vivir de un recuerdo que mata
a este mundo tan sólo nací,
y es la vida esta senda de abrojos,
¡qué triste es la vida!
¡Yo quiero morir!

NOTA.—El «Canto de Amor» fué en su origen, una de las lecciones del Método de Harmonium, compuesto por don Antonio López Almagro, primer profesor de este instrumento que hubo en el Conservatorio de Madrid.

El sentimiento que despierta aquella composición, que parece hecha para expresar la nostalgía de un amor imposible, pedía una letra a tono con el vagoroso sentimentalismo de la música. El gran lírico murciano, Ricardo Gil, la escribió, y ella fué como la voz cantante de aquella lindísima melodía interpretada por el autor de la música en el harmonium, por manera insuperable. Casi huelga decir que la composición de Ricardo Gil, divulgadísima, se iniciaba con este verso:

Juré por su honor callar y sufrir

. . . . . .

Mas por los años 75 y 76 se puso muy de moda el recitado; y como el «Canto de Amor» pareció una página musical en extremo adecuada para acompañar unas estrofas líricas recitadas, el poeta Sánchez Madrigal las escribió, invitado por aquella discretísima dama, D.ª Leonor Guerra, que presidía, cual aquellas celebradas del Renacimiento en Italia, la «Re-

unión Literaria», en los días de gran preponderancia política y social, de aquel murciano fastuosísimo, que se llamó D. Pedro Pagán. Su esposa fué la primera en gustar la emoción dulcísima del recitado de Madrigal, escrito para el «Canto de Amor».

Se publicó en el número seis de la revista «El Album», redactada por los prosistas y poetas que asistían semanalmente a la «Reunión Literaria», la cual tuvo fin por el otoño de 1877, ocaso de aquella ilustre dama cuya muerte lloraron cuantos escritores gustaran de su amistad y fueran estimulados con su aplauso.

Del «Canto de Amor», con la letra para el recitado del poeta Sánchez Madrigal, se hicieron numerosas ediciones, y aunque después se escribieron diversas letras (cual la de don Antonio García Alix, en el mismo número de «El Album» publicada) ninguna gozó del favor y *popularidad* en los salones, cual la de nuestro poeta.

A la torre

(LEJOS DE ELLA)

¿Qué de años ya sin verte! ¡Cuán triste mi existencia
desde que en hora aciaga me separé de ti!
Por horas de mi vida no cuento las de ausencia;
que en tu reloj sonoro contándolas no fuí.

A un tiempo tu memoria penosa y halagüeña,
cual sombra de mi alma me sigue sin cesar;
y amarga en la vigilia, tan dulce es si te sueña,
que nunca más quisiera volver a despertar.

Despliega en esas horas sus alas el deseo,
columbra en lontananza tu mágica visión,
y hacia ella vuelo ansioso, y a mi placer te veo
por el risueño prisma que irisa la ilusión.

Diviso el ancho valle con el sinuoso río
que en hebras mil destrenza su próvido caudal,
y miro el largo y blanco y alegre caserío
de cuyo centro surge tu mole colosal.

Creyérate odalisca, que el chal de mil colores,
del Tháder en la orilla desciñes a tus pies,
y al ir su fresco baño buscando tus ardores
desnuda en sus espejos tu hermoso cuerpo ves,

si el rayo destellando del sol del Mediodía,
y ufana con los besos de su fecunda luz,

no hubiera, como símbolo de fè la patria mía,
ceñídote a las sienes la redentora Cruz.

Amor de mis amores, pues mi pasión no ignoras,
permíteme sin tregua tu imagen contemplar,
que trovador amante te ronde a todas horas
y que a tus ajimeces te mande mi cantar.

Hermosa eres si de oro te tiñe el sol poniente
cuando la tarde espesa sus velos de crespón
y de tu gran campana descienden lentamente
las tres solemnes notas llamando a la oración.

¡Qué alegre si tus bronces, a coro retumbando,
en gran concierto que hace tu mole trepidar,
sus voces se atropellan, cual jubiloso bando
de innúmeras palomas dejando el palomar!

¡Qué tétrica si, en noche de tempestad obscura,
desde tu pié se eleva la vista con pavor,
al ver desvanecerse tus lineas en la altura
en donde te habla el trueno con áspero fragor!

¡Cuán vaga y misteriosa, si el estrellado cielo
te sirve en la alta noche de fondo y de dosel,
y tras de tí la luna su nacarado velo
de tu contorno prende, que se dibuja en él!

Como rebaño dócil, bajo tu guarda santa
la mora ciudad bella se aduerme en tu redor;
y al son del río, esclavo que Kásidas le canta,
a ensueños de ventura se entrega sin temor;

que en tu reloj se finge de tu ojo la pupila
por ti jamás cerrada, por Dios abierta allí
do al veleidoso esclavo los ímpetus vigila,
por si traidor intenta lanzarse sobre tí.

Y acaso, como el noble mastín que junto al hato
delata en sus ladridos al lobo rondador,
si amaga una riada, tu toque de rebato
resuena en las barracas del pobre labrador.

Repiques estruendosos de fiesta y de alegría,
o lastimeros ayes que a veces escuché,
tu voz es la de Murcia, que al hijo amado envía
dulcísimo reclamo que resistir no sé.

No ignoro que es tu sombra para sus hijos fieles
la de árbol africano de emanación letal
que en ella no prosperan ni palmas ni laureles
ni rasga sus tinieblas la luz del ideal.

Lo sé, y en esa sombra por vegetar deliro,
porque ella refrigere mi mustio corazón,
lo sé, y allí he soñado la paz de mi retiro,
la paz de la conciencia, la paz del panteón.

¿Qué son, sino otras sombras, fantasmas seductores
las dichas de la tierra tras las que el hombre va,
jirones luego sólo de nieblas y vapores
cuando el mañana pérfido lo que ofreció no da?

Codicien de la Gloria rendidos cortesanos
las fiestas de su templo, los medros y el honor:
para el que no se ofusca con sus favores vanos
no hay templo cual tu templo, ni gloria cual tu amor.

Y sólo aspiro humilde, de tus sagrados muros
a perpetuar mi nombre grabado en un sillar
entre los mil vulgares, borrosos ya y obscuros
que el porvenir remoto jamás ha de evocar.

Ah, los que habéis la dicha que desterrado ansío
de no llorar ausentes la cuna que os meció,
de ver pasar en calma las olas de aquel río
a par de vuestras horas que cuenta aquél reló:

mirad si son de abono las ansias de mi pecho,
los cantos que a mi patria querida consagré
para un último asilo pedirle con derecho
bajo la tierra que ídolo de mis canciones fué;

Y si en su busca un día, cansado peregrino,
os dicen que sin fuerzas y sin llegar caí,
no permitáis me entierren a orilla del camino;
¡por Dios, por vuestras madres, no me dejéis allí!

Llevadme a aquellos huertos, cavad mi sepultura
de sus sonantes palmas so el perenal verdor,
bajo el tapiz moreno de flores y verdura
donde su sombra extiende la torre de mi amor.

Que aún española siendo, tendré por tierra extraña
la que a mis pobres huesos cristiana tumba dé,

si no es la de mi valle, la que el Segura baña,
donde mi torre copia, donde le besa el pié.

Allí, si un día al lado de mis hermanos duermo,
de vuestros sordos pasos percibiré el rumor
cual de familia amante que en torno del enfermo
por si despierta acaso se mueve con temor.

Allí sobre mi frente, del río del olvido
las soñolientas olas por siglos pasarán,
y su canción monótona cantándome al oído,
con perezoso ritmo mi sueño arrullarán.

Y el día en que se apaguen los altos luminares,
y al son del estridente, fatídico clarín,
los muertos abandonen sus tumbas seculares,
llegado de los tiempos y el Universo el fin;

cuando al tremendo juicio se agolpen apiñadas
las mil generaciones con miedo y con rubor,
del manso Jesús viendo trocarse las miradas
en rayos justicieros de cólera y rigor;

asido a sus escombros con todos mis hermanos,
será nuestra esperanza con su divina luz,
la que en su frente de oro pusieron nuestras manos,
la antorcha de nuestra alma, su salvadora Cruz.

1890.

Dudas y temores

MIS HELIOTROPOS

I

Id, de mi amor mensajeros,
azulados heliotropos,
a la hermosa por quien peno,
porque en silencio la adoro.
Id, a la niña donosa
del dulce y pálido rostro,
a decirle en tono humilde,
en vuestro idioma simbólico:
—«El que estas flores te envía
intérpretes de sus votos,
sólo por tu amor suspira,
sólo a tí miran sus ojos»—

II

Si indiferente os acoje,
porque otro más venturoso
logró encender en su pecho
el amor que yo ambiciono;
si víctimas de su olvido,
perderse veis el tesoro
de vuestra dulce fragancia,
tristes, marchitos y solos;
si, del salón en la alfombra
yacéis cual secos despojos,

llorando crudos rigores
de su desdén y abandono;
  cuando con su breve planta
os torne menudo polvo,
con vuestro postrer aroma
decidle en humilde tono:
  —«Aunque matas la esperanza
del que soñó en ser dichoso,
sólo por tu amor suspira,
sólo a tí miran sus ojos.

III

Pero si no os desdeñase,
si como gentil adorno
os prende por gala al pecho
o al negro rizo sedoso;
  si os lleva acaso a sus labios,
o halláis albergue recóndito
en la virginal morada
del casto seno amoroso;
  si allá, en la noche, a sus solas,
gusta evocar con vosotros
memorias de mis amores
mientras ausente la lloro,
  sed amantes compañeros
de su tristeza o su gozo,
emblema de mi cariño,
consuelo de sus enojos;
  y cuando acabe mi vida
y expire mi aliento ronco,
vivid aun, para decirle
en vuestro idioma simbólico:
  —«Aun en la vida que empieza
cuando la humana se ha roto,
sólo por tu amor suspira,
sólo a tí miran sus ojos.

Publicóla «El Semanario Murciano» en su número 106 del 22 de Febrero de 1880.

El 8 de Febrero del 1877

(INCENDIO DEL TEATRO DE ROMEA)

Triste y memorable día
de funesto amanecer:
cuán diferente de ayer
luces a la patria mía.
¿Quién imaginar podrá
que, por impensado azar,
el nuevo sol al rayar
velado en crespón de luto,
al dolor tanto tributo
debieras Murcia pagar?

De inmensa hoguera al fragor
que en mole gigante prende,
por tus ámbitos se extiende
fatídico resplandor.
Grito de angustia y horror,
en tu infortunio al mirarte,
de todos los pechos parte,
y todos los ojos lloran,
porque esas llamas devoran
un templo augusto del Arte.

El pueblo en denso oleaje
en torno se agolpa y calla;

ruge el incendio, no hay valla
contra su ímpetu salvaje;
luchan con noble corage
los que a contrastarlo van;
si en su generoso afán
no vencen, a nadie asombre:
¿qué es todo el poder del hombre
para apagar un volcán?

Brama al impulso del viento
más la llama enfurecida,
cruje la cúpula erguida
bajo el voraz elemento;
y es su crujir un lamento
largo, ardiente, funeral;
porque al estruendo fatal
con que se hunde la techumbre,
torna en pavesas la lumbre
los laureles de Pascual. (1)

No hay pincel, no hay fantasía
que en sus tremendos colores,
trace todos los horrores,
con que el incendio cundía:
rojo mónstruo parecía
de rabia y rencores ciego
que sin vagar ni sosiego
iba el templo devorando,
su ruina total jurando
con sus mil lenguas de fuego.

¡Horas de horrible penar!
Cada cual ante la hoguera
lloraba, como si viera
ardiendo su propio hogar;
y es que por tierra al mirar
joya de tanto valer,
despertábanse de ayer
en la mente mal dormidos,
dulces recuerdos queridos,
de mil noches de placer.

Honda y muda soledad

(1) Don José Pascual Wals † en 1867, autor del clásico techo, devorado por las llamas.

el recinto señorea
donde culto halló Romea
en su nativa ciudad;
y errando sin voluntad
por su estensión denegrida,
contempla el alma, sumida
en triste pasmo y asombro,
tanto calcinado escombro,
tanta majestad caída.

Llora Murcia, llora sí;
¿quién extrañará que llores?
yo a la voz de tus dolores
también mi querella uní.
Llora mucho, porque allí
donde del genio la palma
creció en bendecida calma,
ya no podrán extasiarte
los puros goces del Arte
que son la vida del alma.

Mas no, que estéril el llanto
es en tu gran desventura;
afróntala con bravura,
sé más grande que el quebranto;
cumple tu deber, que es santo;
y dí al mundo con valor,
que si un incendio traidor
puede tus glorias borrar,
otra vez sabrán brotar
de tu entusiasmo al calor.

A Murcia

EN LA INAUGURACIÓN DEL TEATRO DE ROMEA

(Después del primer incendio)

Siempre que inspirarme intento
en tus triunfos, Murcia mía,
desmaya mi fantasía,
brota trémulo mi acento.
Hoy más que nunca me siento
débil, confuso ante ti;
que hoy tu grandeza medí
y en toda tu ilustre historia
nunca más llena de gloria,
nunca más grande te vi.

¿Qué vale el marcial decoro
de tus hazañas campales
con que llena tus anales
tu terca lid con el moro?
¿Dónde una página de oro
debiste a Marte iracundo
que iguale en honor fecundo
al alto y sublime ejemplo
que al consagrar éste templo
le das esta noche al mundo?

En tristes y amargas horas
que hoy das feliz al olvido,
le viste hundirse fundido

por llamas aterradoras;
más corto espacio le lloras;
y ansiando digno laurel,
aún más gallarda que él
que se alza de ruina tanta,
eres tú quien se levanta
de nuestro siglo al nivel.

Manchados en cien batallas
caerán muros y torreones
que en otras generaciones
fueron al progreso vallas;
pero estas santas murallas
rebrotan de su cimiento;
que eterno es el monumento
do el Arte, pura vestal
alimenta la inmortal
hoguera del pensamiento.

No fuiste sola en la empresa:
al rudo esfuerzo del hombre
se unió la magia de un nombre
que hoy de resonar no cesa;
de aquél cuya gloria impresa
quedó en brillante aureola,
y que fuera única y sola
si Máiquez, también murciano,
no fuera otro soberano
de nuestra escena española.

Por eso entusiasta acudes
al pedestal del coloso
haciendo alarde ostentoso
de tus cívicas virtudes;
por eso el deber no eludes
de estos nobles regocijos;
porque, en él los ojos fijos,
tu nombre glorioso abonas;
que a tí misma te coronas
al coronar a tus hijos.

11 de Diciembre de 1880.

En la inauguración

del Teatro de Romea, después del segundo incendio

Leído por Fernándo Díaz de Mendoza la noche del 17 de Febrero de 1901, ante Echegaray

Dos veces he visto, dos,
aquí las llamas reinar;
y al ir de la causa en pos,
me pregunté: ¿Fué el azar?
¿Fué la voluntad de Dios?
¿Posible es que maldecido
fuera por su nuevo empleo,
lugar de honesto recreo,
porque un claustro derruído
fué lo que es hoy coliseo?
No. Si a honrar al Sumo Bien
doquiera templos se ven
que alza la fé meritoria,
del mismo Dios para gloria
los alza el Arte también;
que en la divina grandeza
de su augusta Trinidad,
si es la infinita bondad,

es la suprema belleza,
como es la suma verdad.
Y templos del Arte son
estos en donde lección
hallan pasiones y vicios,
y hacen de prestes oficios,
un Lope y un Calderón.
Si por halagos del oro
que las almas envenena,
tal vez, con pronto desdoro,
nubla del Arte el decoro
el hálito de la escena;
si alguna vez, de moral
no dá, cual debe, alto ejemplo,
alzándole un pedestal,
el malo causa es del mal,
jamás la causa del templo.
Vedlo en su rico atavío.
Contemplad con qué derroche
de luz, gala y señorío
viene entero el pueblo mío
a consagrarlo esta noche.
Ya miro inquieta bullir
su nave llena de fieles;
ya escucho al vate aplaudir
que cargado de laureles
vino sus puertas a abrir.
El con su genio profundo
que su alta fama acrisola,
prueba, atrevido y fecundo,
que aun nuestra escena española
es la primera del mundo.
Rendidle aplausos y honores;
ceñid su frente inmortal
con vuestros lauros mejores;
¡cubramos en él de flores
la desdicha nacional!
Y ya que del Arte el sol
no se nos pone ni empaña,
alégrenos su arrebol;
que nunca morirá España,
viviendo el Teatro Español.

A su reja

CANCION

Niña hermosa que yo adoro,
prisionero en jaula de oro
tras tu reja,
dá en la noche tierna queja
un canoro ruiseñor,
y no ves en su ternura
la amargura
de un suspiro de dolor.

*

Codiciado por su canto,
para ser tu dulce encanto
dejó el nido
de obscuro bosque perdido
en la dulce soledad;
y por la hembra a quien adora
canta y llora
su perdida libertad.

*

Niña amada, tan hermosa
como esquiva y desdeñosa,
a tu reja
en la noche, a dar mi queja,
llego, amante trovador,

porque en ella verme quiero
prisionero
en las redes de tu amor.

*

Codicioso de tu encanto
sin tu amor me anego en llanto.
Yo, sin nido
soy el pájaro perdido
que suspira en libertad,
y el desdén de la que adoro
canto y lloro
en mi triste soledad.

*

No atormentes con rigores
a los dos pobres cantores.
Ver su nido
deja al pájaro sentido
que suspira de dolor,
y en los mágicos hechizos
de tus rizos
prende luego al trovador.

*

Y cuando entre las delicias
del amor y tus caricias,
dulce lazo,
me aprisione en tu regazo
el imán de tu beldad,
no temas, no, que te implore
porque llore
mi perdida libertad.

En *El Album*, 22 de Junio de 1877.

La palmera

DEDICADA A D. JOSÉ ZORRILLA

Bendijo Dios el valle que el Tháder riega
rival de los pensiles de Andalucía.
Allí Flora su pompa sin par despliega,
allí feraz se extiende la hermosa vega
y levanta sus torres la patria mía.

Bordan para su suelo pérsica alfombra
con sus ricos matices mágicas flores.
La memoria se rinde cuando las nombra;
y a templar la viveza de sus colores,
la enramada les filtra tules de sombra.

En escala vistosa suben del prado
sobre el césped y el nardo los alhelíes,
el rosal con sus ramas cubre el vallado,
y sobre él encendidas abre el granado
flores como los labios de las huríes.

Su copa alza el naranjo con mayor brío,
del moral lo rebasa la mole obscura,
aún mayor la del álamo tiembla en el río,
y con más alto anhelo trepa a la altura,
del ciprés el funéreo, cono sombrío.

Pero reina del valle que habitó el moro
tú descuellas gallarda, gentil palmera;

tú, que vences al olmo y al sicomoro;
tú, que estribas en lo hondo de la ribera,
y en el éter columpias tu fruto de oro.

¿Qué árbol que te aventaje? ¿Cuál se te iguala?
¿Quién para asir tus palmas tiene osadía?
Sólo al hombre le ofrece tu tronco escala:
el ave que tu dátil picar ansía,
para saciar el pico fatiga el ala.

A tus plantas el río te da homenaje;
con turbante de nubes ciñes la frente;
no hay horizonte pobre con tu ramaje:
su magia y sus hechizos te dió el Oriente,
y doquier que te elevas brota un paisaje.

Cuando huracán deshecho o aura liviana
tu frondoso penacho mece o azota,
semeja tu ondulante, copa galana,
del árabe guerrero móvil garzota
o abanico de pluma de una sultana.

Y si envuelto en la densa, roja neblina
baja el sol a ocultarse tras de los montes,
finje la luz fantástica que te ilumina,
de Bagdad y Damasco los horizontes,
los ardientes ocasos de Palestina.

¡Palestina!... ¡Qué nombre traes a la mente
que con tus verdes ramos mi fé eslabona!
Entre ellos al Cordero miro inocente
que después con espino Salén corona,
y en el Gólgota espira de cruz pendiente.

Desde entonces, si fuiste de gloria emblema,
no hay mártir que su palma no te demande,
y el ánsia de lograrla las almas quema;
pues de triunfo o martirio su premio es grande,
y ennobleces al que ornas con su diadema.

Y si por más blasones quieren tus ramas,
de las vírgenes eres símbolo puro
que de castos amores arden en llamas;
y que lejos mirando su bien seguro,
lo adoran a distancia como tú amas.

¡Ah! Bien haya el recuerdo de aquella mora
que, en las treguas forzosas de la conquista,

de Abderramán en brazos quéjase y llora
porque en Córdoba en vano busca su vista
la palmera del Asia que tanto adora.

El te trajo del Yemen, y en nuestro ambiente,
y del suelo en la fértil, cálida entraña
hallaste, como anhela tu ser ardiente,
el raudal cristalino que tu pié baña,
y ráfagas de fuego para tu frente. (1)

¡Infeliz! Al plantarte, no presumía
que a su raza trajeras tristes agüeros;
porque de la gran reina la mano, un día,
para premiar hazañas de sus guerreros
las de Granada todas deshojaría.

Pero siete centurias de épicas glorias
gimió España del árabe so la coyunda,
y otras tantas que pasen por sus historias
no borrarán su huella grande y profunda
ni el tropel que tu evocas de sus memorias.

1887.

(1) La palmera, según los árabes, quiere tener los pies en el agua y la cabeza en el fuego.

Leída por la Srta. Carmen Rodríguez Moreno en la velada necrológica que dedicó al poeta el Círculo Católico de Obreros, en la noche del 31 de Enero de 1926.

Los restos de un grande hombre

(Leída en la velada del Casino de Murcia, en honor de Saavedra Fajardo, con motivo de las fiestas de su centenario). 6 de Mayo de 1886.

¡También a tí, gran Fajardo,
la patria que honraste un día
el honor que te debía
te pagó con gran retardo!
De cuantos genios han sido
fué común y triste suerte
sufrir en muerte otra muerte
más espantosa: el olvido.
¿Qué importa que vengadora
del polvo en que se les tiene
siempre en el tiempo resuene
de las justicias la hora?
Renace su fama, medra,
ante ella el mundo se humilla,
cubrir quiere su mancilla
bajo obeliscos de piedra;
y en vano busca en su afán
lo que ignorar le desdora;
cuando alza el túmulo, ignora
donde los huesos están.

¡Realidad, presente impuro,
aparta!; soñar ansío;
recobra tu antíguo brío,

gran Saavedra, a mi conjuro;
y dame, sombra querida,
que pueda olvidar al verte
desengaños de tu muerte
con las glorias de tu vida.
Mas... ¿qué cuadro va a fingir
mi engañada fantasía?
una vasta monarquía
que iba de inepcia a morir;
un rey que *el Grande* pudieron
menguados grandes nombrar,
porque, ávidos de adular,
con su ruindad le midieron;
un torpe, audaz favorito,
que jamás en su conciencia
de la patria en decadencia
oyó el lastimero grito,
el león que siempre lidiaba,
mas ya, eclipsada su gloria,
le olvidaba la victoria
cansada de ser su esclava;
y un pueblo sin otros fines
que dar su sangre y su oro
para morir con desdoro
y para impuros festines.
Sólo el Arte entre esplendores,
fiel a su leal costumbre,
sobre tanta podredumbre
echaba un velo de flores.
El Arte... y tú! nuevo Atlante,
conteniendo en su caída
la gran mole carcomida
de un imperio vacilante.
Tú, que apurando la copa
de nuestro muerto prestigio,
obrabas el gran prodigio
de sostenerlo ante Europa.
Tú, *el Grande*, el más eminente
de aquella generación,
sobre cuya corrupción
alzabas la pura frente
que besaba con tristeza,
de su ocaso en el desmayo
el último, débil rayo,
del sol de nuestra grandeza...

Si alguna vez tu destino
viste a través de tus años,
reparando agenos daños
incesante peregrino,
bien pudiste desear
prósperos tiempos serenos
para tu vejez, o, al menos,
en la tumba descansar;
y que allí de gloria tanta
legada a la hispana historia
te guardasen en memoria
como una reliquia santa.
Mas ¡ay! ilusión falaz.
Nacidos para la guerra,
en nuestra española tierra
ni aun los muertos logran paz.
Miro extranjera legión
profana osar a tu tumba,
un claustro que se derrumba
sobre tal profanación;
luego... sombra, nuevo ultraje
que hace a tus huesos la incuria,
entregados a la injuria
del tiempo y de su oleaje:
la armadura ya deshecha
con que en paz tanto venciste,
y que al suelo en que naciste
hoy llega rota y maltrecha,
como en pos de un temporal
piadosa ola murmurante
restos del náufrago errante
deja en su playa natal!
¿Qué nos queda? ¡Ay, Dios! Apenas
un mondo cráneo vacío
recogió tu patrio río
en sus doradas arenas.
Mas ¡ah! que vale un tesoro,
de tan excelsa valía,
que ya de la patria mía
orgullo será y decoro.

¡Resto digno de tu nombre!
En tan augusto aposento
habitó tu pensamiento,
y el pensamiento es el hombre.

De su cavidad obscura
¡cuán anchuroso el espacio!
Moradas como un palacio
Dios al genio le procura.
¡Cuánto lujo y opulencia
esa bóveda vería
cuando en su centro pendía
la luz de la inteligencia!
Dando a la mente recreo,
¡qué peregrinas pinturas
de alegóricas figuras
en fantástico museo!
Por sus espaciosas salas
¡qué gallardos y gentiles
pensamientos varoniles
con ricas, severas galasl
¡Qué de brillantes ideas,
cuyo cándido ropaje
ornó después el lenguaje
de retóricas preseas,
Allí el valor que se ufana,
el honor y el patriotismo
departen del heroísmo
con la altivez castellana;
allí el tardo meditar
el rápido resolver,
la audacia para emprender,
el tesón para triufar,
el saber que no se sacia
y todo indagarlo anhela,
en la sombra la cautela
maestra de la diplomacia,
todo el pasado esculpido,
cuanto pasaba en redor,
como en profético albor
mucho que después ha sido;
y tanto elemento vario
fundiendo en bella armonía,
la fé de Cristo que hacía
del recinto un santuario.
De allí, en sonoro raudal
de majestuosa corriente
fluyó el saber elocuente
para enseñanza inmortal;
de allí la dulce ambrosía,

la esencia, el divino aroma
de las flores del idioma:
la embriagada poesía;
de allí como de un crisol
límpio de exótica escoria,
dando destellos de gloria
el puro idioma español;
de allí el consejo profundo,
la docta y blanda censura,
¡tu sér entero en tu hechura!
¡las obras que aplaude el mundo!

Tuviera yo el alto don
del númen que el pecho inflama
y en digna voz de tal fama
brotara mi inspiración.
Lucid, vates, los primores
de vuestro canto armonioso;
ciñan la sien del coloso
de vuestro ingenio las flores.
Yo absorto al son celestial,
veré, en su magnificencia,
el vaso de aquella esencia,
la fuente de aquel raudal.

. . . . . .

¡Y resto de tal cabeza
de emblema sirvió en un templo?

. . . . . .

¡No hallaron, para alto ejemplo,
resto de mayor grandeza!

Ah! no más peregrinar
ignorado ni insepulto:
ya tu patria te da culto,
y el entusiasmo un altar.

Hoy que en postración gemimos
y el rostro en rubor enciende
ver que sólo nos defiende
la sombra de lo que fuimos;
hoy que amaga una nación
mancillar, en nuestra mengua,
nuestro último bien: la lengua,
el arte: el postrer blasón;

hoy que va sin rumbo cierto
nuestra combatida nave
y nadie el camino sabe
para arribar a buen puerto;
y la virtud maravilla,
y es locura el sacrificio,
y logra aplausos el vicio
si bajo artesones brilla;
ante el marmol que te encierra
vaya esta generación,
y en busca de inspiración
hinque la rodilla en tierra.
Allí tus obras medite
y halle su perdida calma:
dale la luz de tu alma,
que tus virtudes imite;
y cada cual, al sentir
regenerada su esencia
para una nueva existencia,
pueda ostentar, al morir,
como su mejor hazaña,
sino logra tu laurel,
al menos, una hoja de él:
¡ser hijo amante de España!

1886.

Desaliento

(SONETO)

No me amarás. Con apenado acento
mi pobre corazón me lo murmura;
consuelo no tendrá mi desventura
ni de mi soledad las horas cuento.

¿Cómo pudo soñar mi atrevimiento
ser dos veces amado con locura?
¿Cuándo pudo ostentar la criatura
para tan alto bien merecimiento?

Mas pues será por ti desengañado
y por tu mano idolatrada herido,
bendeciré desde mi triste estado

la fortuna de haberte conocido,
el amargo placer de haberte amado
y el dolor de no haberte merecido.

. A Pilar

EN EL DÍA DE SU SANTO

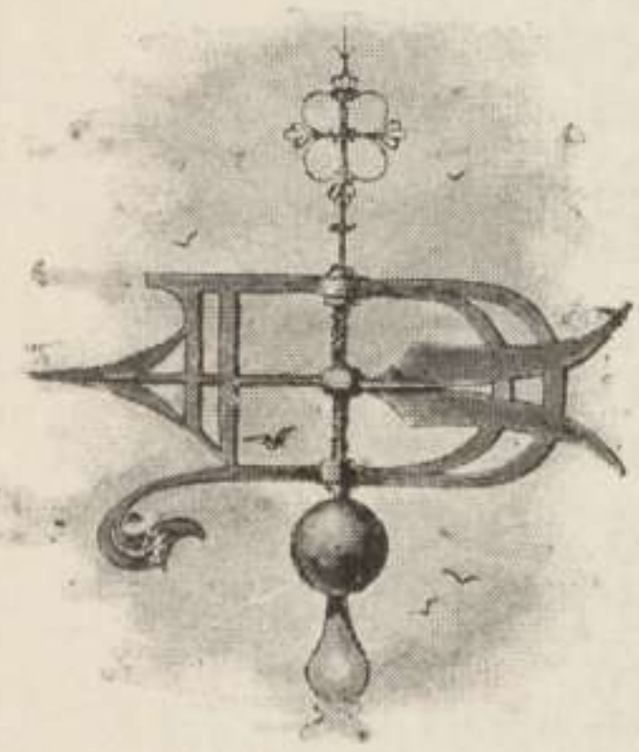
Ha un año callar debí;
y aunque era rudo el deber,
callé y mi deber cumplí:
dolor no cabe en mi ser:
ni amor ni amistad mentí.
Por eso al llegar tu día,
no cantó mi inspiración
ni amistad que no sentía
ni la pasión que rugía
dentro de mi corazón.

Hoy que mi amor te confío,
hoy que tu destino quieres
juntar al fin con el mío,
y, esclava de mi amor, eres
la reina de mi albedrío;
callo también en tu día;
que torpe mi inspiración
la medida no daría
del amor y la alegría
que rebosa el corazón.

Mañana, cuando gozoso
con su pasión delirante
sienta tu pecho dichoso

que ha confirmado el esposo
las promesas del amante,
acaso al llegar tu día
no oirás de mi voz el son
porque impotente sería
para expresar, vida mía,
la dicha del corazón.

Mas, porque callaré,
vacila en mi amor tu fe;
si te atormenta pensar
que puedo al olvido dar
el amor que te juré;
pon en mi pecho tu oido
y oirás que tierna canción
de amor, jamás excedido,
entona con su latido
mi rendido corazón.



esde esa torre gigante
que de la vega murciana
se eleva erguida y ufana
alzando al cielo triunfante
la santa enseña cristiana,

surge a veces el acento
de una lengua de metal
que esparce en el vago viento
clamor de dicha y contento,
o duelo en su son fatal.
¡Con qué loca algarabía
suena en horas de alegría,
qué son tiene tan sombrío
en las horas de agonía
de las crecidas del río!
Cuando el rebato enronquece
su voz de temores llena,
el corazón se estremece
con fuerza tal, que parece
que es su latido que suena;
y hay magia tan singular
en su extraña vibración
que semeja al golpear

la violenta pulsación
de una fiebre popular.

¿Cómo no? Cuando fundía
su bronce el hondo crisol,
y el pueblo en torno acudía
y hervir el bronce veía
con los destellos del sol,
una ofrenda de metal
le iba haciendo cada cual,
y un voto, que vió cumplido,
de su futuro tañido
en el lenguaje ideal.
—«Sea en alto campanario
voz de Dios»—un mercedario
dijo.—Y con divina luz
brilló en el baño la cruz,
que arrojó, de su rosario.
—«Tenga el bronce son guerrero»—
clamó gentil caballero;
y echó en la hoguera abrasada
el acero de su espada
y el joyal de su sombrero.
—«Para su timbre sonoro...»—
—«Porque hable de Dios al pobre...»—
se oyó en pos; y sin desdoro,
cayó una dobla de oro
junto a un obólo de cobre.
Y para digno final
echaron sobre el hornillo,
una obrera su dedal,
y una dama aúreo cintillo,
prenda de amores leal.
Y así el bronce, en vena pura,
colmó del molde la hondura,
y se fundió esa campana
que habla en voz tan soberana
desde el trono de su altura;
porque despiertan sus sones,
de sus latidos en pos,
eco en todas las mansiones,
y a todos los corazones
habla de patria y de Dios.

Yo la escuché en grato día

¡Cuánto tedio! ¡Qué vacío!
¡Qué amargo el cáliz! ¡Dios mío!
de la vida sin su miel!
¿Quién un don tan celestial
juzgar pudo baladí,
ni tampoco ¡pesia mi!
que pueda servir al mal,
cuando en su impulso mayor,
al conquistar los espacios,
sus más soberbios palacios
son los que eleva al Señor?
Allí agota sus primores
en las pinturas murales,
y en las urnas sepulcrales,
y en los vidrios de colores;
allí al órgano y al coro
de raudales de armonias,
que a las bóvedas sombrías
suben en tropel sonoro.
Y del que es de la Belleza
la perfección y la suma
siente que el poder le abruma,
y cae de hinojos, y reza;
que, de su ideal en pos,
claro ve que allí termina
para él la escala divina
que llega al trono de Dios.
Si es tal, del Arte el destino,
y que perezca contrista,
alentemos al artísta,
allanándole el camino.
Y pues hoy con gozo vi
¡oh Murcia! que, para honrarte,
de sacerdotes del Arte
se abre un seminario aquí,
sancionen el noble anhelo
que su corazón encierra,
la autoridad de la Tierra
y la bendición del Cielo.

1903.

Al Rey

Ya la viste, Señor, pobre y desnuda,
lamentando el rigor de su destino,
para poder sufrir prueba tan ruda,
Murcia te pide generosa ayuda,
desolada en mitad de tu camino.
Un hálito de muerte se respira
en cuanto fué su Edén y es campo raso;
y aunque en amor y gratitud se inspira
no halla, por más que sus escombros mira,
ni una flor sola que arrojarte al paso.
Pueblo ayer floreciente y hoy caído,
de un torrente sin par al recio embate,
no le es dado llevar hasta tu oido
más que el ¡ay! funeral del dolorido,
y el triste canto de dolor del vate.
Mas náufrago infeliz que avista el puerto,
tras tu carroza con ardor se lanza,
y ya no teme al porvenir incierto;
porque ve reanimarse el pecho yerto
al fecundo calor de la esperanza.
¡Bendita la misión del soberano
que el infortunio de su pueblo siente,
y ardiendo en caridad, sin fausto vano,
a su desdicha y lamentar, presente,
caer le impide con robusta mano!
Jamás del sólio la escabrosa altura
osé envidiar en ambicioso sueño:

mayor es, del que es más, la desventura,
y el débil corazón sentí pequeño
para probar del sólio la amargura.
Hoy te envidio, monarca poderoso;
porque al ganar de bienhechor la palma,
yo te contemplo saborear gozoso
el placer inefable y no engañoso
de todo el bien hacer que anhela el alma.
Y envidio el regio y anchuroso manto
a que mi Patria con afán se ha asido,
porque puedes en él, con amor santo,
amparo dar a tanto desvalido,
y enjugar de sus ojos lloro tanto.
¿No es verdad que de dicha el alma estalla
cuando el lamento del que sufre acalla?
¿Dónde gloria más grande y verdadera?
Vale más que el laurel de una batalla
el que en premio del bien, al bueno espera.
¡Ah! no temas que muera la memoria
de tu nombre, a los míseros consuelos;
en página feliz de ilustre gloria,
cuando la muerte te arrebate al suelo,
«Rey benéfico fué» dirá la Historia.
Y en justo pago de los regios dones
que hoy por mi Patria tu bondad apura.
doquier te seguirán sus bendiciones;
mientras un reino eterno te asegura
en sus agradecidos corazones.

1879.

El Monasterio de la Luz

I

Tras de la primera cumbre
de las que, cual pétreo mar,
son de la vega de Murcia
la linde meridional,
hay un pobre Monasterio
con pobre comunidad
que a la Virgen de la Luz
espléndido culto da.

Tiene por cimiento un risco,
tiene por fondo un pinar,
un huerto le da su aroma,
una fuente su cristal;
y de tal modo asentado,
cerca y escondido, al par,
de las torpes asechanzas
del bullicio terrenal,
semeja un monje, que un día
dejó el mundo sin pensar;
más que plácele, a las veces,
volver los ojos atrás,
y ver por sobre el picacho,
a pocos pasos que da,
tendida a sus pies la vega
y a lo lejos la ciudad.

Son hermanos penitentes

que en burdo hábito seglar
forman un breve rebaño
con un pastor patríarcal,
  legos son que por los votos
de pobreza y castidad
con que se atan de por vida
sin más regla monacal,
  por su condición humilde,
su rudeza, su piedad,
su corto número (doce),
y ocupación manual,
tienen, cuando el refectorio
los junta en estrecho haz,
con los doce del cenáculo
semejanza singular.

De la hormiga y de la abeja
hay en su ser parte igual:
lo que agencian, lo que lucran
se afanan en portear;
  y es su convento a los ojos
de observador perspicaz
por su despensa, hormiguero;
y por sus celdas, panal.

Fieles a la Ley divina
que oyó el Edén promulgar,
con su sudor amasado
comen su diario pan:
  y si les falta o les sobra
para su vida frugal,
el que les falta lo piden,
el que les sobra lo dan.

Trabajando ya, saludan
al lucero matinal,
y ni un solo día ociosos
los vió el sol al trasmontar;
  pues saben bien que del vicio
es madre la ociosidad,
y es su regalo el trabajo,
y su descanso rezar.

Son de oir, cuando en el coro,
de la esquila a la señal,
se les siente desde abajo
el lento y pesado andar;
  y las broncas resonancias
con que a su voz gutural

responde el templo desierto
en su semi obscuridad.
Son de ver aquellas manos
callosas, curtidas ya,
con qué primor femenino,
con qué esmero pertinaz
pulen, limpian y acicalan
en tanto gracioso altar,
cuadros, lámparas, imágenes
que les donó la piedad;
y así, cuando aquél templete,
donde la Virgen está,
por entre rojos cendales
filtra la luz zenital,
parece que de ella emana
la celeste claridad
que arranca al jaspe reflejos,
y chispas de oro al metal.

II

Sólo una vez en el año,
abiertas de par en par
sus puertas, el breve templo
presume de Catedral;
y una vez, una vez sola
deponen su parvedad
y alardean los hermanos
de esplendidez proverbial.
Cuélgase entonces la nave
con sencilla majestad;
en su camarín dorado
la Virgen brilla ideal;
y enguirnaldado su trono
con flores que el huerto da,
aun en su rostro recibe,
cual caricia montaraz,
las cálidas bocanadas
con que a perfumarla va
llena de aromas silvestres
el aura primaveral.
Repica el esquiloncillo
loco, alegre, lenguaraz,
y acuden fieles de lejos
al sonado festival.

Visten recamados ternos
prestes de alta dignidad,
y hay panegírico, y voces,
con todo lujo orquestal.
El refectorio se llena
de gente de calidad,
y es incentivo a la gula
tanto insólito manjar.
Fuera, el pueblo, los romeros,
dispersos aquí y allá,
se entregan a alegres danzas,
de la guitarra al compás,
o a frecuentes libaciones,
que en riña acaban quizá,
o reposan bajo el toldo
de algún pino secular.
Y cuando pasan las horas
de calor casi estival
y el sol vecino al ocaso
muestra rojiza la faz,
sale la Virgen del templo
con pompa procesional;
humillada toda frente
la reverencia al pasar;
y al incienso de los hombres
el suyo unen, natural,
los efluvios del tomillo
y las brisas del pinar.
Cae más la tarde; los grupos
se alejan cada vez más,
y de la dicha gozada
cual despedida final,
desde la vega al convento,
vuelto a su silencio ya,
al caer las primeras sombras
sube el último cantar.

III

Monasterio de la Luz
que en tu gran fiesta anual
turbas con ecos del mundo
tu dulce serenidad:
Harto de músicas vanas
que me aturden sin cesar,

abomino todo holgorio
con sabor de bacanal.
Yo me aplazco en tu silencio,
en tu pobreza ejemplar,
en ver tu atrio con tus pobres
cuando socorro les das,
en reposar en tus celdas
vestidas de limpia cal,
en gustar tu sobria mesa
y con tus monjes orar.
¿Dónde música más grata
que aquel silencio tenaz
del claustro aquel, de aquel patio,
severo y santo lugar,
donde entre cuatro cipreses,
bajo una cruz sepulcral
la voz muda del que fué
dice al que és lo que será?
¡Patio que una vez he visto
en triste tarde otoñal,
por entre menuda lluvia,
y a la luz crepuscular,
cual si diesen a los muertos
el tributo funeral,
el cielo gotas por llanto
y gasas la obscuridad!

Tanto como tu silencio
pláceme la soledad
de tus montes, de tu huerto,
de tu fuente, de tu altar.
¡Cuán discreta si en su seno,
con Dios el alma locuaz,
coloquios tiene que luego
no oye en el mundo jamás!
¡Qué apacible, si en la siesta
brinda a dormir, a soñar
a la sombra de los pinos,
que mece el aura fugaz,
y al son grave y melancólico
de la fuente musical,
cuya trova igual y eterna
siempre nueva sonará!
¡Qué augusta, si tromba súbita
de pedrisco y de huracán,

de mi niñez candorosa
resonar con alegría,
pregonando clamorosa
glorias de la patria mía,
cuando a impulsos de un desmán,
lanzándose a justa guerra,
veloz como un huracán,
vengó en africana tierra
ultrajes del musulmán.

Aún recuerdo con qué brío
zumbaba desde la altura
dominando el vocerío
de entusiasmo y de locura
del bullicioso gentío.

Aún recuerdo que su acento
fué para mi corazón,
ébrio de orgullo y contento,
de inefable sentimiento
la santa revelación.

Y es que en aquel son potente
que el ancho espacio llenaba,
de España fingió mi mente
la airada voz que tronaba
diciendo a la extraña gente:

—«Vencida está la arrogancia
del que holló mi escudo un día.
Aún vive en la raza mía
aquel tesón de Numancia,
aquel valor de Pavía».

«Sostiene un león mi escudo,
de su honor por campeón,
y nadie, en combate rudo,
empaña ni empañar pudo
honor que guarda un león».—

Y aquel honor yo sentía
que era al par el honor mío,
y que la Patria existía,
por quien al moro bravío
el bravo español vencía.

¡La Patria! Sagrado altar
donde a inmolarse hay que ir,
a quien se debe adorar,
por quien se debe lidiar,
por quien se debe morir.

Por eso, en honda emoción,

siempre que ese bronce herido
lanza ardiente vibración,
un generoso latido
responde en mi corazón.
Porque en el aire al zumbar
la voz que en torno despide,
siempre me finjo escuchar
algo que la Patria pide,
algo que le debo dar;
e irritado o satisfecho,
en su dicha o sus enojos,
hallan doquier campo estrecho
el entusiasmo en mis ojos,
el patrio amor en mi pecho.

¡Vela, campana querida!
¡Vela apostada en la altura,
donde da tu voz sentida
señal de luto o ventura
a esta región bendecida.
Vela y anuncia a sus hijos
tan sólo el blando solaz
de mil placeres prolijos
en los faustos regocijos
de la dicha y de la paz!
Mas si enemigo traidor
mueve a la lid tu furor,
y tu acento, en son de guerra,
de los hijos de esta tierra
despierta el bélico ardor.
¡Ojalá que, renovando
ecos antiguos de gloria,
cual siempre, al volver triunfando,
tú los recibas cantando
los himnos de su victoria!

1876.

El día de difuntos

EN LA VEGA DE MURCIA

Ya en mortal melancolía
y envuelto en fúnebre velo,
por los confines del cielo
nace y muere triste el día;
ráfaga de Otoño fría
de gala el bosque despoja;
y, como amarga congoja,
lleva en su revuelto giro,
del año el postrer suspiro
al perder su última hoja.
Pasó la flor, luego el fruto.
y del abrasado Estío
trocóse en desmayo el brío,
el verde ropaje en luto;
todo a la muerte tributo
paga en su eterno vaivén;
y claro los ojos ven
por bienhechor desengaño;
que así como espira el año,
el hombre muere también.
Y en toda torre cristiana,
con melancólico son,
convocando a la oración,
dobla triste una campana.
Del mundo en la pompa vana

hace al hombre meditar;
y no hay quién al escuchar
su vago y medroso acento,
no acuda con paso lento
ante un sepulcro a rezar.

Un tiempo, con su misterio
eran lugar de oraciones:
la iglesia con sus crespones,
con su horror el cementerio;
mas hoy la muerte su imperio
por más espacio extendió;
y en lo que Edén se llamó
que el Tháder pérfido baña,
con ruina que llora España,
su horrible trono asentó.

Por dura, implacable suerte
de mi patria empobrecida,
lo que emporio fué de vida
campo es de estrago y de muerte.
Sí; que tanto hogar inerte,
la húmeda tierra que piso,
la soledad que diviso,
y hasta el aire envenenado,
dicen al pecho angustiado:
«Aquí yace un paraíso».

¡Aquí yace! Donde quiera
que humilde choza se alzaba,
una cruz la coronaba,
símbolo de fe sincera.
De un torrente en noche artera
bramó la corriente impura;
y la que pintó en la altura
su augusta forma en el cielo,
se ha convertido en el suelo
en cruz de una sepultura.

Si es hoy el tremendo día
de llorar con la memoria
de tanta perdída gloria
que hay en la nada sombría:
¿qué cuadro a la fantasía
se pudo nunca ofrecer
con el sello del no ser,
como esa vega asolada,
bendita, santificada
con los recuerdos de ayer?

Por eso ardiente oración,
alcé en los templos obscuros,
y nombres besé en los muros
de sagrado panteón:
por eso con emoción
llevo mis pasos inciertos
por los ámbitos desiertos
de la vega solitaria,
a exhalar una plegaria
por sus ignorados muertos.
¡Dormid en paz! Ni una flor
hay en la árida llanura
que orne vuestra sepultura,
ofrenda de mi dolor;
pero aún, sin que tanto horror
turbase su pura calma,
grato cual ninguno al alma,
el premio bendito crece
que el mismo Dios os ofrece:
del mártir la excelsa palma.

1879.

El clavel reventón

SONETO

De los patrios vergeles maravilla,
evoca, tinto en sangre y arrogante,
del polvoroso circo resonante
la fiesta do el valor hispano brilla.

Allí con majestad su regia silla
ostenta, aunque en su trono vacilante,
en el mórbido seno palpitante
donde prende el clavel de una mantilla.

Parece que adivina y que desea
la zambra con rasgueos de guitarra
y el néctar que en las cañas centellea;

y en lucha con el tallo que lo amarra,
tanto desesperado forcejea,
que de su cáliz la prisión desgarra.

(Para la «Fiesta del Clavel» del Círculo de Bellas Artes de Murcia).—Marzo de 1913.

Impromptu

(En la apertura de las clases del Círculo de Bellas Artes, solemnidad que fué presidida por el Sr. Obispo y por el Sr. Gobernador Civil, el día 3 de Noviembre de 1903).

De Dios en la esencia pura,
como augusta Trinidad,
con el Bien y la Verdad
resplandece la Hermosura.
Así en la primer mañana
el hombre a Dios contempló,
cuando no a su luz cegó,
sino la soberbia insana.
Perdido aquel sumo bien,
sin cesar suspira y gime,
y es su aspiración sublime
la nostalgia del Edén.
Tiene de aquella visión
como una vaga memoria;
en sed de la eterna Gloria
siente arder el corazón;

y con anhelo profundo
sigue de cerca o de lejos
cuanto ve como reflejos
de aquella esencia en el mundo.
Sobre el libro la cabeza,
inquiere el sabio verdades,
del claustro las soledades,
busca el bueno y la aspereza,
y en Dios viendo su destino,
como su principio ve,
lo busca con igual fé,
si por distinto camino.
El artista, en luz divina
mira bañada su mente;
quiere expresar lo que siente,
lo que en sueños imagina;
y en su insaciable ambición
que a ser soberbia no alcanza,
de su Dios la semejanza
busca en su humilde creación,
y cual Dios, árbitro y fuerte,
pues de El su fuerza recibe,
lo que su mente concibe
manda a la materia inerte;
y ve en un lienzo Murillo
la Virgen que vió en un sueño;
y en Angel truécase el leño,
al mandato de Salzillo;
y a su aliento vibrador
rompe el aire en armonía;
y la santa poesía
es música y es color.
Si el sabio, al cálculo atento,
divide y labra la roca,
el Arte llega, la toca,
y es la roca monumento;
que donde alcanza a mirar,
la vil materia ennoblece.
Si el bueno un altar merece,
le labra el Arte un altar.
Y sembrando paz y amores,
marcha por senda florida
embelleciendo la vida,
cantando... ¡hasta los dolores!
¿Qué fuera el mundo sin él?

de las quiebras de los montes
retumba en la cavidad,
  y el santuario nos guarece,
donde cosuela rezar
con los monjes, que en el coro
conjuran la tempestad,
  mientras relumbra el relámpago
y rueda el trueno detrás,
y se siente en los cristales
el granizo rebotar!

Monasterio de la Luz,
cuya agestre soledad
gusté siempre con deleite
y abandoné con pesar!
  Si, envuelto en la arrebatada
vorágine mundanal,
no te consagré mi vida
como tuve voluntad,
  tu recuerdo me acompaña,
como un amigo leal
que me advierte que en tu seno
mora la felicidad.
  Lugar eres de reposo;
isla de santo solaz,
de que es tu Virgen el faro,
y la Luz de su fanal.
  Si alguna vez solo, triste,
quebrantado de luchar
con las sirtes de los golfos
en deshecho temporal,
  a tu hospitalaria orilla,
tras su amiga claridad,
asido a una cruz por tabla
logro, náufrago arribar,
  dame en tus celdas abrigo;
dame por dosel real
de mis soñadas grandezas
las frondas de tu pinar;
  cálmense todas mis ansias
en tu fuente de cristal;
mis groseros apetitos
castigue tu austeridad;
  halle en tu obscuro santuario,
de luz inmenso raudal,

que sacie mi inteligencia
en la que tu Virgen da;
  y asomado a aquel picacho,
ola de aquel pétreo mar,
teniendo a mis pies mi vega,
y a lo lejos mi ciudad,
  nacer y morir el día
mire sin el loco afán
de lo que al rodar las horas
el siguiente me traerá:
  y así aguarde el sol postrero
de mi existencia mortal,
gozando, hasta verlo hundirse,
del bien supremo: «La Paz».

1905

El harpa muda

¡Pobre lira! En los crespones
con que anuncias mi quebranto
dolorida,
se apagaron las canciones
que eran—¡ay!—todo el encanto
de mi vida.

Triste el alma, a toda hora
mira en ti con amargura
no igualada,
la memoria apenadora
de una rápida ventura
malograda.

¡Enmudece, sí, harpa mía!
ni aun el eco dés doliente
de un gemido:
no da el ave su armonía
cuando el sol en occidente
ya se ha hundido.

Y un sol era que anunciaba
para el arte, al patrio suelo
claro día,
la que ayer su luz velaba,
y a despertar en el cielo
se dormía.

Abismada en noche obscura,
con su lira sin sonido
y empolvada,
vió a la musa del Segura,
del beleño del olvido
coronada.

Y a los vívidos fulgores
de sus ojos celestiales,
despertaron
los dulcísimos cantores
que en sus gracias ideales
se inspiraron.

¿Dónde más copiosa fuente
pudo hallar de numen santo
la poesía?
¿Qué laurel grato a la frente
como el que ella daba al canto
que aplaudía?

Flor lozana en primavera
y al aliento del estío
calcinada,
fué en la ráfaga postrera
del otoño seco y frío
deshojada.

Ya se llora por su ausencia
ya en ceniza tanta gloria
se consume:
sólo queda como esencia
de su vida su memoria,
su perfume.

¡Pobre lira! Ven conmigo
donde yace en polvo yerto
tal tesoro,
ven a ser mudo testigo
de que ante su tumba vierto
triste lloro.

Ven... y canta; con lamento
triste y fúnebre acompaña

mis dolores;
dá dulzura al sentimiento
y el raudal que el rostro baña
torna en flores.

Tras mi amarga despedida
viste por mi llanto tierno
largo luto,
y a esa sombra tan querida
dale tu silencio eterno
por tributo.

Mas ah! que a mi sér sujeta,
seguirás peregrinando
mi camino;
que es tu sér el de poeta,
y es cantar siempre llorando
su destino.

1877.

NOTA.—Pudiera titularse Elegía: a la memoria de D.ª Leonor Guerra de Pagán. Noticia de la «Reunión Literaria».

A Julian Romea

EN EL SULLIVAN

(Composición premiada en el certamen de Barcelona)

I

Honor y prez a la condal matrona
que en su gloriosa tradición se inspira,
y, al rumor de la justa que pregona,
del sueño arranca la olvidada lira.
Mas ¿dónde a su virtud mejor corona,
que la misma virtud que el mundo admira?
Quien honra de los buenos la memoria
eterniza a la par su propia gloria.

II

Yo el pregón escuché por los confines
dilatarse de España en alto acento,
convocando a lidiar con nobles fines
a la flor de las Musas y al talento;
y miré en mi ilusión cien paladines
acudir al solemne llamamiento,
en tan grande ocasión de hacer alarde
del patrio fuego que en los pechos arde.

III

Y cual novel y obscuro caballero,
que, ansioso de un cuartel para su escudo,
al son ardiente del clarín guerrero
hunde al bridón el acicate agudo;
a impulso de entusiasmo lisonjero,
por mi patria y mi honor al campo acudo;
que estimo por deber del pecho mío
cantar al genio y ensayar mi brío.

IV

¿Qué importa si adalid de más pujanza
logra el premio do el alma se recrea?
Más al genio honrará con su alabanza,
quien de más triunfador dichoso sea.
Y si acaso soñase mi esperanza
mi lira ornar con la mejor preséa,
lo valioso del don mi audacia abona;
que de Súllivan ciega la corona.

V

¡Ah, si bajase a ennoblecer mi frente!
¡Cómo al calor, que la mustiara un día,
sintiera el torpe hielo de mi mente
desatarse en raudales de armonía!
¡Cómo a mi vista atónita, patente
el arcano del genio se abriría,
y cómo, al soplo de tu numen santo,
¡oh actor! digno de tí fuera mi canto!

VI

Sueño feliz, que fragua en mi cabeza,
la fiebre propia de mi sér mezquino,
nunca a unir mi humildad con tu grandeza
vendrá ese láuro en eslabón divino.
Mas si sueño no fuese, si certeza
tuviese de la dicha que imagino,
perdone el mundo, si de honor ganoso,
muestro el orgullo que calló el coloso.

VII

Era yo niño, y de mis patrios lares

la voz conmovedora me decía
que a la sombra nacer de sus palmares
era honor que a tu gloria se debía;
que allí tu primer sueño entre azahares
arrullaron Melpómene y Talía.
Y al eco de tus triunfos me ufanaba,
y antes de conocerte te admiraba.

VIII

Mozo fuí, y a nutrir mi inteligencia
dejé el valle feraz de nuestra cuna,
y al ver que me llevaba a tu presencia
mi juventud bendije y mi fortuna.
Y te vi en la total magnificencia
de tu claro esplendor, sin mancha alguna,
dejándome sumido mi entusiasmo
en asombro sin par, en mudo pasmo.

IX

Que no del mar en la tormenta brava
que airada azota la crujiente quilla,
ni en la alta noche que en los cielos graba
de Dios el nombre que con astros brilla.
ni en la eterna creación que en Dios acaba,
el ánimo se apoca y maravilla,
como ante el hombre que, de Dios hechura,
sobre su creación cual Dios fulgura.

X

Recobrando a tu voz formas vitales,
miré en la sucesión de tus creaciones,
de la Historia los héroes inmortales,
del corazón humano las pasiones;
adquiriendo por tí más ideales
contornos que por ley de sus acciones;
que al nacer para el arte dió fecundo
tu genio, a su existir, sello profundo.

XI

Tú cual la docta y afanosa abeja
que doquier revolando en los vergeles
bebe la esencia de la flor, que deja
convertida en panal de ricas mieles;

de la ruin realidad que nos aqueja,
libar supiste los trasuntos fieles,
ofreciéndonos sólo de sus flores
sin espinas las galas y primores.

XII

Vi al magnánimo César; (1) al artero
Ricardo, (2) que a los suyos dá la muerte;
al satírico audaz de ánimo entero (3)
contra el fallo del vulgo y de la suerte;
de Tarifa al perínclito guerrero, (4)
más que padre infeliz, patricio fuerte,
que supo hacer tras íntima batalla
pedestal de su gloria una muralla.

XIII

Vi en pos al burlador arrepentido (5)
sufrir su ley de suspicacia en pago;
el orgullo glacial ceder fundido
del amor de una madre al tierno halago; (6)
el dardo contra la honra dirigido,
de la propia deshonra ser amargo; (7)
todo, en altas imágenes de gloria,
escribiendo al pasar tu ejecutoria,

XIV

No hay más allá: pensé; mas tu figura
aun a mis ojos crece y se agiganta
cuando esfuerzo mayor te transfigura
y Súllivan radioso se adelanta.
¡Qué gran revelación! ¡Qué luz tan pura
sobre otros horizontes se levanta!
me engañó tu valor; tomé la aurora
por el foco de luz que la colora.

(1) La muerte de César, tragedia de D. Ventura de la Vega.
(2) Los hijos de Eduardo, drama de Casimiro Delavigne.
(3) Don Francisco de Quevedo, drama de D. Eulogio Florentino Sanz.
(4) Guzmán el Bueno, drama de D. Antonio Gil y Zárate.
(5) El Hombre de Mundo, comedia de D. Ventura de la Vega.
(6) Amor de Madre.
(7) El Tejado de Vidrio, comedia de D. Adelardo L. de Ayala.

XV

Presa en la red de la ilusión mi mente,
siempre sentí detrás de tu ropaje,
escondido a mis ojos, más viviente,
el sér del imitado personaje;
mas hora desparece de repente
del claro cielo el velador celaje,
y admirar puedo, en emoción sin nombre,
en uno, unidos al actor y al hombre.

XVI

Siempre fingiendo edad y jerarquía
y al ajeno sentir encadenado,
¡Con qué deleite tu alma acogería
ser de tí mismo en tu creación traslado;
y ostentar las virtudes e hidalguía
de tu social linaje que has honrado,
derramando gloriosos arreboles
sobre el limpio fulgor de tantos soles!

XVII

¿Dónde, sinó en la fiebra abrasadora
de tu vida de actor, hallado hubieras
la dama a quien el mérito enamora
y del mérito alienta las quimeras;
el deber de reir cuando se llora,
del dolor y el deber tras luchas fieras?
¿Dónde a tu inspiración prender la llama
sinó en tu propio sér, alma del drama?

XVIII

¡Con qué ingénita y noble cortesía
a Wálter que te implora y escarnece,
tu honor le empeñas sin jurar un día
porque cumple el artista lo que ofrece!
¡Cómo en la lucha que se sigue, impía,
sobre tu amor, tu honor más resplandece,
mientras encubre tu reir deshecho
sangrado el corazón dentro del pecho!

XIX

No hay más allá. Como Hércules potente.

no hallando espacio a que llevar la guerra,
señaló en dos columnas, a Occidente,
los últimos confines de la tierra;
Súllivan quedará señal ingente
de que Dios al actor el paso cierra,
sin que nuevo Colón descubra ufano
mundo que torne su sentido vano.

XX

Allí, cuando en el lóbrego vacío
de tu ausencia, suspiro con el Arte,
se lanza osado el pensamiento mío
buscando inspiración para cantarte;
y me apareces, como verte ansío,
con el láuro que al mundo plugo darte,
cual un nimbo que baña en luz divina
de Súllivan la sombra peregrina.

XXI

¿Y yo intenté!... ¡Perdón! Faltóme aliento
para subir a tan remota altura
y a tu sien arrancar con ardimiento
la corona que en ella se asegura.
Juzgáralo, a poder, atrevimiento
de mi noble ambición en la locura;
y aunque fuese capaz, pensar me asombra
que yo ultrajase tu sagrada sombra.

XXII

Mas ah! que no es posible. Tal tesoro,
la gloria sólo de los genios paga,
pues hecho fué, para mayor decoro,
de una luz celestial que no se apaga;
y eterno brillará como astro de oro
que el noble orgullo al español halaga,
en la cúspide altísima y serena
del templo augusto de la pátria escena.

1883.

El Talión

Verídico drama o cuento
de gran sabor popular,
que hace bien a nuestro intento
que se oiga en este lugar).
Comienza la acción en una
casa de pobreza tanta,
que por lo que allí se ayuna
siempre está en Semana Santa.
Personas:—Un matrimonio
con gran prole de reata,
el padre de él, y el demonio
que siempre mete la pata.
pues aunque no se propasa
el suegro, y falta la suegra,
como el pan falta en la casa,
se pasa la pena negra;
y ella terca, él aburrido,
son de oir y son de ver
las escenas que al marido
le arma a diario la mujer.
Tal es por rigor del hado,
la precaria situación
de este hogar desventurado
al levantarse el telón.
(Cuadro primero: Ella en él
influye con su consejo...
—Es una carga cruel
la del padre enfermo y viejo...)

CONSEJERIA DE CULTURA Y EDUCACION
BIBLIOTECA REGIONAL
MURCIA

Le quieres: es natural;
tampoco le quiero mal,
aunque a mis hijos prefiero—
le dice.—A tener caudal,
no nos pesaría, pero
ya nuestros apuros ves...;
donde tanta el hambre es
y las entradas tan pocas,
de todos en ínterés
deben contarse las bocas.—
(Por fin él, aunque con pena,
cede al razonar prolijo;
y así, en la siguiente escena,
hablan el padre y el hijo).

—Padre: usted casi impedido,
yo con escaso jornal,
ni usted sana, ni lo cuido;
y fuera el mejor partido...
—¿Cual?
—Llevarlo al Hospital.
¡Si usted con gusto ha de ir!...
—Con gusto no podrá ser;
mas no lo he de resistir;
que no te debo exigir
lo que no puedas hacer.
—Allí tendrá mejor trato,
mejor lecho, mejor plato
con los que yo darle puedo;
mas si me tacha de ingrato...
—¿No te he dicho ya que accedo?
—Dios que de lo alto nos mira,
ve, padre mi corazón.
—Sí, hijo. Ten la convicción
de que es El quien te lo inspira.
(¡yo sé con cuanta razón!)
—Vamos, pues.
—Pero despacio.
—Apóyese en mí.
—Ya yes
que, aunque en ir no estoy rehacio,
con mi cuerpo endeble y lacio
pueden apenas mis pies.
—Y si nó, a cuestas... así.
—Porque te empeñas consiento;

y perdóname si fuí
hasta el último momento
una carga para tí.

Cuadro segundo: (Es la siesta,
hace un calor tropical,
y van subiendo una cuesta,
camino del Hospital).

—No llegarás a la cumbre
así; que hagas tal exceso
me dá, en verdad, pesadumbre,
hijo. Te agobia mi peso
con este sol que echa lumbre.
—No crea usted, porque me inclino,
que es al peso ni al calor:
es que lo exige el camino
tan pedregoso y tan pino.
—Como que no lo hay peor.
—Mas no me acobardo.
—Vas
a rendirte.
—Nada escucho.
—A la larga lo verás:
(pesa un padre viejo mucho
y pobre y enfermo más).
—Soy robusto y triunfaré.
Para reparar mi brío
ya cerca un banco se ve.
—¿Aquél?... ¡No, nunca!
—¿por qué?
—¡No lo consientas, Dios mío!
—Aliento a faltarme empieza,
y no quiere que los dos
descansemos? ¡Qué rareza!...
Llegué.
—Bajo la cabeza.
¡Qué grande, qué justo es Dios!
—¿Qué habla usted?
—No lo ha olvidado.
—Padre, me mata un recelo.
¿Aquí cometió un pecado?
—Sí.
—Que yo saber anhelo.
—Pues lo quieres, hijo amado,

sabe que hoy se me mostró
Dios tan grande, porque aquí
también con mi padre dí,
cuando lo llevaba yo
donde me llevas a mí.
—¡Qué horror! ¡Padre!...
—¿Qué te pasa?
—¡Vamos! ¡Pronto!
—Pero ¿a dónde?
—Tal impaciencia me abrasa,
y a donde voy se le esconde?...
—Hijo del alma!
—¡A la casa!
Y partiremos allí
lo que Dios me quiera dar.
No quiero, ni imaginar!
que mi hijo al llevarme a mí
se pare aquí a descansar.

1895.

(Leído por su autor en una velada de la Casa del Pueblo.

¡Sursum Corda!

SONETO

Con la sed de justicia en que me abraso
penosa de mi vida es la carrera;
pues no hallo, jadeante, quién siquiera
por santa caridad me ofrezca un vaso.

Tal vez me acerco al manantial escaso
y crece de mi afán la urgencia fiera;
y tras de larga y vergonzosa espera,
el odiado favor me cierra el paso.

Nadie me oye si exijo ni si imploro,
ni ve cómo hace, al apurarlo ardiente,
más amarga mi sed mi amargo lloro.

¿No he de alzar ¡ay! los ojos impaciente,
si oigo en el cielo el borbotón sonoro.
que ha de saciarla, de la eterna fuente?

1906.

El Beso de Judas

(PRESENCIANDO LA PROCESION)

Cuantas veces absorto ¡oh gran Salzillo!
tus creaciones innúmeras contemplo,
mi espíritu abismado cae de hinojos,
y al Creador en tus obras reverencio.
Que agotaste imagino en cada una
tu inspiración, tu soberano esfuerzo,
y siento en otras mil los aletazos
del águila incansable de tu genio.
No se rindió cuando, en osado arranque,
trepando hasta los pórticos del cielo,
el Angel vió que confortara a Cristo:
¡el más hermoso que los hombres vieron!
Posada en el olivo misterioso
do el cáliz vió Jesús, de acibar lleno,
aún halló, tras brevísimo descanso,
para El Beso de Judas nuevo aliento.
Y a tu voz imperiosa, como a «un fiat»,
brotaron, a la par, del mismo leño,
del Redentor la luminosa imagen
y el falso apóstol de color bermejo:
el puro rosicler de la alborada
junto a las lobregueces del infierno,
el rapaz gerifalte y la paloma,
la gacela y el tigre carnicero.

¡Qué abismo entre los dos! Salvarlo sólo
pudieron juntos Satanás y el Cielo:
la infinita Bondad con un abrazo,
y la traición ruín con medio beso.
¿Qué extraño que, a su pérfido chasquido,
blandiera el brazo vengador de Pedro
con santa crispación la noble espada
cual no vibró jamás ningún acero,
si hasta el sicario que, a prender a Cristo
fué con la chusma del imbécil pueblo,
con piadoso ademán avanzó el brazo,
el puro armiño a separar del cieno?
Y es que a los ojos del Señor asoma,
aunque ve la traición, amor tan tierno,
que sólo Judas resistirlo pudo,
sólo Salzillo adivinarlo en sueños.
¡Ah! Quién la doble luz de esas pupilas
no haya sentido, fascinado y ciego,
entrársele señora por el alma
y apoderarse de su ser entero,
no espere, no, en la copia del poeta
ver su foco divino, ni un destello,
ni que otro canto al escultor se eleve
que el himno religioso del silencio.
¡Avance, avance el admirable «paso»
del gran Salzillo, portentoso ejemplo
de sacra inspiración para el artista,
de cristiana humildad para el soberbio;
mientras aguardo, de admirar rendido,
a que a lo largo del desfile egregio
sacúdame de nuevo otro aletazo
del águila incansable de su genio!

1914.

A D. Lope Gisbert

Cayó rendido el animoso atleta
ya casi al fin de la áspera pendiente.
dejando al pié de la anhelada meta
la armadura del cuerpo resistente
y a su lado la lira del poeta,

Lira de oro que le dió el destino,
rico presente que en fulgor divino
doró los paños de su humilde cuna
y que sólo dejara en su camino
para escalar el foro y la tribuna.

Conoció su valer y amó la gloria:
si la prez no alcanzó que apetecia
no por eso para él será ilusoria:
daña a muchos, injusta, la victoria:
de él la historia dirá: la merecía.

Ni qué lauro mayor para el que ha sido
hijo amante de Murcia, que el lamento
de ésta madre infeliz que lo ha perdído,
y lograr en su amor un monumento
triunfador de los siglos y el olvido?

A ella volvió los apenados ojos
espirante a través de ese Occeano,
cuya anchura sin fin vió con enojos,
y con santo derecho sus despojos,
pide a las olas el amor murciano.

Amor firme y leal. Aunque de España
la tierra que en su seno los encierra,

pues murciana no es, tierra es extraña:
tornen de nuevo de la madre tierra
calor a hallar en la amorosa entraña.
Triste el hogar y solitario miro
donde soñó finara su existencia
y dar en calma el postrimer suspiro,
después de acumular en su retiro
el cosechado fruto de su ciencia.
Trocada en humo su ilusión querida
por decreto fatal de adversa suerte,
mírela en parte nuestro amor cumplida;
si aquí no goza el sueño de su vida,
duerma al menos el sueño de la muerte.

1888.

A la grata memoria

de mi entrañable amigo el erudito arqueólogo
D. Javier Fuentes y Ponte

SONETO

Del pasado en las mustias soledades
yo también cultivé tus aficiones;
y, al precio de los años, colecciones
en mi pecho formé de antigüedades.

Tengo ídolos de amor, viejas verdades,
olvidadas y santas tradiciones
y, entre el polvo de muertas ilusiones,
la fé que sobrevive a las edades.

De tanta joya en el tesoro vario
una que al par al tiempo desafía
comparte mi cariño de anticuario;

y es el recuerdo fiel que el alma mía
encierra en su escondido relicario
de la antigua amistad que nos unía.

1903.

A la Sagrada Eucaristía

(CON MOTIVO DEL XXII CONGRESO EUCARÍSTICO)

Cantaré. ¿No he de cantar,
si no habrá ocasión mayor,
y Tu me diste, Señor,
una lira que pulsar?
Suene cual nunca sonar
en tu alabanza la ví,
o calle, lejos de mí,
por siempre sus cuerdas rotas,
si no modulan sus notas
un canto digno de Ti.
Alguna vez, en mi fé
alas hallando mi afán,
de Tu belleza al imán,
que a Ti me alzaba soñé.
Y enmudecí, y me postré,
cubriéndome, oruga ruín,
contra la luz que sin fin
Tu alto solio reverbera,
con mi lira, cual si fuera
el ala de un serafín.
Fué el intento temerario;
y de sacro pavor lleno,
hoy los ímpetus refreno
de mi vuelo imaginario;

y al incrüento Calvario
desciendo desde el Tabor;
que va a mis ojos mejor
la que irradias, dulce luz
en la eucarística Cruz,
que es el trono de Tu amor.

Tú tan inmenso, Dios mío,
que no hallaras buen palacio
ni aun ensanchando el espacio
hasta llenar el vacío;
si grande en Tu poderío
más grande en Tu amor deshecho,
prefieres recinto estrecho,
y llegar, (¡sublime arcano!)
del hombre soberbio y vano
hasta caber en el pecho.

Por tu infinita bondad,
para el que Te ama y Te odia
preso estás en la Custodia
con cadenas de humildad.
El Arte a Tu Majestad,
por darle regio decoro,
de joyeles un tesoro
derrochó y su inspiración.
Ya que vivas en prisión,
que tenga rejas de oro.

Allí, si bien no patente
en Tu presencia real,
del viril por el cristal
la Fé Te encuentra y Te síente;
y a confesarte presente
en anchas oleadas llega,
y en Tu derredor congrega
sus innúmeras legiones,
gente de todas naciones,
confundiendo al que Te niega.

¡Oh, dicha! Con su arrebol,
bello matiz del plácer,
va tu baldaquino a ser
el puro cielo español.
Ya en petos y armas el sol
juega con vivos fulgores,
brilla en altos miradores;
y de los rayos que envía,

el prisma de la alegría
destrenza alegres colores.

Las calles, bullente río
de inquieto y vivo oleaje
rebosan del balconaje
engalanado gentío.
En su vistoso atavío
se esmeró la fantasía;
y para alfombrar la vía
del Señor de los señores,
segaron todas sus flores
los huertos del Mediodía.

Vedlo... avanza... En varios sones,
con el gran concierto afines,
ya lo anuncian los clarines,
le hacen salva los cañones;
músicas y aclamaciones
llenan el espacio inmenso;
hácese el ambiente denso
con aromosa neblina,
y surge la Hostia divina
de entre espirales de incienso.

Es todo un pueblo leal
que en festejarla se goza,
el que espera la carroza
ver en su marcha triunfal;
y en su cortejo real
cuanto vale, cuanto brilla,
el que dobla la rodilla,
más grande ante Ella parece;
que el mismo Rey se engrandece
cuando a su paso se humilla.

Y así, augusta, lentamente,
con andar de soberano,
dominando el mar humano
de la multitud hirviente,
el humilde Omnipotente
va, cual sobre hinchada ola,
dándole excelsa aureola
entre himnos, preces y honores
los vislumbres y colores
de la bandera española.

¡Oh impotencia del lenguaje!
¡oh cuánta gente de hinojos!

¡oh cuánto llanto en los ojos!
¡oh qué dulce vasallaje!...
¡Y aún hay mayor homenaje!
¡aún sueña más mi ambición!
llevarlo en íntima unión
con hondo celo amoroso
en un viril más precioso:
nuestro amante corazón.

Salva un día la Alpujarra
e intenta un millón de infieles
segar hispanos laureles
con la hoz de la cimitarra.
Castilla, Aragón, Navarra
bajan al reto arrogantes;
y del árabe triunfantes,
ven como aventa su aliento
rotas lunas ciento a ciento
entre revueltos turbantes.

¿Por qué lograron poner
tan alto el nombre a las Navas?
—Porque en sus pechos morabas,
¡oh Dios! al amanecer;
porque el divino poder
de la mística oblación
infundióles, del león
la fiereza y la pujanza,
y un Cid era cada lanza,
y un héroe cada peón.

Si hoy, en mengua y con mancilla,
de españolas tradiciones,
alza la impiedad pendones,
reina otro Alfonso en Castilla.
Si él nuestra hueste acaudilla,
y en la recia lid dudosa
entramos con fé briosa,
y la Hostia nos acompaña,
España será la España
de las Navas de Tolosa.

1911.

¡Gibraltar!

Orgullo fuiste del solar hispano,
y apartamos de ti la vista huraña;
que despiertas, al par, en mezcla extraña,
santos amores y rencor insano.

Propicio a la traición, cupo al britano
en ti del godo infiel pujar la hazaña,
y en tu abrupto cantil, de cara a España,
su pirata pendón clavar ufano.

Como eterna visión de pesadilla
lo miro flamear, reto insolente,
reto sin aceptar que nos humilla;

Y a su pie el mar inglés que, en la rompiente,
¡de España golpetea la mejilla,
escupiéndole espumas a la frente!

Publicado en «La Verdad» de 30 de Junio de 1915.

Mi ofrenda

En la muerte de mi fraternal amigo, el poeta Ricardo Gil

¡Fúnebre hermoso concierto!
¡Quién pudiera aquí aportar
fúnebre hermoso cantar
para el inmortal que ha muerto!
Pero en vano, torpe, incierto
notas acordes buscando
voy con mi pena; pues cuando
creo hallarlas, rompo en lloro;
y es que en mi dolor ignoro
cómo se canta llorando.

Fué en una mañana fría.
El cielo gris se velaba,
y con su manto amparaba
el duelo del alma mía.
Paró un furgón en la via,
abrió su boca el furgón,
y mostró en negra visión
un féretro. ¡Trance fuerte!
Aquél hálito de muerte
aún me hiela el corazón,

¡Pobre poeta! Dios lo hizo

(¡y quién hay que a Dios demande!)
poniendo un alma muy grande
en vaso muy quebradizo.
Y cuando con más hechizo
cantaba, y con más primor,
súbito golpe traidor
hundiólo en mortal desmayo:
así me imagino un rayo
dando muerte a un ruiseñor.

¿Os acordais?—De mi mente
no se borra—Juntos fuimos
a enterrarlo; allí lo vimos
ya sin luz la egregia frente.
Desde aquél adios doliente,
mas flores no hallé ni vi
propias de esparcirse aquí
—y ya mi llanto las aja—
que las flores de su caja
que piadoso recogí.

De aquellos despojos lacios
en la dulce compañía
ya no iré, como solía,
por los etéreos espacios;
ni de encantados palacios
que copian lagos risueños
los dos los únicos dueños,
él con su llave de oro
irá abriéndome el tesoro
de sus quiméricos sueños.

Cuanta gloria el mundo ve
que él ganó en hermosos días,
supiéronme a glorias mías
y con ellas me ufané;
y hoy que lloro al que se fué
y hago del vate memoria,
estimando transitoria
la prez del mundano honor,
no doliera a mi dolor
dar por su vida su gloria.

Cantad a aquél que cantó

con voz que el alma enajena;
y si os embarga la pena,
llorad como lloro yo.
¿Faltará quien cante?—No;
ni quién, en angustia tanta,
sienta sin voz la garganta;
que enlutada, a toda hora
la musa hispana lo llora,
y su inspiración lo canta.

Leída por su autor en la velada necrológica del Círculo Católico del 31 de Diciembre de 1907.

El Angelus

Fúnebres luces el Ocaso envía
al recibir con pompa soberana
en sudario de púrpura oro y grana,
la majestad del moribundo día.

Dilata el eco por la vega umbría
el solemne clamor de la campana,
y del fondo de toda alma cristiana
otro eco le responde: ¡Ave María!

Desde el valle de llanto donde gime
y ante la sombra el corazón cobarde,
ve doblarse la pena que le oprime,

y se acoge a la Fe, lámpara que arde
ante la Virgen pura, en el sublime
religioso silencio de la tarde,

1923.

¡Al Rif!

Resonó el clarín guerrero
y en el templo secular
de Burgos, bajo el crucero,
se estremeció el caballero
Cid Rodrigo de Vivar.

Aquél que, en frase que brilla,
de inspiración como un rayo,
una vez puesto en la silla,
se iba ensanchando Castilla
delante de su caballo.

Siete siglos ha dormido
bajo su férrea mortaja,
hasta que llegó a su oido,
como un punzante alarido,
que a nuestra madre se ultraja.

Y aunque el suelo le aprisiona,
hollada al ver la matrona,
crispa su mano ya seca,
queriendo asir la Tizona,
y cabalgar en Babieca.

Fué nuestro sino: la historia
de España, en páginas de oro,
es no más que la memoria
de su pasión por la gloria
de combatir con el moro.

Murió el Cid; mas su valor

no ha muerto; nos fué legado
como una manda de honor;
y es cada español soldado
un nuevo Cid Campeador.
¡Al Africa! Una vez más
vuela España al desafío
que, no convicto jamás,
le manda el moro bravío,
de sus breñales detrás.

Una vez más que el guerrero
que, en el pomo de su acero,
la Cruz lleva, por fortuna,
hará en el combate fiero
pedazos la Medialuna.

¡Madre, que miras partir
al hijo mozo que adoras:
que no advierta tu sentir,
que no tiemble al combatir,
pensando en que tu lo lloras.

Turbios tus ojos lo ven
arrostrar peligros cien;
y aunque tu pecho taladre,
ha de vengar a otra madre,
que es madre tuya también.

Porque a todos sér y vida
nos dió en su amorosa entraña;
porque es la Patria querida,
venerada y bendecida;
porque esa madre es España.

Deja que cruce ese mar,
de espaldas a ese Peñón
que, para duelo y baldón,
fué tantas veces lugar,
propicio a inicua traición.

Deja que en la opuesta orilla,
en lid sin cuartel, sangrienta,
con el que así nos humilla,
lave en su sangre la afrenta
que le escalda la mejilla.

¿Qué mucho, si, ante ese ultraje
de España a la majestad,
añoro mi mocedad,
y tiemblo más de coraje,
que por obra de la edad?

¿Qué mucho si ese clarín
vieja hazaña me interpreta,
y tras del moro ruín
veo brillar la bayoneta,
y oigo la polka de Prim?

¡Atrás, los que de la lid
huyendo, con torpe ardid
llorais fingidas ternuras,
y buscais más cerraduras
para el sepulcro del Cid!

No a las madres a angustiar
así vayais sensibleros.
Pues miedo os pone lidiar,
quedaos haciendo pucheros
con las hembras del hogar.

Y dejar que los valientes,
braveando el suelo africano,
prueben a aquellos dementes
que el noble león castellano
aún tiene garras y dientes.

Van nuestro escudo a limpiar
del lodo vil que lo empaña;
van, tras heróica campaña,
con su sangre a continuar
la limpia historia de España.

Publicada en «La Verdad», a fines de Agosto de 1921.

Al «San Jerónimo» de Salzillo [1]

Ved su carne ya lacia, amarillenta,
del áspero vivir que la castiga,
cómo, seca, se arruga y se desliga
del mísero armazón que la substenta.

Su corazón (inquieto) se impacienta
con sed de Dios, que el mundo no mitiga,
sin que a latidos franquear consiga,
la ósea cárcel que el pecho transparenta.

Libra allí sin cesar combate fiero,
lastimado en la lóbrega estrechura;
y en un arranque de fervor postrero,

Encomienda a una piedra terca y dura,
los hierros quebrantar del prisionero,
porque libre y feliz vuele a la altura.

1922.

(1) De un tríptico a la imagen inmortal.

Al eminente maestro

compositor murciano D. Manuel Fernández Caballero

iño, casi adolescente,
acariciando tu mente
sueños de alegre matiz,
buscaste con ansia ardiente
de gloria *Un día feliz.*

Con excesivo ardimiento
para ascender poco a poco,
fuiste del primer intento
descanso a tomar y aliento
en la *Guardilla de un Loco.*

En la dulce intimidad
de aquél que *Príncipe* nombra
de Ingenios, la humanidad,
creció tu celebridad
entre la *Luz* y la *Sombra.*

Pero en la fe y el valor
del gran Cervantes te inspiras;
te inflama súbito ardor,

y a hollar las cimas aspiras
do crece el lauro mejor.

Lanza de *La Marsellesa*
tu voz el canto de fuego
que hace fácil toda empresa,
y en lo alto tu huella impresa
deja *El Salto del Pasiego.*

Ya tu fama se asegura;
ya no morirás jamás;
mas como hay por ley muy dura
siempre un necio que murmura
y muchos que piden más;

Tú, pues la ocasión es calva,
de *Dos Princesas* te vales,
cuando una a cualquiera salva,
y retas a tus rivales
y hasta al *Lucero del Alba.*

Por eso para premiarte
Murcia te llamó a su seno,
de donde te vió alejarte
para lidiar como bueno
en los palenques del arte.

Por eso aquí se te aclama
de amor con tanto derroche,
y este salón luz derrama
sobre tanta hermosa dama
a *Las Nueve de la Noche.*

Por poeta y por murciano
dos veces te llamo hermano.
¿Cómo callar mi poesía
que con tu gloria me ufano
cual si fuera gloria mia?

Murcia en ella se embriaga
con el cariñoso exceso
de madre que tanto halaga;
con lo que puede te paga;
no la culpemos por eso.

La culpa es de una señora
que a España entera devora
desde tiempo inmemorial;
se llama... nadie lo ignora;
ni nombrar quiero a la tal.

Por ella está todavía

Murcia como estar solía
en tiempos de Julián Gil, (1)
salvo una moderna vía...
si, la del ferrocarril.

Por ella, ya en nuestra era
no se abre al acero fino
aquella hermosa cantera
de donde brotó severa
la estatua del gran Moñino.

Por ella, honor semejante
están esperando en vano
desde época muy distante,
tanto y tanto gran murciano
que esperarán, Dios mediante.

Y tanto una fuente arredra,
que es la de Belluga un mito,
y el gran Don Diego Saavedra
logró sólo un monolito,
es decir, sólo una piedra.

Pero si estatuas alzar
y abrir calles no podemos,
sabemos en cambio honrar
las que hubimos de heredar
con las glorias que tenemos.

A la prueba me remito:
ayer en calle vecina
sonó generoso un grito
y el nombre ruín del *Cabrito*
cubrió *Polo de Medina*.

Hoy una plaza engalana
el tuyo de ecos tan gratos;
y está con razón ufana,
porque, a cambio de unos Gatos,
tal *Caballero* se gana.

Y advierten los que imparciales
comparan nombres y nombres,
que son ganancias reales
ir ahuyentando animales
y ganando grandes hombres.

De sus amorosos tratos

(1) Nombre de un célebre y popular profesor de música de Murcia, padre político y maestro de Fernández Caballero.

con el desgarrado son,
estaban ahí esos gatos
dando siempre malos ratos
a Don Pedro Calderón. (1)

Ahora con tu compañía
cobra el reposo perdido,
y dirá vuestra armonía
que siempre hermanas han sido
la música y la poesía.

Bien mereces el honor
de que tu nombre glorioso
tenga más vivo fulgor
recibiendo resplandor
del nombre de ese coloso.

Que si Murcia en tal compaña
lo ha esculpido con orgullo,
tú, en artística campaña,
de honrar no cesaste el suyo
por los proscénios de España.

Ahí vivirá eternamente,
como noble monumento
que a la venidera gente
dirá el triunfo del talento,
la fé de un pueblo que siente.

Hondo lo grabó el cincel
dentro de ese mármol duro
para perpetuarlo en él;
mas si acaso en lo futuro
lo borra el tiempo crüel,

Sabe que está a prevención
grabado en cuerpo más tierno,
pero de más duración:
de Murcia en el corazón;
ese es el mármol eterno.

NOTA: Esta poesía se escribió por el año de 1886, en que el Ayuntamiento acordó rotular con el nombre de Fernández Caballero, la Plaza de los Gatos.

(1) Nombre recien puesto también a la sazón, a la calle contigua.

La envidia

(SONETO)

No más arraiga que en malvado seno.
Allí, la luz huyendo que la afrenta,
del amargo recuerdo se alimenta
de cuanto brilla meritorio y bueno.

Gota a gota, la hiel de su veneno
penetra el corazón que la substenta;
y le infunde letal, con fiebre lenta,
la *tristeza* rüín *del bien ageno.*

Todo vicio al perdón motivo ofrece,
porque un deleite, al fin, lleva consigo;
y si amengua la fama no envilece.

Ella sólo no encuentra juez amigo,
ni encontrará el castigo que merece,
si ella no fuera su mayor castigo.

El bombero muerto

En grato recuerdo de mi amigo, el Jefe, que fué, de la Brigada de Murcia, Don José María Báguena

I

Ya es pasada media noche.
Entre fúnebres crespones,
a la luz de unos blandones,
sobre un paño funeral,
cruz al pecho, casco a un lado,
yace el cuerpo del bombero,
al que hace duelo sincero
una compaña leal.

¡Cuan inerte el que se erguía
con frenético arrebato,
cuando, en sueños, el rebato
llegaba tal vez a oir!
Irritábale el tañido;
y veloz como una tromba
la primera era su bomba
con el fuego a combatir.

A sus pies un viejo cabo
de su vieja compañía
le hizo guardia por el día,

y aún le vela con afán;
que al mirar su rostro plácido,
ver no quiere allí la muerte,
y aún espera que despierte
su querido capitán.

Ni una línea en su semblante
se alteró; no más sereno
duerme el que de vida lleno
en su lecho reposó.
¡Si aún viviera!... El pecho amante
se abre siempre a la esperanza,
y con ansias se abalanza
donde un asidero vió.

Deudos cércanle, y amigos;
hay quien rézale de hinojos;
hay quien húmedos los ojos,
narrando su vida va.
¿Y él calla a tanto cariño?
¿Y él inmovil permanece?
—Muerto está.
—No lo parece—
dice el cabo—Dormirá.—

II

Quebrantada, dolorida
llégase a él la pobre esposa,
trémula, la faz llorosa,
de una intensa palidez;
y a través de sus sollozos
paso abriéndose su queja
dícele como la deja
triste y sola en su viudez.

Nadie en calma oye su llanto.
¿Y él, que en vida fué su escudo,
permanece quieto y mudo?...
¿Quién que es muerto dudará?
Mas el cabo no se rinde;
y entre sí, ceñudo y grave,
dice quedo:—«¿Quién lo sabe,
si está muerto o dormirá?»—

III

En la estancia mortuoria
van entrando los bomberos,
sus antiguos compañeros,
en silencio, aunque en tropel;
y relatan sus hazañas.
—¿Y él lo escucha y no despierta?
Su muerte—dicen—es cierta—
y—¿Quién sabe?—el Cabo fiel.

IV

De repente en el silencio
resonó, aguda y nerviosa,
la voz de ¡fuego! angustiosa
de unas fauces de metal;
y en pie todos, como a impulsos
de un resorte, se encontraron,
y una tras otra, contaron
las notas de la señal.

Algún rudo veterano,
viendo allí a su jefe yerto,
al salir con paso incierto,
una lágrima enjugó.
Y parte ya sin su guía,
sin su aliento, sin su brío
el puesto a encontrar vacío
que con tal gloria ocupó.

Más vivo el bronce se oia....
ve el Cabo por vez postrera,
que el capitán no se altera,
que no oye el rebato ya;
y lloroso, al fin, lanzándose
tras la turba presurosa,
exclamó:--«¡Caven la fosa!:
no es que duerme, muerto esta!»

1905

Composición leída por su autor en la velada del Círculo Católico.

"Dolores"

A BALART

(SONETO)

Rendido de dolor, la vida incierta
sollozando y con mano temblorosa
de la mansión donde tu bien reposa
tenaz llamaste a la callada puerta.

Si humana angustia, tras la fosa abierta
fuese a evocar al ido poderosa,
volcando dócil a tu reclamo y amorosa
volado hubiera a ti la pobre muerta.

Aunque no tuvo igual tu desconsuelo
Dios no te la dará por más que lloras
que habrás por ella de subir al cielo.

Mas trocando tus lágrimas en flores
quiso que en el poema de tu duelo
no muera la memoria de Dolores.

Echegaray

(SONETO)

La árida ciencia que trocó en amena
lo miró desertar; y ardiendo en ira,
la regla y el compás negó a su lira
que con sublime desarreglo suena.

De sus creaciones la abundosa vena
por campos de dolor y estrago gira,
y el trágico puñal en que se inspira
de cadáveres mil sembró la escena.

Mas ¡oh gloria del genio única y sola!
al matador se aplaude con locura,
viéndolo tinto en sangre hasta la gola!

Mientras él mata y mata sin hartura,
y cada vida que a su musa inmola
a su nombre más larga la asegura.

(De la «Galería de escritores murcianos contemporáneos»—II—Publicóse en el *Semanario* núm. 151).

A D. José Feliú y Codina

Insigne autor dramático

(SONETO)

Doquiera lauros te prodiga España
orgullo maternal su pecho siente;
que son las concepciones de tu mente
hijos robustos de su noble entraña.

Dió la Alcarria feliz que el Tajo baña,
vida infeliz a víctima inocente; (1)
la sangre de Aragón ruge valiente
en la pobre mujer que un vil engaña. (2)

Sea una murciana enjendro peregrino,
de la alcarreña hermana y la Dolores.
Traéla ceñida de laurel divino;

Y Murcia, haciendo propios tus honores,
para alfombrar vuestro triunfal camino,
sus huertos mil despojará de flores.

(1) El drama *Miel de la Alcarria*, del autor.
(2) El drama *La Dolores*, del autor.

La cuestión social

Obscuro amaga el problema,
centellas la nube lanza;
y al ver que imponente avanza,
casi huye la luz extrema
del corazón: la esperanza.

Soberbia y goces, arriba;
odio, apetitos abajo;
en esto el problema estriba,
no en la lucha, siempre viva,
del capital y el trabajo.

Si uno es bien y el otro es mal,
ante el placer y el dolor
el hombre al hombre es igual:
¿quién no es un trabajador?
¿quién no tiene un capital?

¿No es el músculo de acero
del más infeliz bracero
un capital que, a diario,
rinde en sonante dinero
el interés del salario?

¿Y qué otra cosa en conciencia
son, aunque de más valor,

las obras de arte y de ciencia,
sino gotas de sudor
que vierte la inteligencia?

Es que hay ansia de gozar;
y furor de destruir,
y cual fiera hay que cazar
fiera que intenta, al rugir,
su cruda ración tomar.

Si; mientras le abra camino
la infame bomba que estalla,
será su aciago destino
el cadalso y la metralla,
o el triunfo del asesino.

Y vencido o vencedor,
¡cuánta desventura cierta!
¿Quién no cegará de horror,
de la sangre que se vierta
con el espeso vapor?

Y el problema se agiganta;
y el alma que busca luz
sólo ve, en angustia tanta,
un monte que se levanta,
y sobre el monte una cruz.

Y ve que la obscuridad
disipa fulgor de aurora,
y oye en dulce suavidad
la palabra redentora
de Cristo que es... ¡Caridad!

Ella hace humilde al que pena
y su dolor dignifica,
ella forja la cadena
del amor, y dulcifica
lo que el rencor envenena.

Ella, con tierno desvelo
al rico hacia el pobre lanza,
llevando en nombre del cielo

a su espíritu enseñanza,
a su corazón consuelo.

Sin ella no hay soluciones,
sino ir de la ruina en pos:
que entre horribles convulsiones
se destruyen las naciones
cuando se olvidan de Dios.

1892.

Recitada po su autor en la velada del domingo en la noche en el Seminario.

Antinomia

(SONETO)

Al trepar de los montes a la altura,
el más liviano peso, ¡como es grave;
y cuánto llevadero y más suave
al bajar de la cumbre a la llanura!

Por ley lo tuvo mi razón obscura;
mas nunca es bien que de aprender acabe;
y escarmentada en el error, ya sabe
que es la de la excepción la ley segura.

A costa de desvelos y de daños,
una nueva mecánica aprendida
sacóme por mi mal de mis engaños;

pues siento mucho más que a la subida
la carga abrumadora de los años
al bajar la pendiente de la vida.

León XIII

Alma grande en cuerpo breve,
aun vivo el coloso asombra
que ha proyectado más sombra
en el siglo diez y nueve.
De sus cien años la nieve
dejó en su ser su blancura;
y así es blanca su figura,
y un himno a mi pecho arranca;
que si es cual la nieve blanca,
es como la nieve pura.
Mas no su gran corazón
se ha apagado; todavía
bajo de la nieve fría
dá una lenta pulsación;
aun en sacra inspiración
su estro poético arde;
y aún en generoso alarde
su inteligencia destella
como una pálida estrella
al declinar de la tarde.
No ve nuestra pequeñez
en su nativa ruindad
cómo tanta majestad
cabe en tanta sencillez;
y el que por dicha una vez
a su trono se adelanta,
siente sin voz la garganta,
sin voluntad cae de hinojos,

y con llanto de los ojos
baña su sandalia santa.
El, con la voz soberana
de quien, en nombre de Dios,
va de la verdad en pos,
rigiendo a la especie humana,
rigor y dulzura hermana
y el mundo admirado ha visto
que, aún del hereje bienquisto,
su voz doquiera se oyó,
porque su voz resonó
con dejos de la de Cristo.
El puso coto al poder;
y, a la moral afluentes,
mostró las divinas fuentes
del derecho y del deber.
Lecciones de alto saber
dió a pueblo y reyes al par;
y puso en propio lugar,
sin vana guerra a los nombres,
lo mudable de los hombres,
y lo eterno del altar.
Cuando en lid rabiosa y fiera
riñeron rudas campañas
el capital sin entrañas
y la inculta masa obrera;
desplegando la bandera
de caridad y perdón,
su anillo fué el eslabón
que los rotos eslabones
juntó de los corazones
de uno y otro campeón.
Aún su voz llega hasta mí,
a sus acentos de miel,
de la lucha sin cuartel
cesó el loco frenesí.
Por él estamos aquí,
unidos pechos y manos;
ajenos como cristianos
a terrenos intereses,
no hay obreros ni burgueses,
sino hijos de Dios: hermanos.
¡Y habrá pronto de morir?...
¡Y en lo obscuro de la huesa
se apagará esa pavesa

que aún se afana por lucir?...
¿Quién—ay!—quién, para infundir
en sus venas nuevo brío
pudiera darle ¡Dios mío!
y aún a mi ambición no basta,
la vida ruín que malgasta
tanto necio y tanto impío!
Mas ah! ¡que mi afecto tierno
a vaga ilusión se aferra;
que el polvo vuelve a la tierra,
y sólo Tú eres eterno.
¿Cómo, iluso, no discierno
que, triunfando de esa suerte,
negárase al varón fuerte
la prez, la paz merecida?
¿Es don precioso la vida
a quien espera tal muerte?
Si él la ve llegar sereno;
si no ha de poder el mundo
saciar su anhelo profundo
con la corona del bueno,
no lloremos cuando el cieno
que, hollando la tierra toma,
allá en la cumbre de Roma
de su alba veste desprenda,
y en pos de su palma ascienda
como una blanca paloma.
Ya, de la tumba al trasluz,
su débil pupila incierta
columbra la ansiada puerta
que abre a la increada luz.
Llamará allí con la Cruz;
y Pedro, aquí su modelo,
volará a calmar su anhelo,
con santo gozo en los ojos,
descorriendo los cerrojos
de la morada del Cielo.

1903.

El libro de Balart

(*Recordando una poesía de su libro «Dolores»*)

Yo también tengo un armario
donde con amor guardé
como en rico relicario,
todo libro, de mi fé
profana devocionario.

Como si fuera un altar,
ante él me suelo postrar;
que emana el genio de Dios;
y honrar en él a los dos
es una forma de orar.

Con piedad hasta importuna,
de ese altar, que es mi fortuna,
repaso el tesoro vario,
cual repaso una por una
las cuentas de mi rosario.

Y como las hay en él
de tamaños desiguales,
aunque en la sarta, a granel,
sean perlas orientales
todas para el alma fiel,

por más grato al corazón
tengo yo entre los mejores
un libro en que en un reglón

de sublime concisión
leerán los siglos: *¡Dolores!*
Ya ese nombre al resonar,
del honor que le acompaña
no puedes, vate, gozar:
ya sobre un sepulcro España
llora, que dice: *¡Balart!*
Duerme en paz, triste cantor;
y no temas los rigores
del tiempo devorador;
que el libro de tus dolores
lo es del humano dolor.
Como él, logrará tener
eterno vigor lozano.
No temais envejecer:
mientras llore un pecho hermano
os tienen que conocer.

1905.

El paso de la Custodia

por un convento de monjas

(SONETO)

Bajo templete deslumbrante de oro
entre cristal tras que lo ve el creyente,
es llevado el humilde Omnipotente
del cimbalillo al repicar sonoro.

Prorrumpe en himnos religioso coro,
en aromas inúndase el ambiente,
y cuando el pueblo póstrase ferviente
y exhala su emoción en dulce lloro,

deshojadas de amor místicas rosas,
oculta gala de vergel cerrado,
descienden como inquietas mariposas:

homenaje sencillo dedicado
al Señor por las vírgenes esposas,
trémulas de pasión ante su amado.

1880.

Ante mi caricatura

¿Qué ese soy yo? Ya es decir.
Y si soy yo ese poeta
que diz que llegó a la meta
¿por qué debo hacer reir?
Renombre tan perseguido
y tantas noches soñado:
tras tanto haberte esperado
tarde y con daño has venido;
que es cosa triste, en verdad,
que, de este siglo a la altura,
sea una caricatura
signo de celebridad.
¡Ah! La razón se concibe:
la crítica (que no es buena)
impurifica, envenena
la atmósfera en que se vive;
en todo su diente clava;
y, por instinto violenta,
pone una burla sangrienta
hasta en lo mismo que alaba.
¡Ay del autor infeliz
en quién defectos asomen
como un abultado abdomen
o una crecida nariz!
No hay remisión para él;
ya puede con pluma de oro
legar a España un tesoro
digno de eterno laurel:

el crítico y el pintor
pondrán, por ese prurito,
en las nubes lo que ha escrito,
y en música al escritor.
No al dibujante condeno
que en éste caso me pinta,
y que no mezcló en la tinta
ni una gota de veneno;
al contrario, con nobleza
y mirando a mi interés,
me puso pequeños pies
y muy grande la cabeza.
De estar viejo no me quejo,
ni menos de mi fealdad,
porque en esto, en puridad,
es el dibujo mi espejo.
Como por mi condición
hago caso de conciencia
no juzgar por la apariencia,
cuando hubo buena intención;
(aunque acá en mi fuero interno
no ignoro que hay opiniones
de que de esas intenciones
está empedrado el infierno),
paso gustoso por todo,
que con nadie me malquisto;
y pues a mí por lo visto,
no has de llegar de otro modo,
bien vengas, celebridad;
aún viniendo—cosa dura—
con mi maltrecha figura
y ya en mi caduca edad.

1916.

Epístola

Al señor Jacinto Polo,
clérigo, ingenio sutil,
que de «Quevedo Murciano»
fama goza, según diz.

En el cielo... o donde se halle,
que allí estará, en mi sentir:
pues, poeta y pobre, de fijo
pasó el purgatorio aquí.

No confundirlo con otro
Polo que hay, de nombre Gil,
valenciano, por su mérito,
fuera facil un desliz.

Es el mío todo sales
y agudeza en el decir,
y dado a jácara y chiste,
(el otro a lo pastoril),

Corto de cuerpo y de barba,
largo de pies y nariz,
según la imagen a pluma
que sacó de su majín.

Si aun no le hallaren, pregunten
a Quevedo, el de Madrid,
pues le siguió aquí los pasos
no andará lejos allí.

De la Ciudad del Segura

yendo hacia el año dos mil,
al regocijo de Apolo
un mal coplero aprendiz:

Vuesa merced me perdone
si estima, aparte su fin,
audacia grande mi carta,
mi romance, prosa vil.

Más de dos siglos pasaron
desde que en hora infeliz
disteis al Creador el alma
y al suelo el cuerpo senil,

dejando por todos bienes,
en pobre zaquizamí,
una sotana raída
y una lira de marfil;

y vuestro perdón espero;
que aunque en estilo ruín,
en la ausencia, de la patria
gusta nuevas recibir.

De los devotos de Apolo
querreis saber—¡ay de mí—
Si alguno canta, no le oyen;
si le oyen hace reir.

Dicen que el verso ha pasado
como moda femenil,
y que es una lengua muerta
como el griego y el latín.

Cierto que la poesía,
mirando poco por sí,
calzó a disgusto el coturno,
luego en chanclas el chapín,

y hoy descocada, entre chulas,
como infame meretriz,
arrastra por las plazuelas
pingajos del escarpín.

Espinardo no es su sombra;
ni academias, ni jardín,
y se va desmoronando
el palacio señoril.

No halla el poeta Mecenas,
más quien se lo cene sí,

y le roa los zancajos
tras de sacarle el saín.

—Si así trataís a los vivos
¡pardiez! —os oigo decir.
—¿En qué teneis a los muertos?
¿En qué me teneís a mí?

—En mucho, señor Jacinto,
como a otros ingenios mil,
os tienen los que no tienen
el don sonoro del dín:

Sin mármoles que labraros,
sin metales que fundir,
vemos con ira que estatuas
le alzan a algún zascandil.

Con vos y con otros tales,
que esos honores pedís,
¿queréis saber lo que se hace?
Os vaís, buen Polo, a reir.

Decir que una calle es vuestra,
aunque valga un Potosí;
cuando fué vuestra pobreza
un soberano mentís.

Tuviérais sólo una casa
de las que os dan ahora así,
y con menos amarguras
viérais de la vida el fin.

Mas si de gloria mundana
tan desheredado os ví,
a Dios que os dé la del cielo
ayer fuimos a pedir.

Grabado queda en un templo,
con recio y firme buríl,
que a su sombra y en sus bóvedas
el sueño eterno dormís.

Allí a rezaros iremos
los hijos de este pensíl,
aun más bello en vuestros versos
ricos de aroma y matíz.

No os desvele vuestra gloria
no hay otra que la de ahí,
y pues falta ya no os hace,
por no tener que zaherir,

mandadme acá cualquier día,
y en hora lleguen feliz,
vuestro peregrino ingenio,
vuestro aliento varonil,

para que con ellos pueda
abrumar y confundir
a tanto necio sin fuste
que, alardeando de *esprit*,

no admiran a los poetas
aunque tengan mucha *vis*,
como dicen, porque el verso
es sólo un juego pueríl.

Leída por su autor en la velada del Círculo Católico, celebrada el 18 de Febrero de 1894.

A los pies de un Crucifijo

«*Deus meus pendet in patíbulo,*
et ego voluptati operam dabo».

SAN BERNARDO

Cuando era yo feliz; cuando volvía
del mundo, acaso de gozar cansado,
y de oprobio y espinas coronado,
en la cruz por mi culpa te veía,

tu mirada sin hiel me reprendía
por mi olvido de tí; y avergonzado,
como agudo puñal en mi costado
penetrar y abrasarme lo sentía.

Ya el dolor me curó de mi demencia;
ya me llama a los pies de tu madero
tu mirada de amor y de indulgencia;

y entre gozar o padecer, prefiero
que el placer no me pese en la conciencia
y ser en el dolor tu compañero.

1916.

Cehegín

Mirando a Bullas altivo
y de frente a Caravaca,
sobre dos alzados cerros
Cehegín sus torres levanta.

Un negro castillo moro,
como evocado fantasma,
sobre el azul de los cielos
rotas almenas destaca;

viendo, humillado y vencido,
que encima de la más alta,
de un campamento cristiano
la cruz triunfante se alza.

Dos puentes: uno de piedra
de recia y costosa fábrica,
otro de hierro que, airoso,
de un salto un abismo salva,

ya impetuosas, ya apacibles,
una dulce y otra amarga,
ven pasar bajo sus ojos
del Quípar y Argos las aguas.

Por las extendidas vegas
que, entre sinuosas montañas,
forman valles pintorescos,
que alfombra la vid lozana,

bien olientes cañamares
con sus verticales cañas

fingen, en cuadros cerrados,
escuadrones de alabardas;
y al inclinarlos el viento,
mecen las pródigas ramas
de mil variados frutales,
en que competancia franca
hácenle: al pero de alcuza
la redonda poma helada;
a la carolina guinda,
la obscura cereza blanda;
la serba, al níspero exótico;
el chumbo, a la pera de agua;
y la camuesa olorosa,
a la espéride manzana;
y perplejos los sentidos
vacilan, sin dar la palma,
entre formas, y matices,
y dulzores, y fragancias.
De las enriscadas breñas
bajan las auras serranas
rumor de frescas corrientes,
olor de gomas balsámicas;
y es el ambiente salubre,
y el suelo rica esmeralda,
y alegre turquesa el cielo
que cubre belleza tanta. (1)
Del pueblo feliz que goza
la venturosa comarca,
sóbria y robusta es la gente,
castiza y noble la raza;
de patriarcales costumbres,
(como que reza y trabaja):
y aunque seduce y subyuga
su llaneza hospitalaria,

(1) Como prueba de estas bellezas cehegineras, al latinizar la palabra Cehegín, le llaman Theogín; palabra griega, que se compone de Theos, Dios, y gea, tierra; que las dos juntas quieren decir tierra de Dios. Y en verdad; la amenidad de sus valles, la dulzura de sus aguas, lo exquisito de sus frutas, la salubridad de aquel encumbrado pueblo, saturado de los aromas que exhalan sus montes, cubiertos de pinos, sabinas, romeros y espliegos; las paradisíacas vistas que a tales alturas se ostentan, bien y con razón sugirieron, el que a tal pueblo se diera el nombre de «Tierra de Dios».

de linajuda presume;
que, de Begastri (1) en el ara,
con sangre romana escrita
está su antigua prosapia.
Pero la flor de su vega
que más precia quien la alcanza,
es la de los corazones
reina gentil y gallarda:
la ceheginera atractiva.
modelo de esposas castas,
de sus hijos providencia
y de su galán esclava.

(1) Las ruinas de Begastri se hallan a unos dos kilómetros al SE. de Cehegín, orillas del río Quípar. Fué Obispado, después de la destrucción de Cartagena por los vándalos, y población importante, según puede conjeturarse, de las piedras labradas que de sus ruinas se aprovecharon para varios edificios de Cehegín; como el Convento. en cuyos muros se ven muchos cantos labrados de rico jaspe negro; siendo probable que todas las piedras que forman el largo poyo para entrar en el atrio, y tal vez la base y columna del monumento dedicado a la Virgen de las Maravillas, sean también de la hoy arrasada Begastri; estando fuera de duda, por ser cosa tradicional, que la fachada o portada de la casa que da nombre a la calle de las columnas, de brillante jaspe encarnado, y que venía siendo propiedad de los Sánchez, fué traída de las referidas ruínas, con otras muchas piedras labradas que se ven en las fachadas de humildes casas y en el Cabezo de las ruínas, hoy de Roenas.

Entre los Obispos de Begastri, muchos de los que concurren a los Concilios de Toledo, y que se ven pintados en lienzos, con todos los de la Diócesis de Cartagena, en la sala de espera del Palacio Episcopal de Murcia, figuran: Epeneto, Acrúsmino, Aguivita, Vicencio, Bigitino, Giberio y Próculo.

Según los historiadores, esta población fué arrasada hacia el año 779 por Abderramán I; no obstante el solemne pacto cuando la entrega de Todmir (Orihuela), entre Abdelacis y Teodomiro, que debió respetar Abderramán: pues una de las cinco ciudades que habían de quedar fuera de la soberanía agarena, era Begastri.

Entre las muchas inscripciones que confirman estos hechos históricos, había una a la parte exterior del templo de la Soledad, por el rumbo del Saliente, en lo que consfituye el Presbiterio, la que desgraciadamente ha quedado cubierta con una casa que han construído recientemente, adosada al santuario por aquella parte.

Ara de todos los tiempos
do Amor ofreció sus ánsias,
a cada pueblo pasado
algo debió y algo guarda
del porte noble y severo
de las patricias romanas,
y del mirar de las moras,
y el corazón de cristianas;
y ante tan raro compendio
de perfecciones bizarras,
quien no cede a su belleza
ha de rendirse a su gracia;
que como imán en sus montes, (1)
imán hay en sus miradas,
y con su mágico hechizo
prende de amores las almas.

Cuando dejando mi vega
que el Tháder fecundo baña
piso las que fertilizan
del Quipar y Argos las aguas;
y ante su Virgen me postro,
cual la mía idolatrada,
y por mis abuelos rezo
que bajo su manto ampara;
preso en los lazos de flores
que la voluntad me atan,
dichoso en Cehegín me siento
como en mi segunda patria.

1906.

(1) Uno de los cerros inmediatos al pueblo, lleva el nombre de Cabezo de la Piedra Imán, debido a la calidad especialísima de su mineral de hierro, a donde antes de explotarse la mina, iban los chicos provistos de limaduras de hierro, con las que se probaba la atracción de la piedra, algunas de las que, desde larga distancia, atraían las agujas colocadas en una mesa.

El Vilano

¡Allá va la nave!
¿Quién sabe do va?
ESPRONCEDA
«El Diablo Mundo»

I

En las tardes del verano,
cuando en la era el labrador
aventa gozoso el grano,
los aires cruza el vilano
de otro grano portador.
En bullicioso tropel
corren los niños tras él,
sin ver que una maravilla
es la esférica barquilla
do navega el grano aquél.
¡Allá va el vilano!
gritándole van.
Allá va el vilano
¿Quién sabe do irá?
¡Ay de él, si la brisa
desmaya detrás
y en las locas manos
de la turba dá!

Al sol de Julio ardoroso
todo es vida, todo amor:
hasta el cardo que espinoso
crece seco y polvoroso,
se engalana con su flor;
y al mirar que nadie ansía
de la pobre flor tardía
la semilla conservar,
al vilano la confía
en los brazos del azar.
¡Allá va el vilano!
¿Quién sabe do irá?
¿Caerá en tierra fertil?
¿En seco arenal?
Del aire en que boga
revuelto es el mar.
Es germen de vida.
Dejadlo pasar!

En cuanto es de Dios la obra
nada huelga, nada sobra
desde el tamo al serafin:
lo más bajo, precio cobra;
todo es medio para un fin.
Y obra el cardo de la mano
portentosa que hizo el sol,
Dios lo guarda en el vilano
como al astro soberano
le conserva el arrebol.
¡Allá va el vilano!
Miradlo veloz
cruzar de los aires,
la vaga extensión.
Que a ciegas camina
direis: es error:
a impulsos se mueve
del soplo de Dios!

¡Cuántos, por hados tiranos,
caerán, tras de mil azares,
por los páramos insanos,
sobre el haz de los pantanos,
en el seno de los mares!
Pero con que una semilla
logre la incierta barquilla

llevar a puerto seguro,
¡bien haya la maravilla
que salva al cardo futuro!
¡Allá va el vilano!
¿Quién sabe do ira?
Traviesos rapaces:
dejadlo ir en paz!
Acaso es el único
llamado a llevar
el último germen
a tierra feraz.

II

Quiso Dios, por dicha mía,
que en mi ruda fantasía
y al calor de unos amores
brotase, flor de las flores,
la flor de la poesía.
Porque El lo quiso canté;
y abroquelado en mi fé
contra el aplauso y la mofa,
a las alas de la estrofa
mis cantares confié.
¡Allá van mis versos!
¿Quién sabe do irán,
heraldos humildes
de amor y de paz,
vilanos del alma
que buscando van
las fértiles tierras
de cristiano hogar?

En el lugar preeminente
de su inmensa creación,
puso Dios omnipotente
los ensueños de la mente,
las ansias del corazón.
Y porque al tiempo voraz
no cedan, vida capaz
de duración infinita
les dió, en la palabra escrita
y en la palabra fugaz.
¡Allá van mis versos!
vilanos de honor,
destellos del alma,
fé del corazón.

Dejad que en mi estrofa
se escuche mi voz:
mirad que hablo en ellas
en nombre de Dios!

Señor, que desde la altura
sostienes con tu poder
hasta la ínfima criatura
que arrancaste del no ser
a la honda tiniebla obscura:
Tú, que del cardo y la palma,
del viento al cesar la calma,
el germen al viento das,
¿porque no se pierda un alma
qué prodigios no obrarás?
¡Allá van mis versos!
¿Quién sabe do irán
de Dios pregonando
la inmensa bondad?
Dejadlos, que puedan
en vuelo ideal
vilanos sonoros
su gloria cantar!

¡Cuántos, sin que su ternura
desarme a censor impío,
en el corazón—¡el mío!—
sentirán mano muy dura
hundir escalpelo frío!
Mas con que a un alma sencilla
llegue una sola semilla
y dé sus frutos en pos,
¡bien haya la maravilla
de la palabra de Dios!
¡Allá va el vilano!
¡Mi estrofa allá va!
De Dios mensajeros,
dejadlos pasar.
Porque hagan camino,
El alas les dá,
El sabe su rumbo,
El sabe do van!

1906.

Els Segadors

Más há de veinte años, a raiz de nuestro desastre colonial, se execró, como ahora, en Barcelona, el venerando nombre de España, con gritos antipatrióticos, y al compás del himno separatista.

Borbotones de indignación de mi pecho fueron las adjuntas estrofas, reproducidas entonces por varios periódicos, uno de ellos de la misma Barcelona, que las insertó íntegras, para contradecirlas en el agrio tono del que siente posarse dedos extraños en sus llagas.

Recibí con este motivo tarjetas postales, de felicitación, unas; con insultos y groserías, otras; alguna, ilustrada, de catalanistas, con feroces figuras; de segadors, empuñando las terribles hoces; prueba evidente todo, de lo mucho que apasionaba y exaltaba entonces los ánimos el separatismo; como debe exaltar ahora y siempre los nuestros el sentimiento patrio, frente a los descastados hijos de España.

Ni una tilde tengo que borrar ni corregir, no ya en la forma (esto nada importa); pero ni en los juicios, allí por mí estampados. Y con ellos mantengo y reitero mi protesta, más intensa, más indignada ante la contumacia catalana en su injustificado, desleal y suicida antiespañolismo.

He aquí los versos:

Qué dice esa canción? ¿Por qué en mi oido
cual nunca suena ingrata,
del catalán arisco y despegado
la lengua dura y áspera?

No es aquel varonil desperta ferro
del feroz almogávar,

que las costas de Grecia y de Sicilia
un tiempo amedrantara.

Es el himno del odio que convoca
al ruín a la venganza;
el canto de las hoces traicioneras
contra la madre España.

Yacía bajo el polvo de tres siglos,
y lívido se alza
entonando otra vez impenitente
la estrofa sanguinaria.

¡Insensatos! ¿Por qué? Porque sois fuertes,
es tal vuestra arrogancia
que a maldecir de vuestra madre os lleva
la soberbia satánica...!

¿No ha de ser ¡ay! el brazo más robusto
del árbol de la Patria
el que de los demás con detrimento
sorbió toda la sávia?

Por él, sin el amparo de Castilla,
se secan otras ramas;
que madre fué no más de Cataluña;
de las otras madrastra.

Vedla cómo por ella generosa
en Cuba se desangra,
y sepulta en el fondo de los mares
con la honra las escuadras.

Y ¡ay! Cuando vuelven, cual leona herida,
y en las libres montañas,
por si despierta vengadores ecos
largo rugido lanza;

Cuando teme que el yanqui, con el torpe
désignio de ultrajarla,
en el sagrado del solar ibero
ponga la odiosa planta;

Cuando con el rubor de la derrota
en las mejillas flacas,
e implorando la ayuda de sus hijos
revuelve la mirada;

Los guerreros del Bruch degenerados
responden a sus ansias
ofreciendo empuñar, si el yanqui asoma,
¡una bandera blanca!

Y ni en paz le permiten que restañe
tanta herida enconada;
que con mano sacrílega y maldita
sus vendajes le arrancan.

Y olvidados de Dios, y entre el ludibrio
de canciones villanas,
abominan el nombre de españoles
y aún gritan ¡Muera!...—¡Calla!

¡Calla hasta enmudecer! Sí, lengua mía;
antes pierdas el habla
que repetir el grito miserable
contra mi madre santa.

Españoles no son. Cierto: ese grito
jamás se oyó en España;
y, a sonar, entre manos de españoles
se ahogara en la garganta.

Españoles no son. Del tronco añoso
del árbol de la patria
la rama que brotara tan robusta
no sorba ya más savia.

¡A cortar! ¡A cortar! Para abatirla
vuestras hoces no bastan;
entonemos aquí los españoles
el himno de las hachas.

Para burla y escándalo del mundo
con estrépito caiga,
aunque retuerza el corazón del árbol
sus fibras laceradas.

Eterna, con la herida, la memoria
será de quién la causa;
pero oye, tú, que de condal señora
te alzaste a soberana:

Rama que tiene el corazón podrido
si se corta o desgaja,

nunca en la propia o en ajena tierra,
ni se ingiere ni arraiga.

Suscitaste la cólera del cielo,
y su centella rápida
alumbrará a la vez tu triunfo efímero
y tu muerta esperanza.

E irán tras tí cual vengativas sombras,
la soberbia humillada,
la miseria, el horror al renegado,
y el estigma de ingrata.

Mas... ¿Qué pasa por mí? ¿Será posible
que a esa visión infausta
llenarse siento de congoja el pecho,
y los ojos de lágrimas?

Sí; que el umbral de la mansión materna
que enluta la desgracia,
a despedir llorando a la hija pródiga
se agolpan sus hermanas.

Yo no puedo olvidar que sublimaron
mi historia sus hazañas,
ni arrancar con las hojas de ese libro
pedazos de mi alma.

Catalanes al moro conquistaron
mi Murcia idolatrada,
y acaso en su favor algo en mí grita
de su sangre cristiana.

Acaso no es entera Cataluña
la ilusa libertaria,
sino la chusma vil, y de algún prócer [1]
la estupidez dorada.

Pueblo noble y leal, a quien no ofuscan
ni orgullo ni ignorancia:
¿Cómo has de renegar de tus abuelos
al renegar de España?

Vedla que sufre dolorida y triste;

(1) Comentóse mucho por entonces, el dicho atribuído a un adinerado fabricante barcelonés, de que si los yanquis desembarcaban en Barcelona, él les pondría un tren expreso, para que llegasen más pronto a Madrid.

venid a consolarla;
devolvedle el amor y los respetos
de mártir, madre y dama.

Y pues el nervio sois de aquella tierra
tan ruda como hidalga,
no dejéis que su voz ni su bandera
las lleve la canalla.

Acallad para siempre ese himno infame,
esa canción bastarda
hija de la pasión y del encono,
nacida en hora aciaga.

So el polvo del desprecio, del olvido,
duerma la noche larga;
mas no enterréis las hoces traicioneras
ministro de venganza;

que del orín mellado el corvo filo,
serán las dignas armas
para que airados rebanéis con ellas
las lenguas que renieguen de la patria.

1899.

A D. Andrés Baquero

en el banquete que le dieron cuantos habían sido sus discípulos, pocos días después de haber perdido el poeta a su esposa (q. D. g.)

A templar el hondo afán
que atormenta el alma mía
llega un eco de alegría
del banquete que hoy te dan.
Si entre los que ahí alzarán
su copa no tengo asiento,
plaza halle mi pensamiento,
para unirse a la ovación
con que celebran la unión
de la virtud y el talento.

No he de invocar, en verdad,
para mostrar mi derecho,
privilegios de mi pecho,
por fueros de la amistad.
Yo invoco, de esta ciudad
ser hijo y ser hijo amante;
pues ser murciano es bastante
para que yo tenga a honor,
donde tú eres profesor
ser un humilde estudiante.

Si a tu clase no asistí,
porque soy más que tú viejo,
sabia lección y consejo
de tus libros recibí.
Ellos vivirán aquí
por siempre, de mano en mano;
y por sobre tanto enano
levantándote cien codos,
serán los maestros de todos
y honor del pueblo murciano.

1901.

Saludo a la bandera

Sagrado lienzo, de la patria emblema,
que, de la lid, si en el fragor tremolas,
ostentas de las glorias españolas
escrito en desgarrones el poema:
¡Salve! ante ti, y al apuntar el día,
tras la santa oración que a Dios elevo,
de mi Credo patriótico renuevo
el fervor de otra fé del alma mía.
Rezo... ¡a la Patria! Como a madre y dama
hidalgo y español, amarla juro,
hasta hacerle, al morir, héroe obscuro,
el sublime holocausto de la fama.
De su tierra es mi hogar; por ella aliento;
por ella, caldeando mi memoria
la dorada leyenda de su Historia,
y ahogando todo amor, Guzmán me siento.
Así bajo tu sombra, bienhechora
los frutos de la paz goce su tierra;
mas si es tu sino tremolar en guerra
con el triple listón de tus colores;
para ellos, en el triunfo o la derrota,
timbre de honor o míseros despojos,
será el último rayo de mis ojos,
de mi sangre al perder la última gota.
Que es mi amor a mi Patria de manera,
que realizara mi ilusión querida,
por su honor y su fé perder la vida,
y tener por mortaja su Bandera.

1906.

Sobre mi retrato

Al artista-fotógrafo D. Francisco Miralles

Durante toda mi vida
hubo de andar mi cabeza
con punible ligereza
tras de las musas perdida.
Mas cosa de un mes hará
que usted diestro me enfocó,
y en son de triunfo exclamó:
«No se ha perdido: aquí está».
Yo, que del tiempo inclemente
no advertí la rapidez,
y me miro alguna vez
sólo en la castalia fuente,
por cuya excelsa virtud,
al verse en su linfa quieta,
piensa que goza el poeta
de una eterna juventud,
ante el cliché magistral
quedéme mudo y perplejo,
dudando si era un espejo
verdadero aquel cristal.
Fiel el sol en cuanto copia
su luminoso pincel,
dice que es mi busto aquél
y aquella mi cara propia.

Pero a poco más si lloro
viendo en mi imagen ingrata
ya convertidos en plata
cabellos, que fueron de oro.
Ya tersa mi tez no brilla
fresca como una lechuga:
¡qué flácida! ¡cuánta arruga
en mi frente, en mi mejilla!
y entre otras macas que callo,
del tiempo airado despojos,
¡cómo me frunce los ojos
la horrible pata de gallo!;
con que defectos de la obra
son, aunque mi voz la exalta,
la juventud que le falta
y la vejez que le sobra.
Mas pues de ésta no me eximo,
y quiero ya tener seso,
que soy como soy confieso,
y tal como soy me estimo;
pues según, por mi fortuna,
la prudencia me aconseja,
más vale cabeza vieja
que no cabeza ninguna.
Ya ve usted: no la recibo
porque usted no me la manda,
y otra vez se me desmanda,
y otra vez versos escribo.
Miralles, no más demoras:
no estoy con mis pasos tardos
para andar a picos pardos
con nueve lindas señoras.
Mándela con gran instancia.
En guardarla para usted
no hay gusto, honor ni merced,
ni le arriendo la ganancia:
y puede irme hasta la vida:
no haya un ente singular
que sin motín popular
llegue a usted y se la pida.
y ya que con tal destreza
encontrármela le plugo,
se trueque usted en verdugo
y le entregue mi cabeza.
Venga ese único ejemplar

a llenar un gran vacío
sobre el individuo mío
donde siempre debió estar;
que si al joven sin consejo
abandonó en su ambicion,
ya que se asiente es razón
sobre los hombros del viejo;
a ver si así no le sopla
más la musa, a lo que entiendo,
y en prosa y en paz viviendo
es esta mi última copla.

1906.

San José

Patrono de la buena muerte

Siempre que miro brillar
el bello sol de este día,
place al corazón alzar
un himno todo alegría,
todo amor ante un altar:

porque, entre luz y colores,
a la Primavera ve,
del frío tras los rigores,
poner sus primeras flores
en la vara de José.

José es un niño, ya viejo,
cuyo apacible semblante
del Cielo tiene un reflejo:
¿qué ha de copiar un espejo,
que tiene a Jesús delante?

Vedlo unido en dulce lazo
con el niño encantador.
En su amoroso regazo
la Humanidad dá un abrazo
a su divino Hacedor.

Entre Jesús y María
¡cuán tierno se deja ver!

¿Qué cuadro con más poesía,
que un niño y una mujer
con un anciano por guía?

Es débil, y los sostiene;
es muy pobre, y los mantiene:
Dios el prodigio obrará
de que sea quien menos tiene
quien con más largueza dá;

bien así la endeble caña,
que aura sutil dobla y mece,
del viento contra la saña,
su brazo trémulo ofrece
a más debil espadaña.

Por eso el culto infinito
tiene de un amor sin par.
Poco es uno en cada hogar:
tiene ya el santo bendito
en cada pecho un altar.

Acaso el fuerte lo olvida;
pero el alma del más fuerte
sabe que, al fin de la vida,
pisa flaca y dolorida
los umbrales de la muerte.

Y allí los ojos lo ven
cuando se van a cubrir,
y allí imploran sus sostén,
para poderlos abrir
en el celestial Edén.

No aguardo yo, santo mío,
que llegue el tremendo día
de invocarte, ya sin brío,
entre la angustia y el frío
y el sudor de la agonía.

Triste, achacoso, agobiado
bajo el peso del pecado
moví, vacilante el pié,
en busca del bien ansiado,
cuyos caminos erré.

Y ví que son los mejores
los tuyos, y pues llegar
logro a tí, tras tus favores,

sosténme, aliento a tomar,
en tu báculo de flores.

Seguiré pisando abrojos;
más fijos en tí los ojos,
mientras no llegue hasta mí
la voz de Dios con enojos;
que entonces me uniré a tí.

A tu mano me asiré;
y así enlazados los dos
confiado esperaré
que me valgan ante Dios
tu intercesión y mi fé.

Mariposas y flores

Es Primavera. Las jaras
de flores blancas se pueblan
y de blancas mariposas
bulle un enjambre sobre ellas.
A veces, ver un insecto
creemos que sus alas pliega,
y es flor que al soplo del aura
columpia las hojas trémulas
A veces, la que juzgamos
flor con las hojas abiertas,
es mariposa que salta
y en giros locos se aleja.
Y tal insectos y flores
se confunden, y semejan
las alas vivientes pétalos.
los pétalos alas quietas,
que ofuscada nuestra mente
con la engañosa apariencia,
crée que son, por el influjo
de la vivaz Primavera:
las flores blancas, insectos
que un soplo de vida esperan;
y las blancas mariposas,
flores con vida que vuelan.

1905

El Monumento a Belluga

I

Prepara el barro, escultor,
y labra con tal primor
la noble y grave figura,
que diga a la edad futura,
tu mérito y nuestro amor.

Grande el busto se ha de ver
del egregio Cardenal:
como aquél ínclito ser,
su efigie debe exceder
del tamaño natural.

Compónle un rostro severo,
mas no huraño ni altanero
ni con la bondad en lucha;
que le vaya la capucha
como el casco del guerrero:

y que en tono duro o blando,
según pida la ocasión
en que se imagine hablando,
prorrumpa en voces de mando
o en palabras de oración.

Forjado fué en el troquel
de gigantes como él
que, con fé como sin miedo,

mostraban el temple aquél
de las hojas de Toledo.
Rotos troquel y crisol,
y muertos los grandes hombres
del muerto imperio español,
apenas se leen sus nombres
de la Historia al mustio sol;
y apenas si su vacío
llena en parte su memoria,
cuando un pueblo como el mío
en monumento tardío
les paga deudas de gloria.

II

¿Ya está el barro? ¡A la tarea!
y el modelo al concluir,
no en mármol copiado sea;
porque muchos siglos vea,
en bronce se ha de fundir.
No el de tanto monumento
de enanos, que ignoro ¡a fé!
cómo al más liviano viento,
con tan débil fundamento
se pueden tener en pié.
¿Bronces para él? ¡Pesiamí!
¿Suyo no lo hay a montones?
¿Decís que donde lo ví?
¡Vengan sus viejos cañones
de Almansa a fundirse aquí!

. . . . . .

¡Con qué afán devorador
ruge la llama bravía!
¡Dadle bronce!... ¡Más!... ¡Qué horror!...
¡Basta! Quede artillería
para las salvas de honor.
Metales no faltarán;
que en lluvia hermosa de cobre,
cayendo en el crisol van
óbolos de tanto pobre
que aún le agradecen el pan:
Noble mezcla que al salir

del molde, trocado el ser,
parece que ha de tener
corazón para sentir
con los arrestos de ayer.

III

¡Ved, qué espléndida mañana!
Ved como Murcia madruga
y de fiesta se engalana,
para descubrir ufana
la estatua del gran Belluga.

Bajo un lienzo protector,
como rehuyendo el honor,
surje en medio del espacio
de la plaza do el palacio
se alza de su sucesor.

Ved cual rompe de la gente
la ancha oleada sin fin
en la verja del jardín
que ciñe y orna una fuente,
pedestal del paladín.

¡Rumor tiene de Oceano!...
¡Guarden silencio!... ¡Escuchad!...
¡Ved que perora un anciano!
Hay un sombrero en su mano,
y en su voz autoridad...

«Este lienzo que a romper
»vengo—dice conmovido—,
»es el velo del olvido
»que oculta un prócer de ayer.

»Al rasgarlo, como él era
»vereis grande su figura;
»de bronce, cual su alma entera,
»cómo fué su vida, austera;
»limpia como él, cómo él pura;

»y cual si dádiva tanta
»de sus manos fueran pocas,
»veréis, como en vena santa,
»surgir agua de las rocas
»do estriba su firme planta:

»igual que en tiempos mejores
»brotaron en borbotón

»de copiosos surtidores
»las virtudes, los favores
»de su inmenso corazón.

»Destocad vuestra cabeza!
»Honre esta tierra otra vez
»varón de tamaña alteza,
»y que emular su grandeza
»ose nuestra pequeñez!»

Dijo, rasgóse el cendal;
y al descubrirse el gigante
de deslumbrador metal,
rompió el pueblo delirante
en aplauso universal.

Y entre vítores, canciones,
música y aclamaciones
como jamás escuché,
salva hicieron los cañones;
y al estruendo... desperté.

Y ver pude, aunque reacio,
con sorpresa y con dolor,
mudo y vacío el espacio
do soñé frente a un palacio
un monumento de honor.

Fuente... estátua;.. vocerío
de aclamaciones ruidosas...
no sois prez del pueblo mío:
ilusiones generosas
fuisteis de mi desvarío.

Sentir entusiasmo y fé,
pedir que el gran Cardenal
que honor de su siglo fué,
sea en alto pedestal
alto ejemplo... ¿para qué?

Si toda noble ambición,
si los más altos empeños
sólo realidades son
en la encantada región
donde se forjan los sueños,

en blando sopor holgar
deja tus miembros inertes,
poeta, ¿a qué despertar?
Duerme, sueña y no despiertes,
ya que tu vida es soñar.

Ha mucho tiempo escribi
estos versos que os leí.
Sobre ellos pasó cruel,
y está amarillo el papel,
y ha nevado sobre mí.

En su continuo rodar
pasa lento y perezoso;
y de él mi vida a la par,
entre un sueño generoso
y un amargo despertar.

En ese tiempo que huyó,
vigilia y sueño alternó
Murcia también—cosa cierta—
mas ¡ah!, que cuando despierta
no ha soñado como yo.

Ni en su ya embotado oido
halla eficaz resonancia
la amiga voz con que pido
que aprenda, si es ignorancia;
que vuelva en sí, si es olvido.

Deudas de tiempos lejanos,
olvidar mucho desdora.
Si de ingratos, como ahora,
no pagarla es de villanos,
vergonzosa la demora.

Hoy, a templar mi amargura,
surge, para vuestro honor,
esa inspirada pintura,
traslado consolador
de aquella egregia figura.

Placer admirarle dá,
simula que hablando está;
que preside este Senado;
mas ¡cuánta distancia va
de lo exento a lo pintado!

Para alzarlo al libre viento,
arbítrense nuevos modos.
Ha de medir muchos codos,
y, popular monumento,
ser obra magna, de todos.

Mas será un ensueño vano,
si antes de elevarse ufano,

con la debida opulencia,
no se eleva en la conciencia
del pueblo hidalgo murciano.

NOTA.—Esta poesía compuesta por los años de 1885 a 86, cuando la «Sociedad Belluga» suscitó la idea de erigir una estatua al Cardenal insigne, frente al Palacio Episcopal, fué rememorada por nuestro poeta y leida por él (la última vez que leyó en público) con ocasión del homenaje que rindió al Prelado la Real Sociedad Económica, al ser colocado su retrato en la «Galería de Murcianos Ilustres». La sesión solemne se celebró en la noche del 9 de Mayo de 1923.

De Codorníu

Este amigo y yo en el suelo
de veras nos estimamos
haga Dios que prosigamos
esta amistad en el Cielo.

Mi contestación

El tiempo que, con crueldad
lo gasta y lo borra todo
de entibiar no encontró modo
nuestra ya vieja amistad.
Y aun sueñas en tu bondad
(y en verso expresas tu anhelo)
que pues tan firme en el suelo
sintió nuestros corazones,
como rotos eslabones
vuelvan a unirse en el Cielo.
De tu vida hecha memoria,
en lucha al bien consagrada,
cual prez justa y bien ganada,
Dios ha de darle su gloria.
Si El en su piedad notoria,
mis torpes yerro de aquí
no vé, y como le pedí
morar junto a tí consigo,
como aquí leal amigo
seguiré amándote allí.

1923.

Ante el busto de Selgas

En el Parque de Ruíz Hidalgo

Gala del Parque y honor,
lo hemos en bronce fundido
contra el tiempo destructor,
y contra ese roedor
más implacable: ¡el olvido!

De temer es que aun así,
nuestra previsión no baste
para que perdure aquí,
pues nada sólido ví
que su obra ruín no desgaste.

¡A bien que no es transitoria
la efigie, ungida de gloria,
que, para honor perenal,
funde en más duro metal
en sus crisoles la Historia!

Nombre que su pluma escribe,
o con sus buriles graba,
por alta virtud recibe
fama que nunca prescribe,
memoria que nunca acaba.

Dosel del poeta sea,
(pues solo al genio sombrea),

aquel sagrado laurel
que juzgo rica presea,
imposible para él.

Y bien será que en primores
de recamadas labores.
(parecerá que él las mira),
como un festín de colores,
como un chal de Cachemira,
broten a sus pies las flores.

En multitud bulliciosa
jueguen con el aura inquieta,
la Dalía, el Galán, la Rosa,
y la pareja dichosa
del Clavel y la Violeta,
con su prole numerosa,

y cuantas el fastüoso
vergel del Segura cría,
que nadie, en terca porfía,
como amante o envidioso
logró contar todavía.

Orne y salve el pedestal
simbólica pasionaria
del triste vate genial,
de su fortuna contraria,
de su cristiano ideal;

que fuera grata visión
que una rosa de pasión,
cual si, al trepar, lo buscara,
encima se le posara
del hermoso corazón.

Así, en silencio halagüeño,
y bajo el palio sombrío
del laurel, será beleño
para su glorioso sueño
la dulce lira del río.

Tal vez a la luz dudosa
del melancólico ocaso,
pintada una mariposa
lléguese a la flor, medrosa,
miel a libar en su vaso;

como la que él vió dejar
allí sus manchas, sus galas,

y—misterio singular—
purificada quedar,
limpias y blancas las alas.

Y si al remontar el vuelo
roza su frente serena,
creeremos ver en su anhelo,
del poeta el alma buena
dejar la gloria terrena,
tras de la gloria del Cielo.

1922.

Composición leida por su autor en el acto de la inauguración del monumento.

A Miguel Pelayo

Ilustre poeta cartagenero

Viene mi musa turbada;
porque en fiesta tan sonada
y entre tanta juventud
mal suena un viejo laud,
mal suena una voz cascada!
No viene aplauso esta vez
como solía buscando.
No os demanda honor y prez:
benevolencia os demanda
por fueros de su vejez.
Como otras no se engalana;
mas cual la que más se ufana,
y dice, de gozo llena,
que glorias de Cartagena
son de la Patria murciana.
De la vida en los vaivenes
si ambas, en su afecto iguales,
darse al olvido en los bienes,
lloraron juntas sus males.
En la Casa de la Villa
muestra una pintura aquí,
los héroes, do ese amor brilla;
que de la fiebre amarilla
fueron a morir allí.

Y cuando el Segura, en mar
trocado, Murcia se apena,
calma su angustia mirar
el horizonte rayar
las naves de Cartagena.
El pueblo, en nota sentida,
con el alma dividida
suspira así una canción:
«Cartagena de mi vida,
Murcia de mi corazón».
Alguien dijo en grato día
—y por Dios que no mentía—
que emblema de éste amor fieles
dos dobles, tendidos rieles
eran de la ferro-vía.
Pero ¡ay! que bien no interpretan
cariños grandes y eternos:
mal se doblan y sujetan
lazos férreos: más aprietan
los lazos cuanto más tiernos.
Y símbolos son mejores
de nuestros mutuos amores
otra vía y otros rieles
que en sus divinos verjeles
supo hacer Murcia de flores.
¿No lo adviertes? Al regazo
de esta madre dulce y bella
aportar un nuevo lazo
de poesía, de arte, y ella
siente el calor de tu abrazo.
Lazo que se quiso ornar
con otras flores galanas
y hace sobre él deshojar
las que tu musa arrancar
supo a las liras murcianas;
lazo, honor de tu persona
lazo que cual nunca hoy
nuestros pechos eslabones
porque es la excelsa corona
que heredaste de Monroy.

Leida por su autor en la fiesta literaria dedicada en el Círculo de Bellas Artes, al ilustre poeta cartagenero. (Publicada en «La Verdad» del 4 de Enero de 1924).

A la Torre

Voy a verla

Vuela ¡oh tren! con la violencia
que late mi corazón;
vé que es grande mi ilusión
como fué larga la ausencia.
Mal soporta mi vehemencia
tu rodar, tu avance lento;
mas ¿qué tren, qué movimiento
habrá que al alma contente,
si es el amor impaciente
y es águila el pensamiento?

¡Una noche todavía!...
¡La última del plazo impío!
¿Cuándo su manto sombrío
rasgará un rayo del día?
Soy el sediento que ansía
tras calurosa mañana
llegar a fuente lejana,
y la sed más viva siente
cuando ve cerca la fuente
y escucha el água que mana.

¡Dormir? Ah! ¿Cómo pudiera
si en casto lecho de flores

para premiar mis amores
mi bien amada me espera?
¡Oh sol! tu ardiente carrera
por los cielos precipita,
y de la anhelada cita
oiga yo pronto la hora
en la vibración sonora
de su campana bendita.

Ya rayaste a mi conjuro;
pero aún a tu luz no miro
como un inmenso zafiro
mi cielo azul limpio y puro;
aun el paisaje es obscuro;
aún no trasciende a jazmines;
ni en los remotos confines
dan los palmerales sombra,
ni el blanco azahar es alfombra
de fantásticos jardines.

Paró el tren! A descorrer
va su velo otro horizonte.
Dí, pastor ¿desde ese monte
se alcanza la torre a ver?
—¿Qué cual?—¿Pues cual ha de ser?
La de mi amada ciudad;
la que con tal majestad
alza su mole grandiosa,
la mejor, la más hermosa
de toda la cristiandad.

No he de estar con ello ufano?
¡Si su altivo mirador
es orgullo, imán y amor
de todo pecho murciano!
¡Si ni aun me siento cristiano
en tierra de ella lejanas;
si miro mis ansias vanas
cuando voy de otras en pos,
y sólo me hablan de Dios
las voces de sus campanas!

Ah! Por fin! Miradla allí.
Antes que verla mis ojos,

entre súbitos sonrojos
de placer la presentí.
Vaga, entre nieblas, así,
visión de mis sueños fué;
que en cuantos cuadros forjé
cerraba la lontananza
cual faro de mi esperanza,
como fanal de mi fé.

¡Y viene a mí! ¿Es ilusión?
No me saqueis de mi engaño;
no de mi hechizo con daño
me hable la docta razón.
Crédulo mi corazón,
no quiere saber si hay dentro
de un círculo óptico centro
y en su redor todo gira:
mirar quiere sólo y mira
que ella me sale al encuentro.

¡Cuál se agranda y se esclarece;
cuál su esbelta arquitectura
escala osada la altura
que a sus anhelos se ofrece!
Y sube, y sube, y parece
que alcance a las nubes dá
porque de allí pueda ya
ver sobre el haz de la vega
más pronto al hijo que llega
y mas tiempo al que se vá.

Ya a tu linde llego fiel.
Ya hiende el tren su espesura..
Si ella es un mar de verdura,
nave en que te busco es él.
Decidme que es mi vergel;
decir que no son quimeras
sus barracas, sus palmeras;
dejad que mi rostro azoten,
porque mis dudas se agoten,
las ramas de sus moreras,

A través del oleaje
de la alegre fronda inquieta,

ya te me ocultas coqueta
tras verde randa de encaje;
ya del rico ventanaje
muestras el hueco vacío,
incitando al pecho mío
a que redoble su fuego
con el amoroso juego
de tu aparente desvío.

Jamás como esta mañana,
a tu hermosa aparición,
penetró mi corazón
la dulce patria murciana;
ni fuiste más soberana,
ni yo más tu esclavo fuí;
ni en el ciego frenesí
de mi cariñoso exceso
palpitó en mi boca un beso
como el que hoy te traigo a tí.

Pues ya a tu lado me ves,
dame que a tu lado viva,
que, adorándote, reciba
gustosa muerte a tus pies;
y porque el colmo me dés
de mi soñada ventura,
dame que junto al Segura,
contigo en eterna cita,
bese tu sombra bendita
la cruz de mi sepultura.

1890.

Versos de abanico

I

Abanico que llegas
hoy a mi mano
a destiempo, pues lejos
está el verano
y a destiempo, pues pides
hoy a mi musa
versos que mi tristeza
darte rehusa
pues ofrecer no puede
al alma mía
el grato y puro ambiente
de la alegría,
pasa pronto a la mano
de una belleza;
no le lleves el aire
de mi tristeza. (1)

II

No quiera Dios, niña hermosa,
que al agitar tu abanico,
lleve nunca a ingrato pecho
el aire de tus suspiros.

III

En mano de toda dama
el abanico es un cetro:
el mismo Rey se le postra,
si lo dejan caer al suelo.

(1) Entre los varios versos de abanico hemos escogido éste por el elevado sentimiento de que está impregnado, como escrito por el autor cuando vestía luto por la muerte de su madre, ocurrida en 1903.

La sombra eterna

Sé que desde la cuna me acompañas,
y que hasta mi sepulcro irás conmigo,
muda y triste verdad que no me engañas,
acaso mi leal y único amigo,
aunque has de ahogar mi aliento en mis entrañas.

De cara al sol de mi existencia un día,
por prados caminando de esmeralda,
no vi ni pude ver tu faz sombría
a la luz de aquel sol, porque a mi espalda
tu sombra proyectaba con la mía.

De soslayo después hirió el paisaje,
y en pos de mi, como siniestro paje,
azorado al mirarte de reojo,
te hube de soportar con el enojo
que a adusto compañero de viaje.

Hoy, que ya el astro tras de mi declina,
y que el seco erial, que fuera alfombra,
con sus últimos rayos ilumina,
como mi frente por la edad se inclina,
ante mí caminar miro tu sombra.

Y así presente sin cesar al verte
aprendió mi memoria a no olvidarte;
y cada vez mi corazón más fuerte,
ha aprendido también a no temerte;
pues ni aplazarte puedo ni evitarte.

Cuando, hijas de mis locas ambiciones,
las brujas de Macbeth (mis ilusiones)
tejiendo danzas en alegre coro
arrullaban con pérfidas canciones
las dulces horas de mis sueños de oro;

cuando de amor, de gloria y poderío
tras el laurel mi corazón sediento,
barreras no encontraba mi albedrío,
y desde mis alcázares de viento
contemplaba a mis pies el mundo mío,

pude temer, con mi ventura ufano,
que cautelosa, intencionada y fría,
en medio acaso de festín insano
llegaras a arrancarme de la mano
la copa no apurada todavía.

Mas hoy que, con la cruz de mis dolores,
huello de mis castillos las ruinas,
y de los desengaños bienhechores
llevo en mis manos las deshechas flores,
y en mis sienes punzantes las espinas;

hoy que saqué de mi vivir por fruto
sueños trocar por desventuras ciertas;
y pagando al dolor largo tributo,
por caros seres e ilusiones muertas
mi cuerpo y mi alma sin cesar enluto;

hoy que, a las veces, tu venida espero
como en negra prisión, de horrores llena,
aguarda el olvidado prisionero
que acuda al fin piadoso carcelero
los hierros a romper de su cadena;

si a cortar de una vez el flojo lazo
que aún ata al mundo la existencia mía
no llegases fatal en fijo plazo,
paz eterna pidiendo a tu regazo
con apremiante voz te llamaría.

Mas no vengas, callada y traicionera,
conmigo haciendo de cruel alarde;
o porque desconoce mi alma entera,
e imaginas tal vez que me acobarde
ver alzarse la mano que me hiera.

No; del sol a la luz blande tu mano;
y a recibir su golpe soberano
verás que me apercibo, alta la frente;
sin temor de morir, como un valiente;
y con temor de Dios, como un cristiano.

1904.

NOTA.—Leida por la señorita Olimpia Santos en la velada necrológica en homenaje al poeta.

VERSOS DE ABUELO

Las manos de la niña

Aniversario (28 Septiembre 1912)

(De la colección titulada «Versos de abuelo»)

¡Cuántas veces besando sus manos
que en mi rostro solía posar,
las hallé cual copitos de nieve,
por su cándida tez ideal.

Una triste mañana de otoño
al llevarle mi beso de amor,
las hallé como nieve... ¡de frías!
sobre el pecho cruzadas las dos.

De mis besos la Muerte envidiosa,
sus manitas osó profanar,
y cual sello de horrible caricia
puso en ellas su beso glacial.

Y fué vano el calor de los míos,
y fué vano mi llanto también:
no tuvieron ni besos ni lagrimas
de fundir aquel beso poder.

Y su frío como hoja de acero
no tan sólo mis labios heló:
yo lo siento muy hondo, muy hondo,
penetrar las fibras
de mi corazón.

La Alberca, 24 Noviembre 1902.

¡Sin ti!

Siempre conmigo, y de mi mano asida
cual parte de mi ser, luz de mis ojos,
seguí siempre, obediente a tus antojos,
la senda de tu gusto preferida.

Procuré para hacértela florida,
prevenir tu capricho y tus enojos,
y arrancar yo, sangrando, los abrojos
que a tu paso brotaban en la vida.

Hoy que no siento de tu mano el roce,
elegir yo camino fuera en vano;
que en ninguno sin tí puedo hallar goce.

Y errante, por el monte o por el llano,
hay quien de lejos ya no me conoce,
al ver que no te llevo de la mano.

La Alberca, 1912.

(Sin título)

Mientras en medio del trajín mundano
donde, muerto de pena, he de vivir,
tu pensamiento, tu adorada sombra
flota siempre ante mí.

Mientras sobre el fragor de sus rumores
que, aún huyéndolos yo, fuerza es oir,
muy adentro, en el alma, no en mi oído,
sienta tu voz gentil.

Mientras evoque, al recogerme al lecho,
las noches de aquel tiempo tan feliz
en que mudo y absorto contemplaba
tu inocente dormir;

Y en mi sueño tu imagen me sonría,
y llore mucho al depertar sin tí;
mientras viva en mi alma tu recuerdo..,
¡no has muerto para mi!

La Alberca, 1912

Aún hay Talismanes

Luz en mi obscuro retiro
es una nena, un diablejo
celestial, por quien deliro:
el único, último espejo
en que ya viejo, me miro.

Tiene cuanto hechizo cabe
en su sexo y en su edad;
no hay quien bastante la alabe;
un pozo de ciencia, sabe...
¡hasta hablar con propiedad!

Mirada azul, rizos de oro,
su tez fino terciopelo.
De Dios que me guarde imploro,
en sus rizos mi tesoro,
en sus pupilas mi cielo.

Es zalamera y mimosa:
cuando quiere alguna cosa,
y un *no* teme, por acaso,
ciñe mi cuello amorosa
con sus bracitos de raso;

y me doy a imaginar,
bajo la dulce presión,
que ni aun el regio Toisón

CONSEJERIA DE CULTURA Y EDUCACION BIBLIOTECA REGIONAL MURCIA

puede como ese collar,
colmar toda mi ambición.

Pues bien; esa perla fina,
con una fiebre asesina,
marchita cayó en el lecho,
como el capullo deshecho
de una rosa alejandrina;

emplastada la guedeja
por frío, mortal sudor;
los ojos, sin su fulgor;
su charla, doliente queja
que iba a ser el estertor.

Un dardo el dolor me clava
diciendo que se moría;
que mi dicha se acababa;
pensé que el sol se apagaba;
¡y eran las doce del día!

En mi ciego frenesí
no sé que pasó por mí,
que así a Dios osé increpar:
¡Para quitármela así
no me la debiste dar!

—¡Sálvemela usted doctor!
—Veremos si un salvador
remedio pudiera ser...
Nadie lo quiere beber;
tan amargo es su sabor...

—Bebe, alma mía, un sorbito,
y te compro un rico traje...
y un bolso..., y un cochecito...
y un sombrero muy bonito...,
y una sombrilla de encaje...

Resístese... todo en vano.
De pronto, Dios soberano
me inspira ofrecerle ufano
una muñeca huertana
que vió en el *Bazar Murciano*.

Y con divino embeleso
sonríe, y el vaso apura;
y cede la calentura..,
y no repite el acceso...,
¡y se salva la criatura!

Y es tan grande mi alegría;
y hago de ella tal derroche,
sana al ver la prenda mía,
¡¡que pienso que es medio día
a las doce de la noche!!

1912,

Leida por la señorita Araceli Fernández en la velada necrológica que dedicó al poeta el Círculo Católico.

DRAMA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

RICARDO SANCHEZ MADRIGAL

ESTRENADO EN EL BENEFICIO DEL PRIMER ACTOR D. PEDRO DELGADO, EN EL TEATRO DE ROMEA DE MURCIA, LA NOCHE DEL 24 DE ENERO DE 1881.

REPARTO

PERSONAJES	*ACTORES*
D. Francisco Salzillo . . .	*D. Pedro Delgado.*
D.ª Juana, su esposa . . .	*D.ª Julia Cirera.*
Antonio (criado), ...	
Fernando (discípulo de Salzillo)	*Sr. Galé.*

La acción en Murcia, año 1756.

ACTO ÚNICO

Escena dividida. La parte de la derecha (del actor), que es la mayor, representa el taller de Salzillo, Al fondo de él, puerta a un jardín, y otra a la izquierda, de comunicación con la otra parte de la escena. A la derecha, primer término, un caballete, y junto a él un sillón de brazos; en el fondo, un armario y un torno de tallista, con un madero sin desbastar, preparado para labrar una cabeza; tablas en las paredes, con bustos de yeso, etc.

La otra habitación es un gabinete modesto al gusto de la época, con puerta a la izquierda, por donde se comunica con el resto de la casa, y otra al fondo con la calle. – Son las siete de la mañana.

ESCENA I

DOÑA JUANA. — FERNANDO

Fern. Que Dios os guarde, Señora. (Entrando)
D.ª Jua. ¿Tan de mañana, Fernando?
Fern. No pude dormir; del lecho
me arrojó mi sobresalto,
y vengo a saber...
Jua. Lo mismo
que ayer ¡ay Dios! van pasados
ya tantos días en este
martírio, que a veces llamo
desesperada a la muerte,
ansiosa de algún descanso.

Fern. ¿La muerte, vos? ¿Qué decis?
Jua. La muerte, sí; no me engaño.
Ella vendrá, aunque en silencio
devore mi triste llanto;
que es poca mi resistencia,
y mi padecer es harto.
Era mi vida el amor
de mi esposo; tierno halago
de mi vida su voz dulce,
llena de pasión y encanto;
mi mayor goce contar
las horas, viendo a su lado
brotar de la gubia al golpe,
tanta creación de su mano
orgullosa de ser ídolo
del que es ídolo de tantos.
¡Ay! ya no me ama; en rencor
trocó, sín duda, aquel santo
cariño, y con aspereza
me trata... ¡si me habla acaso!
Fern. ¿Le vistéis hoy?
Jua. No me atrevo.
Siempre cobarde mi paso
se detiene ante esa puerta
que, por su expreso mandato,
cerrada está para todos.
Fern. Menos para uno. Es extraño
que Antonio que, al fin, es sólo
un modesto asalariado,
merezca de su secreto
ser el fiel depositario,
y no vos, que sois su esposa,
ni yo, que maestro le llamo.
Fuerza es verle.
Jua. ¿Y ahora cómo?
Fern. De cualquier modo. Ya el plazo
se cumple en que ha prometido
dar hecho el busto y las manos
de la Virgen, y no es cosa
de que llegue sin hallarnos
con esa obra, como Murcia
la espera: un prodigio, un pasmo.
Jua. A esa creencia, que fatal
pudiera sernos, dí pábulo
diciendo a cuantos lo buscan

que a solas la está labrando.
Fern. ¿Trabajó ayer?
Jua. Ni un momento.
Fern. ¡Y así pasó el mes de Marzo...!
Doña Juana: hay que arriesgarse,
y hablarle.
Jua. Creo será en vano.
Fern. Hay que romper ese hielo,
recordarle ese trabajo
que debe hacer. Ocho días
faltan, mas tiempo sobrado
es para él... ¡mano divina!
¡qué arrrojo en los grandes trazos,..!
¡qué precisión en la línea!
¡en los detalles qué tacto...!
Jua. ¿Y si no puede? ¡Dios mío!
Fern. Bástale con intentarlo.
Jua. Mas si se olvidó?...
Fern. Imposible.
Señora: Voto sagrado
fué su palabra de artista,
para los propios y extraños,
y la cumplirá... mas todo
puede suceder... si acaso,
en sus apuntes primeros,
aun no acertó con los rasgos
de esa imagen...
Jua. Dios! ¿Qué escucho?
Fern. Oh! La obra no es leve ensayo:
la Madre de Dios siguiendo
del Hijo amado los pasos
por la Calle de Amargura
que termina en el Calvario..,
Jua. ¿Es posible?
Fern. Por desgracia.
Dios, en sus divinos fallos,
prepara a veces al genio
insuperable, un obstáculo,
para que aprenda su orgullo
cuán limitado es lo humano...
Si es así, pobre Salzillo,
cuán intenso, cuán amargo
será tu dolor... ¡Tan sólo
de este modo se ve claro
su proceder, su disgusto,

su apartamiento insensato
de todos.., Mas no yo quiero
de esta manera explicármelo.
¡El derrotado?... Mentira!
Plugiera así a más de cuatro
envidiosos de su gloria,
que han de llevarse gran chasco.

Jua. Gracias ¡Ah! con tus palabras
viertes dulcísimo bálsamo
sobre mi pecho. En buen hora
me olvide mi esposo ingrato.
Yo, su bien tan sólo ansío;
que brille cual siempre ufano
su nombre, que le honre el mundo
con sus coronas y aplausos,
y aunque él con fríos desdenes
me siga, impío, matando.

Fern. Silencio! Antonio se acerca.
¿Queréis que intente explorarlo?

Jua. Fuera inutil, y además
rebajarme.

ESCENA II

DICHOS. — ANTONIO, por la izquierda.

Ant. (Ap.) Bien temprano
hoy comenzó la visita...
(Alto) ¡Señora!... Señor Ferrando!...

Fern. ¡Dios te guarde!

Ant. (Ap.) Cuantas veces
llego a interrumpir su grato
coloquio, bajan la voz,
y hablan en secreto... Es raro.

Fern. (A D.ª Juana)
Dejadme con él a solas.
Si se niega, le amenazo,
y así sabremos...

Jua. No; nunca.

Ant. (Ap.)
Yo todo lo observo y callo;
más, por Dios, que no soy mudo,
y si de callar me canso...

Jua. Déjame a mí. Antonio, escucha:
Dirás al señor, que aguardo
su permiso para hablarle
de asunto urgente.
Ant. Excusado
me parece que intentéis...
Jua. Excusa tú esos presagios,
y palabras de su boca
dígame sólo tu labio.
Ant. Perdonad. En modo alguno
quise ofenderos.
Jua. Lo alcanzo.
A ser así, de otro modo
te hablara.
Ant. A serviros parto. (Abre con llave, entra en el taller y cierra por dentro).

ESCENA III

DOÑA JUANA. — FERNANDÓ

Fern. Bien dicho, Noble altivez.
Así aprenderá el menguado
como hablar debe el sirviente
en la presencia del amo.
Al fin vaís a D. Francisco
a ver.
Jua. No aseguro tanto
Fern. ¿Ha de negarse?
Jua. ¡Quién sabe!
¿No vés cómo huye mi trato?
Fern. ¡Ah! Si lograseis, Señora,
verle, por fin; si al halago
de vuestras dulces palabras
viene a razón, y los lazos
de cariño que os unieron
tornan a ser vuestro encanto,
una gracia, una merced
quisiera.
Jua. ¿Y puedes dudarlo?
Fern. Que me reciba de nuevo
en su taller. Van pasando
los días sin sus lecciones,

y más bien pierdo que gano.
Ayer quisieron honrarme
con el dificil encargo
de labrar un San Antonio
para una ermita del campo;
y aunque dió en decir la gente
que prometo y aún... que valgo,
de mis fuerzas desconfío,
y ociosa estará mi mano
sin los consejos del hombre
a quien reverencio y amo.
Vos sabeis las circunstancias
de mi casa. Padre anciano
y enfermo tengo; de él soy
el sólo y único amparo,
y esa obra servir pudiera
de algún consuelo a sus daños.
Luego... si de don Francisco
trabajar consigo al lado,
yo le animaré, y vereis
surgir, como por ensalmo,
de la Madre Dolorosa
el puro y gentil traslado.
Ahora os dejo.

Jua. ¡Qué! ¿Tan pronto?

Fern. Es la hora en que mi brazo
necesita el pobre viejo
en su paseo diario;
mas volveré.

Jua. En mi confía,
si Dios se digna ayudarnos. (Vase Fernando)

ESCENA IV

DOÑA JUANA

Mucho en salir tarda Antonio
con la vuelta del recado.
Mas mis quehaceres me llaman.
Irá a buscarme a mi cuarto. (Váse)

ESCENA V

ANTONIO

(En el taller, después de haber limpiado y puesto en orden los muebles)

Ya todo en orden quedó.
¡Por Dios, que no es gran tarea
hacer que en orden se vea
lugar do apenas se entró.
¿Quién conoce éste taller,
sin las hermosas figuras
de las santas esculturas
a que Salzillo dió el ser?
Yo, que cuanto siente siento,
presumo que hay un tormento
que le persigue y le acosa.
Pensando en todo ¿quién sabe
si de su pecho en el fondo
habrá algún pesar muy hondo
por una causa muy grave?
¿Sospechará que su esposa...?
Pero... ¿acaso yo lo sé?
¡Oh! Si lo supiera, a fé
remedio, hubiera la cosa.
Pura siempre la creí,
y a Fernando agradecido;
mas aún no he dado al olvido
muchos ejemplos que ví.
Y sé que el amor inflama
los mas puros corazones,
y virtud y obligaciones
olvida pronto quien ama...
Por eso yo, como Dios
quiera iluminar mi mente,
he de hacer que santamente
vuelvan a unirse los dos.
Tal vez aún no haya motivo...
tal vez, si lo hay, aún es leve,
y él su honor vigilar debe
viviendo menos esquivo;
que a trance muy peligroso
se expone el pastor que deja
sin guarda la pura oveja,
cuando la ronda el raposo.
Ella hablarle me encargó.

Verle intenta. ¿Con qué fin?
Mas si le hablo en el jardín,
de fijo dice que no.
Esa entrevista pudiera
ser favorable a mi plan...
Aún no gastado el imán
de su amor, acaso hiciera...
Pero él se acerca. Adivino
el sufrimiento en su rostro...
Me quedo y hablarle arrostro.
Dios ponga en mi lengua tino.

ESCENA VI

ANTONIO. — SALZILLO (Por el fondo, distraído, sin reparar en Antonio)

Sal. Inutilmente mi pesar distraigo;
en vano, en el dolor que me atormenta,
para ahuyentar las sombras de mi frente
busqué la brisa que mi huerto orea.
¡Sal de aquí! (Reparando en Antonio)
Ant. ¡Señor!...
Sal. ¡Sal!
Ant. Quisiera hablaros.
Sal. Yo no quiero escucharte ¡Vete fuera
Cumpliste tu deber: todo está en orden;
nada que hacer ni que decir te resta.
Ant. Perdonad, si, arrostrando vuestro anojo
quién por vuestra ventura se interesa...
Sal. Ya tardas ¡vive Dios!
Ant. Os obedezco;
mas doña Juana me encargó os pidiera,
para un asunto grave, que yo ignoro
de veros y de hablaros la licencia.
Sal. Que a nadie quiero ver dirasle luego...
y si no, le dirás...
(Ap.) ¿Qué es lo que intenta?
¿Descubrir el secreto de mi alma
como otras veces? —Ilusiones necias! —
¿Atormentar con lágrimas inútiles
a quien el pecho le rebosa en ellas?
(Alto)
Le dirás... que yo mismo iré a buscarla,
tan pronto acabe ocupaciones serias.
Eso es... ¡Vete ya!
Ant. (Ap.) No hay esperanza.

Intentaré otro día...
Sal. Y sí no, espera.
Que importaba, dijiste, a mi ventura
lo que ibas a decir...
Ant. Cierto.
(Ap.) Prudencia.
Y a mí y a todos cuantos bien os aman
y que comparten vuestra amarga pena.
Sal. Y ¿qué es ello?
Ant. Señor, hondo deseo
de que volvais a ser lo que antes érais.
En esta reclusión, en el silencio
a que tal aislamiento aquí os condena,
decae vuestra salud; salud preciosa,
que debeis conservar, porque ella es prenda
de muchos días que debeis de gloria
a una patria que os ama y os venera.
¿Qué tenéis?... por favor. ¡Abrid el pecho
desahogad con alguno vuestra queja;
amigos mil teneis que en ayudaros
cifrarán su placer; en mí una ciega
sumisión... Todo mal tiene remedio,
y al vuestro se hallará. Decid cual sea;
y una vez disipado, torne al punto
vuestro genio a llenar estas desiertas
salas con sus creaciones inmortales;
el alegre rumor al taller vuelva;
y ante esa frente que el Creador inspira
y de laureles coronó la tierra,
inclínense de nuevo, ante ella iguales,
juntos, el pueblo humilde y la nobleza.
Sal. Terco insistir el vuestro. ¿Y era ese
todo el misterio?
Ant. (Ap). La ocasión es esta.

(Alto)

Además, vuestra casa os necesita...

(Movimiento de Salzillo)

Ninguna bien está sin la presencia
del dueño tantos días.
Sal. ¿Qué? Mi esposa
no cuida de mi casa y de mi hacienda?
Ant. Líbreme Dios, señor, que a Doña Juana
pueda el labio inferir tamaña ofensa.
Sal. Entonces...
Ant. Es que falta vuestra sombra

que su triste recinto ya no alegra;
es que... al veros vivir tan apartado
de la que os dió el amor casta pareja,
pudiera el mundo murmurar, fingiendo
causa al suceso que la que es no fuera.

Sal. ¿Algo viste? (Alarmado)

Ant. Señor, nada. Hasta ahora,
sólo de los criados la extrañeza
noté, por lo que ven; pero desde ellos
puede ocurrir que al exterior trascienda,
y...

Sal. ¡Qué? ¿Supones tú que alguien osara,
¡vive Dios! a esgrimir la torpe lengua...?

Ant. Cortáresela yo; mas no respondo
de que alguien a obligarme no se atreva.

Sal. Pero ¿en qué base, dí, se apoyarían?

Ant. Bástale al maldiciente una de arena;
y al ver un matrimonio desunido,
no lo dudeis; señor, siempre la encuentra.

Sal. Mas ¿qué dirán?

Ant. No sé.

Sal. ¡Mi Juana es pura!

Ant. Porque lo es, evítese que pueda
manchar su nombre labio de quien digno
de su huella besar tal vez no sea.

Sal. Me confundo,.. No sé si tus palabras...
una intención recóndita me velan...

Ant. ¿Y podéis suponer!

Sal. ¡Ay de tí, infame,
si de ello me convenzo! ¿Quién frecuenta
mi casa, dí?

Ant. Desde que os hais negado
a todo el mundo a recibir en ella,
dijimos, a quien veros pretendia,
que a solas ocupado en la tarea
de la Virgen estais, y sólo viene
a menudo Fernando.

Sal. ¿Y quién recela
de él, de mi discípulo querido?
Aprensiones son tuyas y quimeras,
de que yo por mi bien, no participo;
temores vanos de pueríl ralea,
que si tu afecto a mi no demostraran,

Ant. El me guía, señor.

Sal. Bien; mas despeja.

(Vase Antonio izquierda)

ESCENA VII

SALZILLO

Bien hice en encerrarme, convirtiendo
este taller en solitaria celda.
¿Cómo no huir el mundo, si el ambiente
que respiro quien me habla me envenena;
y en vez de dar a mi dolor consuelo,
con nuevos sinsabores lo exacerba?
Se arden mis sienes. Como lava siento
que la fiebre circula por mis venas,
y el cansancio, el insomnio, este combate
obstinado que forma mi existencia,
el cuerpo sumen en mortal desmayo
y el antiguo vigor del alma enervan.
Como siempre, en triunfar del imposible
mi orgullo de escultor tenaz me empeña,
y ¡cómo nunca! el soplo misterioso
de mi adorada inspiración no llega.
Un día y otro persiguiendo vivo
de la Madre de Dios la imagen bella,
y aun la gubia y el mazo están ociosos,
y este tronco no pierde su corteza.
Tú me la ocultas en tu obscuro seno,
masa inerte y sin luz, Por sorprendértela,
diera... ¡mi vida!; pero vale poco;
los triunfos todos alcanzados diera.
Todo a perseverar en mi propósito
en este trance de mi honor me fuerza:
mi palabra empeñada, el corto plazo
que con fatal celeridad se acerca,
hasta la misma fama de mis obras
de esas figuras de la historia horrenda
que empieza en Nazaret, cual santo idilio,
y termina en el Gólgota, sangrienta,
Llegará el viernes Santo; una tras otra,
y del sol a la luz, a Murcia entera
su fallo pedirán; y ¿quién lo duda?
cuando miren el paso de la Cena
tan vario en su unidad; cuando contemplen
la situación sublime, al par que tierna,
del Huerto, ante el Señor y el Angel bello
que de un éxtasis fué visión excelsa;
y el Beso del traidor, de Pedro el brío;

de la caida la ansiedad suprema,
y el gallardo ademán con que el apóstol
sigue de Cristo la piadosa huella,
aplaudirán al escultor famoso
con ese aplauso mudo, que les niega
a las manos el pasmo, no a los ojos,
y allá en el pecho del artista suena.
Mas si no ven después la Virgen-Madre
que en sus dolores la Pasión compendia,
dirán que idealizarla no he sabido,
y el lauro que gané caerá por tierra.
Forzoso es proseguir. Pero cerremos.
¡Oh Salzillo infeliz! ¿quién te dijera
que para trabajar te esconderías,
porque nadie entendiese tu torpeza

(Saca del armario un tablero de madera, donde irá clavado un papel, con el bosquejo de una cabeza, y lo coloca en el caballete).

¿Será otro día de luchar sin fruto?
¿Un día más de dolorosa prueba?
No importa. Lucharé. Caeré vencido;
pero no sin honor, como un atleta.
¡Virgen bendita que del alto Cielo
ves de mi alma las obscura nieblas:
Un rayo dame de tu luz purísima
para copiar tu faz que al angel ciega!
No es esto, no; no llora este semblante
cual la Virgen lloró la tarde aquella.
¿Dónde hallar la amargura resignada
del que sufre inocente y, en ofrenda
expiatoria de culpas de los hombres,
llora, porque es mortal, mas no se queja?
Este rasgo... más fuerte... no... tampoco...
¡Maldición sobre mí! Menos acierta,
que ayer mi mano ¡Oh Dios!... ¿Por qué la
aquí dentro bullir; por qué la sueña [siento
mi mente como es, pura y hermosa
y a darle forma corporal se niega?
Ya no soy escultor, no soy artista.
No es artista el que siente, es el que crea.
¡Patria querida que en laurel de gloria
engañada ceñiste mi cabeza:
casi una maravilla ver esperas;
recoge los honores que me diste,
a otro artista mejor con ellos premia;

y si quieres saber cómo descienden
los que sin justo título se elevan,
hasta el retiro de la estancia triste
donde gime tu ídolo penetra,
y lo verás, de su desdicha al peso,
desfallecer de oprobio y de vergüenza!

(Se desploma sobre el sillón)

Días de gloria! Para siempre huyeron
aquellas horas de ventura llenas,
en que a mi lado mi gentil esposa
fuente de inspiración sus ojos eran.
¡Mi esposa!... Aparta, aparta, pensamiento
que con tu impuro ardor mi frente quemas.
Yo no quiero albergarte; eres extraño
de mi hogar a la cándida pureza;
pero te siento penetrar en mi alma,
y arraigándote vas, y haciendo presa.

(Pausa)

No es posible, ¡gran Dios! que ella se olvide
tan pura, tan amante, tan honesta...
¿No es posible? ¿Por qué? ¿No lleva acaso
toda mujer la levadura de Eva?
El consejo de Antonio fué un aviso:
si nada sospechase, ¿le ocurriera...?
Ahora recuerdo de ella y de Fernando
las mil sonrisas y atenciones tiernas...
luego... el desvío, el rigor injusto
con que he correspondido a sus finezas...
él joven, cariñoso, persistente
en endulzar las soledades de ella...
¡y es tan hermosa la mujer que llora...!
¡y se hace tan amable el que consuela...!
¡Ay de ellos, si es verdad! Yo necesito
saberlo pronto. Antonio (Llamando)

Ant. (Dentro) Señor!...
Sal. Entra.

ESCENA VIII

SALZILLO. — ANTONIO

Sal. Sin disfraz, como se habla a quien no teme,
antes bien quiere conocerla entera,
que me digas al punto de tí exijo
entera la verdad que ya sé a medias.

Ant. ¿Os alarmais, señor, por lo que os dije?
Sal. No te he llamado a preguntar. Contesta.
Ant. Os juro que no sé.
Sal. Jamás en cara
beneficios eché, pero recuerda
los míos, y si ingrato no naciste,
págamelos.
Ant. ¿Con qué?
Sal. Con tu obediencia.
Escrúpulos desecha. Menos daña
la certidumbre que la duda inquieta,
y tú no ignoras que la aguda espina
clavada llevo aquí de una sospecha.
Ant. Por reveses y azares de mi casa,
me encontrásteis un día en la indigencia.
Mi misma desnudez fué mi fortuna,
pues un modelo deparó a la vuestra.
Me distéis vuestro pan y vuestro techo,
y, lo que vale más, si bien se precia;
que en vos un padre generoso tuve,
y en doña Juana hallé mi madre buena.
Vuestros libros leí; sentí ensancharse
ante ellos mi mezquina inteligencia;
a vuestro lado, en el taller, del arte
los goces entreví, y hasta secreta
satisfacción de vuestras obras, que algo
llevaban siempre de mi ser en ellas.
Tanto os debo, señor, ni os lo he pagado,
ni jamás lo podré; mas me desvela
esa deuda por vos; y al punto mismo
que amenazada ví la paz doméstica,
no por peligros que soñastéis dentro,
sino por riesgos que amenazan fuera,
os advertí leal. Vos, recelando
doble intención en lo que no la lleva,
sospechais sin razón. Vos sois mi dueño,
mi fé sois vos, la vida que me alienta.
Decidme, de cualquiera, que os ultraja,
qué venganza queréis; decid... que muera.
Os creeré, os vengaré; pues de mi alma
cuanto vos afirmais son las creencias;
mas no pidais jamás que a vuestra esposa
nada le impute, de su honor en mengua;
pues que de mí naciendo vuestras dudas,
ni crédito les debo ni obediencia.

Sal. ¿Y tu qué has de decir.
(Ap.) Renegaría
del alma noble que en su pecho lleva.
¡Si hasta creo también que lo matara,
si confirmase mi temor su lengua.
Pero... oye: sea verdad o sea mentira,
sigue astuto sus pasos muy de cerca,
expía una mirada o un suspiro,
sin que nadie sospeche que sospechas;
y cuando la verdad se te descubra,
me dices o me callas lo que quieras;
pero ¡ay de tí!, si por seguir callando,
soy el postrero en conocer mi afrenta.
Salir deseo.

Ant. (Ap.) Qué oigo.
Sal. (Ap.) Este recinto
cargado está de tempestades negras...
Si viniese Fernando... ¿A qué hora viene?
Ant. No es seguro, señor.
Sal. En la alameda
inmediata me buscas. Ahora, vete.
Ant. (Ap.)
Callaré que ha venido. A la orden vuestra.

(Vase)

ESCENA IX

SALZILLO

Saldré de esta prisión en donde yacen
las ilusiones del artista muertas.
¡Bien sabe Dios que, en eternal olvido,
aquí anhelara reposar con ellas.
Pero el mundo me llama. En su oleaje,
las de mi amor expone a las tormentas,
y acaso en sus abismos me prepara
asistir de mi honor a las exequias.
¡Vive Dios, que venganza habrá cumplida!
Murió el artista, pero el hombre queda.
Si al artista no estiman por inhábil,
que al hombre por indigno no escarnezcan.

ESCENA X

DICHO. — DOÑA JUANA

(Que aparece, tras corta vacilación, en la puerta del taller, a tiempo que Salzillo va a salir y se detiene.)

Sal. ¡Cómo! ¿Vos, señora, aquí?
¿No os dijo Antonio que yo...
Jua. Vuestro recado me dió.
Sal. Pues entonces...
Jua. (Ap.) ¡Ay de mi!
(Alto)
Si como severo Juez
me recibís, lo merezco,
señor: os desobedezco
hoy por la primera vez.
Sal. Grave motivo haber debe...
Jua. Anhelo vuestro reposo,
y a todo, en bien de su esposo
la buena esposa se atreve.
Sal. Luego venís por mi bien;
así en lugar de enfadarme,
habré con vos de excusarme,
y aún daros gracias también.
Jua. No me hableis en ese tono
¿Por qué hace tiempo mi oido
por frases se siente herido
de indiferencia o de encono?
¿Qué mal os hice? ¿No llevo
mi pena en el corazón
con tanta resignación,
que ni a quejarme me atrevo?
Pero no hablemos de mí.
No en lo que digan mis labios
vayas a soñar agravios,
Francisco; hablemos de tí.
Mi voz oye, esposo mío,
Sal. (Ap.) O soy un infame, o miente
Jua. Bórrese al fin de tu frente
ese celaje sombrío.
Sal. (Ap.) Resistirme quiero en vano.
Llega a mí, tu voz sonora,
cual brisa consoladora
en el ardor del verano.

Jua. (Ap.) ¿Cederá? ¡Dios mío, inspira
mi mente!
Sal. (Ap.) ¡Si todo fuera
de mi delirio quimera!...
¿Por qué no ha de ser mentira?
(Alto y dulcificando la voz)
Bien. ¿qué quieres?
Jua. Consolarte
si sufres; que sufres. si;
que pongas de nuevo en mi
tu amor, tu orgullo en el arte.
¡El Arte! Luz peregrina
que este hogar iluminó,
con un rayo que robó
de la morada divina.
¡Ah! ¿por qué apagarla impío,
si, a su reflejo brillante,
te vió tan gentil y amante
mi amoroso desvarío?
Ella y mi amor juntos van;
que nuestras almas unieron.
Si un día palidecieron,
¿verdad que no morirán?
¿verdad, dime, que al olvido
no diste ese tiempo hermoso?...
Sal. Sigue; que te escucha ansioso
mi corazón y mi oido;
sigue, que calma el ardor
de mi fiebre esa memoria,
trayendo en auras de gloria
los suspiros de tu amor.
Jua. Sí; recuerda la alegría
que animaba este recinto,
y el confuso laberinto
que por doquiera se oía.
Aquí, labrando maderos,
allá, moliendo colores...
¡que variedad de rumores!
¡que días tan placenteros!
Cuanto algo en Murcia valía
por su talento o su brillo,
admiración a Salzillo
en este taller rendía;
que aquí su mano creadora,
de Murcia y del mundo pasmo

preparaba a su entusiasmo
un prodigio a cada aurora.
Sal. Y tú a mi lado; verdad?
Jua. Siempre amante
Sal. ¡Siempre pura!
Jua. Amándote con locura
Sal. Si, si, ¡qué felicidad!
Jua. ¡Con cuán intensa pasión,
con qué indecible placer
reina era yo en el taller.
Sal. Y reina en mi corazón.
¡Cuántas veces con enojos
vi la inspiración faltarme,
y otra vez la hallé al mirarme
en el cristal de tus ojos!
Jua. Cuántas otras mi ventura
creyó que en mi te mirabas,
y era que mi faz copiabas
en la divina escultura!
Sal. ¡Cuánta dicha!
Jua. Dime ¿y cuando,
para hacerle vacilar,
me hacías ir a observar
el trabajo de Fernando?
Sal. (Transición) ¿Fernando?
Jua. Fernando, si;
tu discípulo querido,
de entre todos elegido
para sucederte a tí...
Sal. ¡Sucederme!... cierto; pero...
Jua. ¡Parece que no te agrada
que te hable de él.
Sal. Si, me enfada...
no sé por qué...
Jua. Ya lo infiero.
Crées que te olvidó. No tal;
pues no dejó un solo día
de venir, por si podía
verte. Le conoces mal.
¡Y yo que una petición
en su nombre te iba a hacer!
Sal. ¿Cual es?
Jua. Que vuelva al taller.
Sal. ¿Para qué, si ocupación
no hay ahora?

Jua. Tiene ya.
Su trabajo solicita,
del campo una pobre ermita,i
pero decidido está
a no labrar la escultura,
si no le das tu consejo.
Su padre está enfermo y viejo,
y viven con poca holgura.
Sal. Lo juzgué más atrevido;
porque es un mozo muy diestro,
que puede andar sin maestro,
por sus fuerzas sostenido.
Jua. ¿Te niegas?
Sal. Mucho te empeña
Jua. Me interesó, a la verdad,
saber su necesidad...
y una cosa tan pequeña...
¿Irás celos a tener...
de su mérito?
Sal. ¿Yo celos?
Después de tantos desvelos,
mira. tendría que ver.

(Ap.)

No es posible tal descaro;
o es muy infame o muy pura.
Iua. (Ap.) Tendrá raptos de locura?
Sal. (Ap.) Querrán verse sin reparo?
(Alto) Vendrá.
Jua. Gracias. El favor
sabrá agradecerte.
Sal. (Ap.) Así
los tengo cerca de mí
y puedo observar mejor.
Adiós.
Jua. ¿Te vas?
Sal. ¿Qué te extraña?
Jua. No sales nunca...
Sal. Desde hoy
a mudar de vida voy.
Jua. Cierto. La quietud te daña.
Pero aun decirte quería...
Sal. ¿Otra pretensión?
Jua. Final.
Diste palabra formal
de entregar en cierto día

la Dolorosa, y se acerca
el plazo.

Sal. Si, ya lo sé.
Pero es facil...

(Ap.) A fé
que está en irritarme terca.

(Alto)

Eso es cosa de un momento...;
y si no, cuando Fernando
venga la irá preparando...
¡y aún fiarla a su talento
puedo, entera. Que el laurel
gane que le está ofrecido,
y así te habrás convencido
que no tengo celos de él. (Vase)

(Al talento del actor se encomienda la acertada y dificil interpretación de este pasaje, por la ironía y doble sentido de las frases alusivas a los celos del artista y a los celos del hombre).

ESCENA XI

JUANA

No sé que pensar, ¡Dios mio!
Es mi destino cruel
verme cercada de nieblas
que no puedo esclarecer.
¿Qué me ha servido arrostrar
la severa rigidez
de mi esposo: qué pintarle,
con las memorias de aver,
la imagen de nuestra dicha,
qué solo memoria es?
Hay en todo cuanto dice
un desencanto, una hiel,
que parecen sus palabras
queja de hondo padecer.
Mi razón no lo comprende
mas me dice el pecho fiel
que en ese dolor se esconde
un misterio, un no se qué
de horroroso y de siniestro
que me hace estremecer.
¡Corazon: sufre aún y calla!

ESCENA XII

DÍCHA. — FERNANDO

Jua. ¡Ah, Fernando!
Fern. Al fin logré,
de esta puerta misteriosa
los umbrales trasponer.
Cuando aquí os hallo, señora,
es que le hablasteis.
Jua. Le hablé.
Fern. ¿Os escuchó?
Jua. Por entero;
airado al pronto, después
cariñoso, y luego... yo
no sé explicártelo bien;
pues tiene unas transiciones
su voz y todo su ser...

ESCENA XIII

DICHOS. — ANTONIO (En la habitación de la izquierda)

Ant. (Ap.) Aunque me mandó avisarle
cuando viniese el doncel,
quiero expiarle primero;
cual es su intento veré;
y si los hallo culpables...
¡que no lo lleguen a ser!
Jua. (A Fernando que ha estado registrando con ella el taller)
Accede a que vengas.
Fern. Ah!
¡Cuanto os debo; pero ¿y él?
¿dónde está?
Jua. Salió.
Fern. ¿Salió!
¿Dónde?
Jua. A espaciarse, no sé.
Dice que quiere otra vida
desde este día emprender.
Fern. ¿Y la Dolorosa? ¿Ha dicho?...
Jua. Que cosa sencilla es;
que le ayudarás a hacerla.
Fern. ¡Cómo? ¡Si no puede ser!

Jua. O hacerla tu solo.
Fern. ¿Yo!
Dudo que en su juicio esté.
¿Y vos, habeis conseguido
su estimación obtener?
¿Os ha vuelto su cariño?
Jua. Si no todo de una vez,
yo confío en conquistar
pronto lo que resta.
Ant. ¡Amén!
Fern. Mereceis ser muy dichosa
Ojalá lo podais ser!
Ant. Y tú también.
Fern. Mas veamos
su estudio, acaso podré...
Ant. Voy a buscarle, a decirle
que pura su esposa es.

ESCENA XIV

DOÑA JUANA. — FERNANDO

Fern. ¡Qué orden tan desesperante
por todas partes se ve.
Todo a trabajar dispuesto,
pero todo sin hacer.
¡Ah! ¿qué miro?
(Reparando en el dibujo del caballete)
Está perdido,
señora.
Jua. ¡Qué!
Fern. Este papel
es la clave del enigma
que buscamos hace un mes.
Jua. Explícate; no te entiendo.
Fern. Todo se comprende bien.
Los temores que en mi pecho
vanamente sofoqué,
hoy por desgracia se cumplen.
Mirad, señora; este es
un diseño, al lapiz hecho,
como ya de otros sabeis,
para buscar el efecto,
la inspiración, el troquel

de la idea que fermenta
en el cerebro. Pues bien;
Salzillo no lo ha encontrado;
no hay aquí el vigor aquél,
ni la firmeza de pulso
de otros tiempos; se le ve
que vacila... ¡hasta que tiembla!
¡Vive Dios, que tiemble él!
Doña Juana: perdonadme,
si ante vos no reparé...

Jua. ¡Qué desgracia! ¿Y no podrá...?

Fern. ¡Y el pueblo, que espera ver
su mejor obra.

Jua. ¡Dios mío!

Fern. ¡Y la envidia, que, a través
de los elogios, aguarda
la ocasión para morder!...

Jua. Fernando: el pueblo es severo;
pero justiciero juez;
y a Salzillo hará justicia,
al menos por lo que fué.

Fern. ¡El pueblo!... Gigante masa
de mil pequeñeces es,
como esos montes de arena
que el Africa ve correr
a impulso del huracán
con incesante vaivén;
como el león de esas arenas;
noble, más fiero también.
¿Alimentais su entusiasmo?
—brama y ruge de placer,
y echado a los pies del dueño,
le lame humilde los pies
Pero espera, y no le dais:
noble entonces puede ser
y os abandona, o recuerda
que es fiero, y ruge otra vez;
pero es para entre sus garras
despedazaros cruel.
Tentad el último esfuerzo;
que en vuestro acento de miel,
en vuestro amor, que otras veces
su numen potente fué,
encuentre para triunfar
el que hoy ha de menester.

Ved que se pierde si no;
que lo sé, señora; ved
que habrá muy nobles leones;
pero muy fieros también.
Esta mañana una carta
ha llegado a mi poder.
Un su enemigo la escribe.
Por ella saber podreis
que lo que espera a Salzillo
solo es morir o vencer.
Yo, me retiro. Mi padre
me aguarda con interés
por saber el resultado
que alcanzasteis.

ESCENA XV

DICHOS. —SALZILLO (Por la izquierda)

Sal. (Ap.) Contener
no he podido mi impaciencia
viendo que Antonio no fué.
¡Ah!... (Escuchando)
Fern. Permitid que a esas plantas
agradezca la merced...
Jua. (Levantándolo) ¡Fernando!...
Fern. Ya me olvidaba
Tomad ¡que no la vea él!

(Aparace Salzillo)

Jua. ¡Mi esposo!
Fern. Querido maestro...
Sal. ¡Silencio...!
Fern. ¡Yo...!
Sal. ¡Cállate...
y vete...! mas vuelve luego.
Jua. Dios santo. ¡Si vió el papel...
Fern. (Ap.) ¡Qué voz! ¡Qué gesto!
Sal. ¿Lo entiendes?
Fern. Obedezco, así lo haré.
Sal. Ven que si no, iré a buscarte.

(Vase Fernando)

ESCENA XVI

SALZILLO. — JUANA

Sal. (Ap.) Primero en ella me vengo.
Jua. ¿Qué tienes?
Sal. ¡Dice qué tengo!
Necesidad de matarte.
Jua. ¿Matarme tú? ¡Virgen santa!
Sal. ¡Calla! No pienses que evitas
así el castigo. Si gritas,
va la muerie a tu garganta.
Jua. Francisco: no estás en tí.
Sal. De Dios la justicia toco,
pues que no me ha vuelto loco,
para que te juzgue aquí.
Jua. Pero...
Sal. ¡Silencio y escucha!;
ya que, al verte en mi presencia,
tiene mi brazo paciencia,
cuando por matarte lucha.
Hubo un día horrible, eterno,
en que me quiso probar
Dios, y mi alma torturar
con un dolor del infierno.
La inspiración me arrancó
con que al nacer me dotara,
y en vano la buscó avara
mi alma: no la encontró.
Yo adoraba a una mujer.
Para ella soñé yo un cielo
libre del menor anhelo,
todo ventura y placer.
Aquella mujer me amaba
con amor santo y profundo;
y, por mi fama en el mundo,
idólatra me admiraba.
Para evitarla el dolor
de ver su ídolo por tierra,
vencido en aquella guerra,
y expuesto a perder su amor,
yo le oculté mis dolores
en mi pecho herido, roto,
poniendo a su interés coto
con afectados rigores.

Pues bien; ella, que incapaz
era de tal sacrificio,
agradeció el beneficio
¡escupiéndome a la fazl
Jua. Tu deliras, Yo te ruego...
Sal. No con halago me llames.
¿Pensarán estas infames
que siempre el hombre está ciego?
Jua. ¿Quién dijo infamia. ¡Mentira!
Sal. ¡Vive Dios!
Jua. ¿De qué me acusas?
Sal. ¿Aún conocerlo rehusas?
Es que Satanás la inspira.
Jua. Si; venga la acusación.
Sal. ¡La acusación! ¡Cosa rara!
¿Pues no ha subido a mi cara
ya desde mi corazón?
Si no tiñó mis mejillas
de la vergüenza el carmín,
dígate mí lengua, al fin,
que torpe mi honor mancillas.
Jna. ¡Jesús! Y tu lo has creido!
Sal. Si.
Jua. Que yo ultrajo tu honor!
Señálame al impostor,
Ha mentído; si, ha mentido.
Sal. Testigo de fuerza es;
mas no te responderá
porque no se encuentra ya
de rodillas a tus pies.
Jua. ¿Fernando! Dios soberano!
Si aquí a mis plantas le viste,
fué...
Sal. ¿Por qué?
Jua. Porque le hiciste
una merced por mi mano.
Sal. Justo! Y por si caso infiel,
tu memoria lo olvidaba,
también las gracias te daba
escritas en un papel.
¡Ah! Te turbas. Muéstralo,
y así al impostor desmiente.
Jua. ¡Juro que soy inocente!
¡Basta que lo diga yo!
Sal. Mira que en furor me inflamo:

y si lo niegas de nuevo..,
Jua. ¡Si entregártelo no debo,
por lo mucho que aún te amo!
Sal. Cuando se acusa a una dama,
prueba, del mundo a la faz,
Jua. ¡Qué también ella es capaz
de sacrificarse al que ama!
Sal. Paciencia sobrada a fé,
tuve, y ya no tengo más.
O viva, a leer, me lo das,
o muerta tú, lo leeré,
Jua. Y yo pongo por testigo
a Dios, de que su lectura
ha de ser tu desventura,
tu más tremendo castigo.
Sal. Ganas tiempo; él va a venir,
y esperas que te defienda.
También morirá. ¡Esa prenda!
Jua. ¡Nunca!
Sal. ¿Nunca?
Jua. Antes morir.
Sal. Pues morirás. (Busca un arma)
Jua. ¡Oh, Dios mío!
Tú, que lees en mi conciencia
dale amparo a mi inocencia,
y tu perdón al impío.
Sal. Baste de vacilación. (Empuñando una gubia)

ESCENA XVII

DICHOS. — ANTONIO

Cruzando la escena rápidamente por la izquierda, y deteniendo el brazo de Salzillo

Sal. ¡Muere!...
Ant. ¡Es inocente!
Sal. (Contemplando absorto la expresión dolorosa, y como en éxtasis, de su esposa, en que la actriz copiará la actitud de la escultura).
¡Oh!... ¡Si!... ¡Ese rostro no miente!...
¡Y es mi Virgen! ¡Ah! ¡Perdón!
(Arroja la gubia y se postra de rodillas)
(Pausa)
Jua. (Bajando los ojos, como volviendo de su éxtasis)
¿Tú a mis pies, esposo mío?

Sal. Aquí llorando he de estar,
hasta que logre borrar
con mi llanto mi extravío.
Jua. No; a mis brazos ¿Qué pasó
por mi, que tan dulce anhelo?...
Sal. Es que desciendes del Cielo,
a donde tu fé te alzó;
es que, de allí al descender,
y de tu estancia en memoria,
me traes mi amor, y mi gloria;
mi alma que pude perder.
Mira el milagro, el portento,
que Murcia espera de mi.
(Se acerca con ella al caballete y traza los últimos rasgos del dibujo)
Es tu rostro; en él leí
ese divino tormento.
Jua. *(Dándole la carta)*
Toma lee... Yo lo mando.
Sal. Infames!... ¡Y yo creía!...
Jua. Me pagas con tu alegria.
Sal. ¡Bendita! Mira, Fernando.
(A éste que se presenta apresurado y llevándolo ante el dibujo)

ESCENA ULTIMA

DICHOS. — FERNANDO

Fern. Gloria a Salzillo! Triunfó.
Sal. *(Señalando a su esposa)*
Es mi inspiración, mi estrella,
que me abandonó con ella,
y que con ella volvió.
Mañana cuando angustiosa.
con su dolor sin segundo,
salga a conmover al mundo
mi inspirada «Dolorosa»;
si por mi gloria mayor
la dan, al mundo diré:
—«Suyo es el triunfo, que fué
mi mayor gloria su amor.

(TELÓN)

N. B.—La siguiente nota se halla al final del drama La Dolorosa de Salzillo, *en el original manuscrito por el autor. Se copia en esta edición por las noticias interesantes que contiene, referentes a las dos únicas representaciones teatrales que tuvo la obra.*

Cuando una obra de arte excede, en sentir del vulgo, por su mérito sobresaliente, a cuanto, en su concepto, puede ser obra del artista, fragua en su derredor una leyenda, atribuyéndola a intervenciones extrañas, misteriosas y hasta sobrenaturales a veces. El escultor sevillano Montañés diz se quedó como petrificado contemplando la expresión de su «Señor del Gran Poder». Tal otra imagen maravillosa debió la suya al beso impreso en su frente durante el sueño del escultor, por una aparición celestial. Y no son pocas las atribuidas, no al genio del hombre, sino a obsequio sobrenatural dejado en la morada del artista por misterioso peregrino.

Tal acontece con la imagen de la «Dolorosa» labrada por Salzillo para la Cofradía de Nuestro Padre Jesús, y que ha dádome asunto para el dramita que lleva su nombre. Parece, con efecto, imposible que un modelo pueda fingir un dolor como el de esa preciosa escultura. Tampoco se explica que pueda imaginarse y lograrlo sin el concurso del natural; y de aquí la leyenda: Salzillo necesitó provocar un gran dolor para inspirarse.—¿Cómo?—Según unos, acusando a una hija suya de deshonestidad, o haciéndole creer que un entierro que pasaba era el de su prometido. Según otros, la acusación fué a su misma esposa.—La primera versión no pudo nacer a raiz de la labra de la imagen, pues la hija de Salzillo contaba a la sazón tres o cuatro años.—La segunda, más verosimil, tiene en su apoyo el dicho de don Mateo López, descendiente del célebre escultor que, cuando en la mañana del Viernes Santo, se disponía a salir de su casa para ver la procesión, exclamaba:—«Voy a ver a mi abuela»—aludiendo a la esposa de Salzillo, de la que, en efecto, parece tener la imagen algunos rasgos.

Yo tuve siempre fervoroso entusiasmo, por esa obra prócer del inspirado imaginero, y hallé motivo en dicha leyenda para inspirarme y cantarla como poeta.

Mi primer trabajo literario, en este sentido, tuvo la fortuna de ser galardonado con la Flor Natural en los Juegos Florales de Murcia, de 1877.

Posteriormente, en 1881, actuando en nuestro Teatro de Romea la compañía dramática de D. Pedro Delgado y D.ª Julia Cirera, hubo de pedirme él, (que ya había puesto en escena en la inauguración de dicho coliseo, mi apropósito «*Deudas de Gloria*») algo para su beneficio.—Dile a leer mi aludido trabajito; y él, conocedor, como pocos, de los efectos escénicos, me indicó la necesidad, para llevar el asunto a la escena de presentar culpable, en apariencia, a la esposa de Salzillo.—De este modo, la acusación aparecía natural y el argumento más dramático. Había así, también dos conflictos, que marchaban paralelos, y a la vez se desenlazaban: el del amor propio del artista, y el del amor conyugal traicionado.

No vacilé. Por indicación, también del actor, se suprimieron en la representación los versos entrecomados (suprimidos también en esta impresión) por innecesarios, y para aligerar y dar más viveza a la acción y al diálogo.

De lo referente a mis apuros para dar forma ai pensamiento en el breve plazo de una semana (estaba al terminar el abono), y de las peripecias de la representación he hablado largamente en mis artículos «Los aficionados en Murcia», publicados en el periódico «La Verdad», y solo añadiré aquí algo de lo ocurrido después.

La obra, recibida con gran aplauso por el público, se repitió a la noche siguiente del estreno. La prensa periódica la elogió sin reservas, a excepción de alguien (no recuerdo de quién, ni si fué de palabra o por escrito), que halló impropio que Salzillo aplazase el castigo de la culpable, a lo que mi antiguo profesor de Matemáticas del Instituto, don Zacarías Acosta, hubo de oponer lo ocurrido en situaciones análogas en obras de Shakespeare y de Calderón.—Recordando yo ahora el «Otello». me ocurre que sin proponérmelo yo entonces, aticé los celos de Salzillo, haciendo que su esposa se interesase por el causante de ellos, como Desdémona en favor de Rodrigo.

Algún periódico me alhagó diciendo que bastaba ya de ensayos, y que diera el salto decisivo a la obra en tres actos.

No necesitaba yo de estos estímulos en mi ambición de lauros escénicos, y no dejé de probar fortuna en Madrid, cuando allá me llevaron vicisitudes de mi profesión, de 1888 a 1893·

Pronto me convencí de la inutilidad de mis esfuerzos. Al rededor de toda empresa teatral hay un círculo de hielo, defendido por los autores paniaguados, e inexpugnable para los novatos, cuyos probables éxitos se temen más que al cólera morbo. Y yo, murciano de carácter, en punto a no hacerme pesado pidiendo, y poeta sin necesidad de inspirarme en la *décima Musa*, preferí reducir mis aficiones al teatro, a contemplarlo de telón a fuera, a pordiosear de empresarios y cómicos una hoja de laurel, de telón adentro.

Mucho tiempo ha pasado desde el estreno de «*La Dolorosa*», más del necesario para olvidarla.—Creíala yo, además, perdida en el frecuente tráfago de mis mudanzas de casa y de población. Y he aquí que ya muy viejo, y deseando verme rodeado, para morir, de mis hijos literarios, ya que Dios no me los concedió de carne y hueso, logré ha poco, topar en el fárrago de mis legajos, con aquella copia hecha en 24 horas para entregarla a Delgado, sin tiempo de corregir, ni menos de limar mis borradores.

Esa copia, que sirvió para un traspunte, y de la cual se sacaron la del apuntador y los papeles, lleva todavía las anotaciones para el traspunte y las supresiones de Delgado.

Al repasarla ahora, después de cuarenta años, no se si será por lo simpático del asunto, o por las peripecias de su gestación y de su estreno, o por el amor de padre, más exaltado ante el hallazgo del hijo que creyó perdido, paréceme no desprovisto de todo mérito mi trabajo; cabiéndome empero la duda de si tendrá virtualidad bastante para interesar y conmover a un público no murciano.

Sea como quiera, y en mi natural deseo de que me sobreviva, si lo merece, la he copiado en éste libro al pie de la letra, como fué escrita con tanto agobio de tiempo, esperando que así me sean más disimulados sus defectos.

De los actores que la representaron apenas queda ya, muy viejo, Alfredo Cirera, que ha trabajado muchas temporadas con la compañía Guerrero-Mendoza.—Su hermana Julia debió de morir; pues ha tiempo que no se la nombra.

A Delgado lo encontré en Sevilla hacia 1902, muy anciano y casi ciego. Murió allí poco después, en un hospital, abandonado de los suyos, ingratísimos con él, que puso de moda el «*Tenorio*» de Zorrilla, mina inagotable de ingresos para ellos; como lo fueron con el autor del célebre drama, cuyas obras no han cesado de explotar abusivamente.

En cuanto al galán joven, señor Galé, no se le ha oido nombrar después.

No terminaré sin exhumar, en la intimidad de esta nota, otro recuerdo, otro accidente curioso relacionado con el estreno de mi obrilla:

Al reclamar yo del empresario (el Sr. Aguilar, esposo de la Cirera) mis derechos de estreno, no llevado de su entidad, sino del deseo de regalar a mi esposa algún objeto de su valor, que perpetuase la memoria de mi primera ganancia con el culto de las Musas, hasta entonces tan desinteresado, se me excusó con la penuria de la Caja de Contaduría, y diciendo que el beneficio de Delgado era simulado.—No insistí. El, por su parte, ni siquiera me ofreció el palco a qne creo tiene derecho el autor la noche del estreno; ni siquiera algunas butacas, para mi familia y amigos, que me las pidieron.

Creyó, sin duda, que a mí, dada mi posición social, y ser primerizo en aquellas lides, bastaríame con los aplausos que me esperaban, Y se dió el peregrino caso de que el autor se pagara su localidad aquella noche.

Mereció tanta tacañería de su parte, que yo me plantara en firme y retirase mi obra; pero cedí también a la pícara vanidad literaria, amargado ya mi triunfo con el conocimiento que empecé a adquirir del teatro, merced a la lección de aquel catalán aprovechado, que no volvió de su acuerdo ni aún después de ver que mi drama le había llenado el teatro dos noches consecutivas.

Hallábase a la sazón en Murcia, al frente de su Academia de Canto, don Francisco Lucas, antiguo tenor de ópera, casado con la tiple Juana Bonafí; y enterados de lo ocurrido, se constituyó en campeón de mis fueros, recabando para mí después de una agarrada con Aguilar, el derecho como autor dramático (pues tal debía de considerárseme por el éxito de mi obra) a la entrada gratuita en el teatro, que casi a la fuerza me hizo disfrutar algunas noches, ocupando con él localidades no vendidas.

Por lo dicho se vé cuantas contrariedades cuesta triunfar en la escena, no siempre compensadas con los aplausos, y con cuanto fundamento renuncié a procurar laureles con tantas espinas entrelazados.

APÉNDICE

ELOGIOS EN PROSA A

DON RICARDO SANCHEZ MADRIGAL,

LEIDOS EN LA VELADA NECROLÓGICA QUE CELE-

BRÓ EL CÍRCULO CATÓLICO DE OBREROS DE MUR-

CIA, LA NOCHE DEL 31 DE ENERO DE 1926.

ESTÉTICA Y JUVENTUD EN DON RICARDO

(Bosquejo de una semblanza)

Cuenta el príncipe de la romana elocuencia en su breve y precioso tratado filosófico-moral «*De Senectute*», que preguntado un día el maestro de Isócrates, Gorgías Leontino, que había alcanzado ya buena suma de años, y aún se afanaba diariamente en árduos estudios y trabajos, como si fuese mozo, por qué anhelaba vivir tánto tiempo, respondió, sereno y cargado de razones, a su interlocutor: «—Yo no tengo hasta ahora por qué quejarme de la vejez».

*

Nuestro querido y llorado Don Ricardo, muerto para la obra, vivo para el recuerdo en varias generaciones—si olvidais aquel penosillo cansancio asmático de sus años últimos que le obligaba a veces a caminar despacio, y le cascaba y velaba a menudo la voz amable, antaño atiplada y segura; y recordais en cambio su actividad protéica y su pródigo derroche de diversas energías intelectuales hasta la víspera de su partida de este mundo—creereis conmigo que pudo decir fundadamente, al igual de aquel griego y probado ingenio, que tampoco tenía serios motivos para querellarse de su edad.

Era, en efecto, un alma inquieta y dinámica, destinada al parecer a perpétuo chispear, y encarnada en un cuerpo feble y exiguo, la de aquel simpático y bondaso viejecito, pulcro y ponderado, como esos que «Azorín» crea y nos pinta con la pluma en sus tablitas literarias y retrospectivas, lindas como esmaltes.

ESTÉTICA Y JUVENTUD EN DON RICARDO

Hablar de las tendencias estéticas de Don Ricardo en escasísimas cuartillas, habida cuenta del amplio eclecticismo de su disciplina, de la extensión de registros de su musa, y del momento de transición neoromántica en que se formó, y anduvo mostrándose en el avatar literario de medio siglo, podría reducirse, para no fatigar ni despistar con divagaciones, a comentar su fervorosa y esencial filocalia, y los dogmas tradicionales y procedimientos de su escuela poética. En verdad, el amor y la prehensibilidad para la belleza (donde quiera ésta se manifestase franca y pura: hechos, seres, ideas, lugares...) del alma y el estro de Don Ricardo, irisó siempre su vida intelectual y ciudadana. En el último tercio agitado del siglo precedente, Madrigal, ingeniero y poeta, como lo fueron Melchor del Palau, Gonzalo de Castro y el mismo Echegaray, entre otros notables, durante su aplicada adolescencia estudiantil, escuchó en Madrid, juntamente con vítores y lamentos patrióticos muy distintos, los ecos postreros de las más genuinas representaciones del romanticismo que personificaba entonces su admirado D. José Zorrilla, las notas sueltas y ambiguas de García Gutierrez, el Marqués de Molins y Ventura de la Vega, los suspiros becquerianos, los ingénuos trinos de nuestro Selgas, moralista y florido, las primeras filosofías líricas de D. Ramón, y aquellas robustas entonaciones sociológico-patrióticas plasmadas por Nuñez de Arce, Balart, Aguilera y otros corifeos cinceladores de la estrofa: sin contar los acentos regionales que, como arrastrar de colas de redondas copias sonoras, venían de las cortijadas andaluzas con Alcalde Valladares y Grilo, o de los huertos valencianos con Querol y Llorente, ni las satíricas destrezas de un Villegas y un Manuel del Palacio. Asistió al triunfo escénico de aquellos románticos rezagados, como Florentino Sanz y Marcos Zapata, y al de los pintores de historia como Rosales y Pradilla; oyó caer desde los escaños las cataratas oratorias de Castelar y Martos, y aún fué contemporáneo de los éxitos de Cano y de los albores de Echegaray en los teatros de la corte. Todo ésto, de tan complejos factores y tanto choque de ideas, aunque encauzado en una corriente general de época, dió como resultado en su sensibilidad poética todavía amorfa, y en sus aptitudes para las Musas, que no se revelaron precozmente como en tantos, sino ya en la sazón de sus veinticinco mayos, el que arraigasen en

ellas, de modo fundamental, aquel predominio de la fantasía y la inventiva sobre las demás facultades, característico del romanticismo, aquella marca de rehabilitación del espíritu medioeval y sus gustos, aquella afición por los metros y asuntos netamente del parnaso español, aquel punto de vista, a veces nimiamente subjetivo, aquella tendencia moralizadora diluida en muchas de sus composiciones, aquel culto intangible por las estrofas y pies más rotundos, como la décima y la quintilla, el soneto y el serventesio. Dando a sus producciones, en general, fondo más denso que solían tener muchas de aquellas elucubraciones de la época del rimado sin fin, del ripio y la garrulería, en que le cupo la suerte o la desgracia de desenvolverse, no llegó sin embargo a profundidades filosóficas ni a silos psicológicos muy interiores, pudiéndose decir que fué mucho más cuidado de la forma y el efectismo, como buen retoño de su generación, los que manejó con toques acertados de oportunidad y habilidad, y sin abusar demasiado de los contrastes y patéticos malabarismos retóricos a que nos acostumbraron muchos de los de entonces, encaramados a las Antologías. Por todo ello, siguiendo las huellas heróicas y nacionales, contribuyó a la meritoria resurrección de nuestros romances viejos con su laureado «*Romancero de Don Alvaro de Bazán*», a la manera del Duque de Rivas y Roca de Togores, y olvidando un poco el clasicismo plúmbeo y frío en que incidían algunos de los contemporáneos y modelos, sin llegar a la postergación completa de las reglas y unidades y a la desordenada exaltación indivídualista de otros, pudo sentir en su alma algo de la marea grandiosa de Hugo, y a la vez bullirle la quevedesca ingeniosidad de muchos de aquellos famosos agremiados de las tertulias literarias de su época, y florecerle en el corazón la rosa fragante y púdica del sentimentalismo. Devoto primordial de la forma y el eco, de la gallardía y la euritmia, lo mismo mostraba su filiación artística y su vena castiza en las explosiones rimadas de sus tensos poemas de iniciación, que en su horror al extranjerismo sistemático, que albergó siempre como una cara herencia, y mantuvo, a despecho de los exóticos patrones sucesivos, la airosa capa española sobre sus hombros, y el blando sombrero hidalgo, a lo Mistral, protegiendo su cabello fino y enmelenado, que el tiempo convirtió de rubio en nevado. Todo lo que fuesen evocaciones sugestivas, ex-

pansión en el justo anatema o en el ditirambo legítimo, pasión noble, tenaz y franca en que aferrarse, bondad y cariño para todos los suyos por los vínculos de la sangre, de la simpatía, de las letras, de la profesión o del paisanaje, halló en su espíritu acogida y afición; y todas las dotes y reminiscencias de un escritor que vivió las agonías del periodo romántico, estuvieron moderadas en él por aquel apego a la tierra natal, aquella solidez de la fé religiosa, aquel respeto y galantería hacia la mujer, aquella elegancia moral, delicadeza y ternura que le distinguieron notablemente, como a su precursor Pastor Díaz.

Su intuición romántica y teatral, ese don de imaginar y sentir, que en él se daba y avivaron los días que cumplió y sus antecedentes de formación, nos los reveló él mismo en las Notas con que explicó la génesis de su interesante y matizada composición «*El Cristo de San Miguel*», cuando apropósito del tétrico y devoto rincón local, y de la imagen que en él se arrebuja, nos cuenta de aquella «ronda artística y fisgona» que noctambuleaba por los suburbios y callejas de Murcia, y en la que figuraba con otros aficionados y hombres de letras murcianos, de los que dieron lustre a la tertulia famosa de Pagán y formaron aquí algo como un remedo de la memorable *Cuerda* granadina. Allí, nos detalla con claroscuro y vigor de grabado holandés, su visita solitaria, en una noche tenebrosa, a la olvidada capilla, a las dos de la madrugada, oyendo con pavura resonar sobre el pavimento sus propias pisadas, y sintiendo y aspirando el aroma legendario y la emoción de su asunto que, según él mismo dice, le pareció tan zorrillesco como las octavillas que eligió para metrificarlo.

Fué policorde su laúd armónico y opulento, como el de aquella Poesía, en fin, que profetizó con Tassara, gimió con Ferrán, declamó con Hartzembusch, e increpó con Velarde; y mantuvo indemne, por la elevación de sus ideales y lo sano de su voluntad, la limpieza e integridad de su sentido estético. Todo lo noble le inspiró, y todo lo digno de ser cantado, en su patria y en su esfera, lo cantó a tono y espontáneamente. Tuvo el impulso canoro y ascensional de las aveciílas, ante las auroras espléndidas o tristes: fué en efecto como un ave de claro y persistente gorjear y vida prolongada que, desde su olmo o su ciprés murciano—y aquí estamos sobre una de las ramas en que más posó—cantaba no

sólo para deleitar, sino para hacer sentir, y muchas veces para enseñar y predicar el bien; porque no iba a ras de tierra, como tantas otras, ni su voz era címbalo, aunque sonara con musical ampulosidad y brillante timbre; sino que, como su genial y admirado predecesor, el trovador castellano de las grandezas de Granada y Burgos, pudo decir, reconociéndose a sí mismo,

«ser ave como el águila
de noble vuelo
que la voz para el canto
busca en el cielo;
y donde alcanza,
mi voz va derramando
fé y esperanza».

Pero para explicarnos mejor toda esta prodigiosa fecundidad de aspectos y diseñar la silueta personal y poética de Don Ricardo, hay que tener presente que su idiosincrasia fué siempre juvenil, inocente y afectiva, e hizo de él algo muy suave al corazón y al oido, y muy blando a la amistad, en medio de los embates y pesares de la vida, que los sufrió muy rudos; y lo mismo cuando en altas empresas el laurel rozaba su sien escarchada, que en los más familiares y continuados desahogos de su espíritu y de su pluma, mojada siempre en tintas de selección y oportunidad. Lo que más ha llamado la atención, en efecto, en Don Ricardo, además de sus valores positivos como escritor, ha sido el vigor mental y anímico que conservó y pareció multiplicar hasta última hora, y lo infatigable de su actividad y su producción desinteresadas, cuando parecía deber anhelar tan sólo un reposo de agotamiento y de silencio: todo con jovialidad confortadora, o equilibrio de resignación, y fortaleza de juicio y de carácter.

Aquel vecino y huésped «*encorvado y malino—que han los viejos comunmente—gobernado en sangre fría*», según nos dice con donosura clásica, Rodrigo de Cota, en su *Diálogo entre el Amor y un Viejo*, y que se llama melancolía «o amarga conversación», no llegó nunca, que yo recuerde, a acibarar sus ratos de soledad ni sus desfallecimientos físicos, sino que siempre asomaba una ecuánime templanza o una vivaz jocundidad a su rostro descolorido, algo más de Cervantes que de Zorrilla, a su boca desdentada, vibrante en las inverosí-

miles energías de su garganta de lector consumado, y a sus sagaces y penetrantes ojillos, azules y lamartinianos.

Todo expresividad en su ya caduca languidez, y distinción natural y nada pretenciosa en su atuendo sencillo, en el que predominó casi siempre el cuello de tira abierta, de abolengo constitucional y figaresco, y el airón humilde de la negra chalina que ha sido la banda y condecoración tradicional de las falanges artistas y bohemias, su frente amplia en el cráneo pequeño se abovedaba en marfil bajo la ondulante maraña de plata que espesamente cubría su cabeza privilegiada que no conoció la rala desnudez de las calvas seniles. Y bajo la mirada dulce, mansa y comprensiva, que irradiaba luz cordial, sobre la prominencia de los pómulos exangües o levemente rosados y azulados de cloróticas venas, el bigote delgado, como de mancebo todavía, las comisuras del labio, acentuadas y lacias, y la barbilla corta y clara de menudas hebras, ponían una caballeresca y atrayente señoría en el rostro levemente rugoso, entre octogenario y aniñado, de nuestro poeta, todo pleno de estímulos y de entusiasmos generosos.

Se apasionaba tercamente en sus empeños, en sus admiraciones, en sus afectos, como un hombre en lucha que empezara a vivir, y conservaba incólume su credo de optimismos y de ilusiones, a pesar de haber vivido tanto y recogido nieve de tantos inviernos, trasparentando su juventud espiritual inmarcesible, lo mismo en la placidez de sus expansiones amistosas, que en sus efímeras corajinas infantiles contra aquellas contadas cosas que, por herirle en lo más íntimo, eran capaces de excitar su indignación.

Él, que, aún hablandonos asíduamente de su vejez avanzada, en los tiempos últimos, se desmentía a sí mismo desdoblando sus fuerzas—y parecía que hasta casi su personalidad—sintió, también como Zorrilla, que en el preciso dilema de morir o llegar a viejo (a pesar de los desengaños y crudezas de la vida) «envejecer no es delito»; y pareció sostenerse y avivar su luz decadente con el reflector de sus propios recuerdos de juventud, y la evocaba y renovaba a menudo, con frescura y donaire, en la anécdota y la efeméride que atesoraba en acopio su memoria aún lozana, y gustaba a veces de amplificar y hacer interesante con las galas de su pluma. Prolongaba así su mocedad, añorándola, que es

otra manera de vivirla, a la manera como expresaba el poeta árabe Ebn Rabiá:

«Aunque de mí se aleja con presura
yo haré vuelva su edad ante mi mente:
hablaré de aquel tiempo, y cual presente
mi pecho bañará con su dulzura».

Y vivía en el amor de todos la pujanza pretérita; y los amaneceres y los mediodías, sin envidia y con una participación generosa e ingénua de las ajenas satisfacciones. Lo saben los que eran para él como suyos, por quienes muchas veces, viéndolos en riesgo ofrecía a Dios su vida, que él creía inútil, a cambio de las de aquellos que eran felices y apenas desbrozaban la existencia. Lo saben los incipientes y noveles que alentaba; lo sabemos sus amigos que le veíamos y oíamos en palpitaciones cotidianas de la vida local que le asediaban, angustiándole o escandeciéndole.

Una vez, poco antes de su muerte, íbamos él y yo contiguos en una manifestación piadosa, contemplada respetuosamente por enjambres innumerables de espectadores. En una parada, un balconcillo frontero—descubrió ante nuestros ojos los de una pareja juvenil que envueltos en el fuego suave de un tierno idilio se desentendian, ensimismados, de todo lo que no fuera su propia y dulce llama. Lo observamos ambos facilmente, y Don Ricardo me dijo por lo bajo:—Verdaderamente que no hay nada en la vida como el mútuo e intenso cariño legítimo, y la entrega absoluta y recíproca de dos corazones: es lo único que vale aquí abajo la pena de vivirse.

El poeta, desde la cumbre de su ancianidad, comprendía y exaltaba todo el misterio universal y la clave de la juventud, que él había vivido lejanamente.

Y desde la ternura de sus «versos de abuelo» impregnados de un candor pueril, hasta el ósculo cortés y tremulento que estampó públicamente su efusiva gratitud y admiración, en la mano sedeña de la niña que leyó su última producción en verso, todo revelaba su galanía espiritual, inmarchita y cumplida.

Hasta para sus más íntimos recogimientos, hasta en sus plegarias y soliloquios gustaba de mencionar y recordar su juventud alejada, para sacar provechosas reflexiones contritas. «Delicta juventutis meae et igno-

rantias meas ne memineris, Domine»...; y esta antífona de David suplicante, que en hombres de vida sosegada y pura como la suya no tendría quizás toda su desgarrada imploración y aborrecimiento de un pasado tormentoso, él la tradujo y reflejó en un místico soneto «A los pies de un Crucifijo», de aquel su Crucifijo de talla que tenía junto a su cabecera, muy al alcance de su mirada, y a cuya sombra le hube de ver expirar inopinadamente una media noche...

«Cuando era yo feliz, cuando volvía
del mundo, acaso de gozar cansado,
y de oprobio y de espinas coronado
en la Cruz, por mis culpas, te veía.

tu mirada sin hiel me reprendía
por mi olvido de Tí: y avergonzado,
como agudo puñal en mi costado,
penetrar y abrasarme la sentía.

Ya el dolor me curó de mi demencia,
ya me llama a los piés de tu madero
tu mirada de amor y de indulgencia:

y entre gozar y padecer, prefiero
que el placer no me pese en la conciencia
y ser en el dolor tu compañero».

No cabe dudar que acentos tan sinceros y cristianos como éstos le habrán valido la gloria superior y verdadera que será como una juventud perenne y sin declinaciones. En este ejercicio de autodepuración espiritual, como el mentor de Fabio en los tercetos de la Epístola, repetiría

¡Oh si acabase, viendo como muero
de aprender a morir, antes que llegue
aquel forzoso término postrero!

Y así le sorprendió la muerte en su fecunda y constante elaboración literaria e interior, como al cisne cristiano y gallardo de nuestro Calderon.

Su decrepitud fisiológica estuvo cada vez más en razón inversa de su polivalencia de ánimo y lucidez de facultades, en los meses inmediatamente anteriores a su rápido sucumbir.

Aquella fórmula bella y precisa del «Ars moriendi» de Machado, que dice

«El cuerpo joven, pero el alma helada:
Sé que voy a morir, porque no amo
ya nada».

pudo y debió invertirla categóricamente Don Ricardo, creyéndose inmortal, por la adolescencia perpétua de su espíritu, todo, derramada capacidad volitiva, diciéndose a sí mismo:

El cuerpo ruinoso, pero el alma encendida
y eterna...;

porque Don Ricardo. a quien tanto queremos y veneramos, era y fué siempre hasta su momento flnal, todo tolerancia y amor...

ANDRÉS SOBEJANO

MADRIGAL, PERIODISTA

EXCMOS. E ILTMOS. SRES.:

SEÑORAS Y SEÑORES:

Han discutido prolijamente los académicos acerca de si el periodismo constituye en puridad un género literario.

Yo no entro ni salgo en esas divergencias de apreciación, en las que juegan presunciones de casta, entre otros motivos, porque mi parecer modesto pudiera ser recusado por sospechas de parcial; pero lo que afirmo rotundamente es que la figura gloriosa de D. Ricardo Sánchez Madrigal, salvo en lo técnico, pertenece íntegra a la Prensa, y para ella la reivindico, porque es verdadera guía espiritual de los que ponemos a diario en las columnas proyecciones de vida plasmadas en las letras de molde, entre la febril inquietud de la lucha y en medio de las penalidades incomprendidas de una profesión que se traduce en labor constante bajo el peso de tremenda responsabilidad.

No puedo en manera alguna desconocer que el hombre superior del que la memoria es aquí enaltecida, fué un verdadero poeta, cuyo estro alcanzaba las cumbres de la inspiración. Proclámanlo así estos brillantes vates que, en nombre de las letras regionales, hacen brotar sentidos acentos de sus enlutadas liras, en señal de duelo por la pérdida del patriarca de nuestra literatura contemporánea. Ha de demostrarlo también el delicado estilista Sr. Martí; y ante esos testimonios valiosísimos he de rendirme. Pero es que la mayor parte de las composiciones poéticas del Sr. Sánchez Madrigal, caen de lleno dentro del campo periodístico; y de que no

existe incompatibilidad entre la Poesía y la Prensa dan fé los felices bardos cultivadores de una y otra que en este acto intervienen.

La intuición brillante y genial del maestro posábase de ordinario en asuntos variadísimos, episódicos y bajo la razón de actualidad. No ya solamente los romances y quintillas que, con el pseudónimo anagramático de Al-Ma-grid, llevó a la hoja diaria, sino piezas de más altos vuelos, por ser de circunstancia, en el marco periodístico pudieron quedar encerradas.

El Sr. Sánchez Madrigal tenía de la Prensa el alto concepto de un apostolado. Por ello, destaca en sus escritos la fé robusta, sin eufemismos ni distingos, ni transacciones, que brota de la entraña castiza de la Apologética española. Y tan consecuente fué con su criterio, que, no ya solo su larga y asidua colaboración, sino las etapas de actividad directiva y profesional que a los periódicos dedicara, fueron obra generosa y desprendida de su entusiasmo por el ideal, exento en absoluto de toda mira de recompensa.

La gallardía de su pluma vibró, animosa, en campañas memorables, al combatir la actuación laica del bloque izquierdista, la sustitución del juramento por la promesa, las propagandas disolventes en la huerta y todo aquello que pudiera menoscabar los derechos sagrados de la creencia.

Porque era la virilidad una de las características del estilo periodístico de D. Ricardo Sánchez Madrigal. Con enérgica entereza defendió los derechos de Alemania en los días aciagos de la guerra europea, tanto más briosamente, cuanto mayores fueran la opresión y el peligro de vencimiento para los Imperios centrales, a los que profesaba un exaltado afecto. Briosamente, con ímpetu juvenil, vindicaba las contradiciones en la discusión de Prensa, y, con dignidad cristiana, adoptó severos gestos en las circunstancias que lo demandaban así.

Pero nada más lejos de la pluma de D. Ricardo que el dicterio o la invectiva. Su espíritu delicado era todo efusión, presidida por la gentileza y la elegancia de sus escritos.

En política, propugnó la unión de los católicos. Rindió admiración a la figura de Maura, sin perjuicio de sus devociones para lo tradicional en las instituciones históricas. Por ello, fué un adversario del Parla-

mento; y contra sus encrucijadas y personalismos ambiciosos, desató una noble indignación. Dos personajes le inspiraron acerba crítica: el conde de Romanones entre los liberales y el Sr. Sánchez de Toca entre los conservadores.

Para que nada faltase, entre las aptitudes periodísticas, al noble anciano, hallábase investido de un cierto dón profético, exigido a veces por la opinión, insatisfecha con el relato de lo presente y ganosa de que le anticipen el porvenir. ¿Queréis una prueba? Allá por agosto de 1908 vertía en las columnas de la Prensa el júbilo que rebosaba en su corazón por el triunfo del liustre Prelado que nos preside, al ingresar en el Cabildo de la Iglesia Primada, después de ruda lid con ocho contrincantes a los 25 años, y expresaba su creencia de que en los grandes centros donde el joven prebendado estaba llamado a distinguirse, tomaría parte en acciones campales como jefe de Cuerpo del Ejército de Cristo, como general acaso... Ya veis que la predicción se ha cumplido.

Las necrologías del Sr. Sánchez Madrigal constituyen un verdadero modelo. Ponía en ellas toda la exquisitez de sus sentimientos, realzada por los primores del arte. Recordamos las de Montesinos, Molina, Sobejano, Frutos Baeza, Verdú, Zapata, Cano, Codorníu... En todas ellas habla la emotividad del hombre bueno, que deplora la pérdida de un afecto, y del patriota entristecido ante el menoscabo que con cada uno de estos golpes sufre la pléyade de hombres eminentes, por algún concepto, de su país.

Como espíritu por esencia altruista, gozábase en apuntar las aptitudes de la nueva generación, señalando los éxitos de los jóvenes que en cualquier esfera de la actividad, comenzaban a destacarse. con frases halagüeñas que para ellos tenían el valor de una consagración.

Fué hondamente apasionado de todo lo español, incluso de la fiesta llamada nacional, a la que dedicó más de un artículo.

Las cosas de Murcia le preocuparon hondamente y a ellas consagraba de contínuo su atención en la Prensa.

Si nos viésemos obligados a clasificar la obra literaria, o, concretamente, los artículos de D. Ricardo Sánchez Madrigal, nosotros estableceríamos estas cate-

gorías: políticos, religiosos, sociales, literarios, científicos, artísticos y anecdóticos.

De la Asamblea celebrada en la Iglesia de S. Bartolomé por iniciativa de nuestro Prelado, puede afirmarse que arranca la acción social entre nosotros. En ese campo se movió desde el periódico el Sr. Sánchez Madrigal, así estudiando las diversas fases del problema fundamental, como fustigando los vicios del ambiente.

Tal vez la más copiosa producción de los trabajos periodísticos del ilustre finado, es la que puede ser comprendida bajo la denominación general de trabajos literarios. Sus *Charlas* amenísimas tenían una honda predilección en el público. Desde Cehegín, dedicaba sus vacaciones veraniegas a escribir acerca de variados asuntos, incluso de bibliografía y de crítica. Solía propender a la benevolencia en sus juicios, hasta el extremo de que el gran novelista Muñoz y Pabón, en carta saladísima, hacía votos porque todos los llamados a juzgarle siguieran sus huellas. Unicamente mostraba hostilidad a las nuevas formas de la métrica, empleadas por la que calificó de secta modernista.

Fué D. Ricardo Sánchez Madrigal un entusiasta del divino arte. En las *Charlas musicales*, lo mismo que en multitud de artículos sueltos y en los que escribió bajo el título *De re musicali*, mostró sus conocimientos profundos en la materia. Pero también acerca de obras pictóricas y escultóricas, escribió muy sugestivas impresiones.

Gran vulgarizador, a su pluma se deben curiosos trabajos acerca de la Ciencia geológica, de Astronomía y de Matemáticas.

Aparte de los relatos llenos de amenidad y de interés que, teniendo por asunto desde las fiestas locales, hasta los acontecimientos de familia, brotaron de su pluma, entre los cuales podemos incluir aquellas sugestivas Crónicas que, con el título *De domingo a domingo*, escribiera, su privilegiada memoria evocaba con fidelidad admirable, los hechos salientes del pasado, como los comprendidos en los *Recuerdos de antaño*, entre ellos el incendio de la Catedral, los de la inundación de 1879, los de El Escorial, los de la guerra de Africa y tantos otros, mientras con rasgos de sutil ingenio, saludaba la aparición en Murcia del primer guardia de seguridad o describía circunstanciadamente las muñecas de una tómbola.

MADRIGAL, PERIODISTA

En los diversos campos a que puede extenderse la actividad del periodista, D. Ricardo Sánchez Madrigal actuó con todo su prestigio, con la excelsitud de su talento y con la alada espiritualidad de un sér de organismos feble, porque toda la reciedumbre la había acaparado el ánimo.

Este hombre singular, lleno de optimismo en la senectud, ha enaltecido sobre manera a la Prensa, incorporando al periodismo sus relevantes merecimientos literarios, ganados en el coto de la poesía, en el que, hasta por fuero de apellido, tenía lugar propio.

El periódico que inmerecidamente dirijo le reconoce por maestro indiscutible, porque en él imprimió carácter y marcó acertadas orientaciones. En su colección se guarda, con todo el aprecio de inestimables joyas, gran parte de la producción feliz del Sr. Sánchez Madrigal. Obligado era el tributo de indeleble y de profunda gratitud que me complazco en rendir de nuevo a su memoria veneranda.

Pero con nosotros tiene Murcia el deber de procurar a toda costa que esos frutos de la fecundia inagotable de uno de los hijos de la ciudad que más la amaron y enaltecieron, no queden perdidos para las generaciones venideras como irremisiblemente sucede con el contenido de la hoja volante, de duración efímera.

Al recoger amorosamente esos destellos de la personalidad ilustre del maestro, habremos legado al porvenir una colección de doctas enseñanzas y de generosos impulsos, galanamente expresados con todos los resortes bellos del lenguaje; y, realizando un acto de justicia, constituiremos simultáneamente una cátedra de ciudadanía, de moralidad y de buen decir.—*He terminado.*

F. MARTÍNEZ Y GARCÍA

MADRIGAL

EMOCIONES DEL MOMENTO

Nuestro poeta no publicó volúmenes de versos, y nadie sabe la causa de este desvío, de este desdén por las compilaciones armónicas y ordenadas. No obstante, ha dejado una brillante estela poética: maravillosa cauda de su cerebro que cruzó por la vida con aspectos deslumbradores. Y sus poesías sueltas, sus cuentos y crónicas, fueron apareciendo en las columnas de la prensa diaria, en los escenarios y en los familiares e íntimos corrillos, como fulgentes aereolitos. Así para la asombrada atención de su auditorio.

Fué poeta y por serlo, su imaginación hacía del ruido más insignificante, una melodía... Caracterizaba al poeta, además de su vasta cultura, su poder de emoción y su corazón sano, un *leit-motiv* de emociones, que se elevaba desde el apagado tono de la crónica fugaz o el verso circunstancial, a la aguda nota—un poco estridente—de sus trabajos de crítica social y política o de sus romances patrióticos, en ocasiones de una cáustica sátira. Y entre unos y otras ¡qué mundo espiritual de acordes dulcísimos; qué orquestación maravillosa, qué gama tan compleja de acordes...!

Conociéndole, como yo le conocí, al leer sus campanudos romances y sus graciosas quintillas, se borran las letras y aparece su bondadoso semblante y se funden y amalgaman en un haz de simpatía, su respiración

reposada, su mirar grave y dulce, los movimientos que imprimía a su mano izquierda cuando recitaba en alta voz: en una palabra, el ritmo de su alma, confundido con el ritmo interno de sus poesías.

*

Naturalmente cada pais, cada época, tiene su forma de poesía, como tiene su modo de ser peculiar, su psicología y sus aspiraciones particulares: únicamente el fondo es universal... Madrigal con sus redondillas, sus décimas y sus romances, es decir con sus metros arcáicos y castizos, resultaba un rezagado siempre por la forma, y un rezagado a veces por el fondo... ¡Quejas lamartinianas en pleno siglo XX, cuando no acentos calderonianos o dejos zorrillescos! Fué un romántico que acudió tarde a la cita... Sus ídolos, cansados de esperarle, hacía ya cincuenta años que enfundaron la lira...

Era su alma la de un poeta español, antes que regional; y además de español, católico, tradicional y romántico a ultranza... Pero su romanticismo no era un fuego, como el de tantos otros poetas del siglo XIX, que se caldearon en el ambiente encendido y febril de la época; no, su romantícismo no fué una llama, fué todo un temperamento. No obstante, la exaltación de su catolicismo hasta la intransigencia y su constante tendencia moralizadora, fueron limitaciones que forzosamente habían de restar amplitud a sus temas y recortar las alas magníficas de su fantasía.

En sus actuaciones social, política, literaria y hasta municipal, Don Ricardo fué siempre y ante todo, poeta: condición que puso en su conducta una infinita piedad hacia los séres y las cosas; un amplio espíritu paternal, acogedor de toda noble iniciativa; pero también un ineluctable gesto de intransigencia para aquello que no fuera avalado con todas las garantías y los pronunciamientos de la equidad y de la justicia.

Le apasionó todo lo español y lo netamente castizo; y en verdad su indumentaria y sus rasgos personales estaban en perfecta consonancia con esos amores de toda su vida. La forma servía al fondo. Vedle: La perilla quevedesca; el chambergo rembranesco; la jacarandosa capa sobre los hombros; zorrillescas las sedeñas melenas... Con una pluma airosa en el sombrero y al cinto una tizona, hubiera podido murmurar bajo los soportales de

la plaza Mayor y atusarse los mostachos en la antecámara de Felipe IV... Un hidalgo del Greco.

Sus acentos calderonianos y su galanía espiritual, no le impidieron ser hombre de acción y de lucha. Este dinamismo suyo poníase de manifiesto en los consejos a la juventud: ¡Huid como del fuego—decía a los poetas noveles—de los ideales abstractos que emperezan y debilitan la voluntad, y amad y fortalecer los sentimientos reales, que son manantiales de energía y floración de la vida!

¡Y sin embargo él amó los ideales abstractos con todo el hervor de su sangre!

No buscó escalofríos nuevos, desdeñando esclavitudes de modas estéticas, pero se refugió en los viejos, que no son viejos ni nuevos sino eternos... Fué poeta por su vida y por su obra y expiró cantando como el cisne...

Repitamoslo: Su imaginación hizo siempre del ruido más insignificante, una melodía...

ENRIQUE MARTÍ

EL MURCIANISMO DE D. RICARDO

Es la de esta noche solemne una ocasión más, en que al hablar los de la generación actual de *nuestras cosas* murcianas, impregnamos las palabras en una ráfaga de melancolía y experimentamos espasmos silenciosos de adiós, de despedida y de dolor. Es que somos presa del sentimiento causado por la desaparición proxima de los hombres representativos de una restauración de energías en el alma murciana, porque cuando esa rastauración con ellos, parecía iluminarse con resplandores de aurora, tornóse el crepúsculo en vespertino, y los cantos matinales en elegías de ruiseñores nocturnos que se mecen blandamente sobre una rama de laurel.

El insigne Maestro Baquero, escribió: «Murcia ha sido siempre tierra abonada para la producción artística: con la hermosa fertilidad de su suelo ha competido en toda la historia moderna la fertilidad de su espíritu».

Si esto es así, el sentimiento, la conciencia de nuestra propia personalidad, no puede ser un fenómeno fugitivo sin arraigo interior y vital: que si esa personalidad vive y se extiende y se traduce en hechos colectivos y en emergencias del espíritu general, no es por impulso arbitrario ni por obra de la casualidad: nunca las determinaciones de un grupo de literatos y artistas revivirán lo que esté muerto, porque las literaturas y las manifestaciones del arte, como decía Revilla, son fenómenos esencialmente nacionales y esencialmente étnicos Serán modestos o brillantes, ostentarán nombres famosos que trasciendan a la literatura universal o nombres encastillados en la torre de marfil de sus

renunciamientos: pero ofrecerán la efusión de un espíritu dominante.

Al prologar un libro netamente murciano escribí yo que cuando veo que se quiere analizar nuestro regionalismo tratando rigurosamente de hallarle el género próximo y la última diferencia, me echo a temblar como temblaría si viera colocar a un ser todo juventud, espiritualidad y gracia, sobre la fría mesa de operaciones quirúrgicas. Los rasgos característicos de nuestra fisonomía, las especialidades que nos distinguen, podrán no satisfacer, porque se los considere exiguos o mezquinos, e! molde de los cánones donde los preceptistas quieran forjar un regionalismo perfecto: pero, ¿a quién le será dable medir y pesar, para declararlos grandes o pequeños, una manifestación de la inteligencia ni un sentimiento del corazón?

Rota estaba la vida local de las regiones por la epidemia histórica que envenenó las fuentes de la nacionalidad y convirtió el viejo solar en un mapa departamental a la francesa, cuando acaeció el desastre de 1898. el movimiento de regeneración que entonces brotó. se revistió de aspectos principalmente culturales y pedagógicos. Y se manifestaron dos tendencias: la de aquellos que estiman muy alto el poseer una literatura y un arte propios, saturados de sales nativas, estimuladores de una fertilidad de ingenio que sea reflejo de la del territorio, y la de aquellos otros asimilistas que quisieron emular los errores cándidos de los legisladores de Cadiz, olvidando que las abdicaciones del propio carácter las retribuye siempre la paga del desdén. Y lanzada la famosa fórmula del *europeismo*, en ella parecieron cristalizar la filosofía del desastre impulsándonos, no a llevar nuestros dolores con la elegancia y la soltura que aconseja Shakespeare, sino invitándonos a un presuroso renunciamiento de la propia personalidad que hacía temer al ilustre cronista Oliver, que nos convirtiéramos los españoles en *los isidros del mundo*.

Yá por entonces había conquistado nuestro Sánchez Madrigal un nombre en la literatura patria: era un romántico, si por romanticismo se entiende la protesta contra el pseudo clasicismo francés que acicalaba los rizos de la peluca de Boileau: sus Romances y Leyendas, de asuntos patrióticos estaban producidos en estilo zorrillesco netamente español: sus cantos poéticos a las hermosuras artísticas de esta tierra nativa, rebosan

un acendrado sentimiento de amor que siempre se refiere en ùltimo término, al amor sacrosanto de la patria común. El murcianismo de Don Ricardo no se entibió jamás: cuando sus deberes profesionales le llevaron a residir en la Corte y a vivir allí el mundo de las letras, retornaba a esta Ciudad constantemente para ser figura principal de Juegos Florales, Certámenes y Fiestas teatrales: y sin salir de Madrid, más de una noche, en aquella reunión literaria semanal de murcianos que en el Café de Levante presidía el insigne Balart, (lo recuerdo con la nostalgia de los años mozos) se recitaron en tono de amorosa confidencia, las cinceladas estrofas de «*El Cristo de San Migue*»l.

Volvió a Murcia Don Ricardo. ¡No había de volver! Volver era realizar el anhelo que palpitaba en su magnífico canto a *La Palmera:*

«Solo allí fatigado cobro la calma
De tu suelo bendito sobre la alfombra:
Solo allí satisfago la sed del alma.
Para mi sepultura, quiero tu sombra
Y si alcanzo la gloria, quiero tu palma».

Volvió amargado y triste por la literatura del desastre; y enfurecido contra los modernos decadentes, malos intérpretes del vigoroso grito del Moncayo, rebosantes de hiel, *excépticos antes de saber pensar, pesimistas antes de saber vivir.*

Sus escritos en prosa y en verso son la afirmación vibrante de la reversión hacia nosotros mismos para aprovechar en empresas de engrandecimiento nacional, la fuerza del inmenso torrente de sentimiento y de pasión, de pensamiento y de sutileza que late en las manifestaciones literarias de la vida de las regiones.

Entre nosotros se habla mucho del amor a nuestra tierra: pero ello encierra una verdad incompleta: cierto que aquí sentimos gran apego a lo nuestro, pero no con aquella fuerza irresistible que impulsa a otras regiones a salir de su recinto y a difundir su esencia. Nuestras costumbres, nuestras instituciones, nuestra literatura, nuestra música, nuestras obras de arte en general, se han mantenido inmóviles, sin ideal intensivo, en un ambiente retraido y casero: ha pesado demasiado sobre nosotros el sentimiento de nuestra pequeñez: y hemos

debido tener mas en cuenta aquella advertencia de Séneca, repetidamente invocada por el Maestro Baquero en sus obras, de que «hemos de amar a la patria no por grande, sino por nuestra».

El murcianismo de Sánchez Madrigal no era así: su amor a lo nuestro tenía un dinamismo prodigioso, una aspiración vehemente a difundir, a penetrar, a merecer una significación activa y militante, para que al soplo de sus auras prolificas las letras y las artes murcianas se cubrieran de nuevas florescencias y se respirara por todas partes la fragancia de los azahares y los jazmines, recien abiertos en la eterna pubertad de nuestra espléndida naturaleza.

Por eso cuando creía desconocida una de las modalidades de nuestras glorias, corría al palenque de la discusión con vigoroso ímpetu: así, le sorprendió la muerte cuando retaba a singular polémica a quien había parecido desconocer que el rostro pálido y celestial de la Dolorosa de Salzillo es la expresión más sublime del dolor maternal divino.

*

Hace pocos meses, en inolvidable solemnidad académica celebrada en esta Ciudad, un insigne Maestro de la Ciencia y de la Oratoria, (1) español catalán, analizó los valores estéticos y la virtud artística de esta nuestra Ciudad quietadora, prorrumpiendo, desde su seno, en un magnífico canto a la lágrima española, diamante patrimonial de la raza. Permitidme que en esta noche de veneración, y amor inenarrables para uno de los más puros prestigios de la Ciudad quietadora, invoque yo, para depositarla en homenaje, a la murciana lágrima.

¡Lágrima murciana que surcó amarga los atezados rostros de los agarenos que por destino providencial perdían la posesión de esta tierra que llamaban *de la bendición de Dios:* Lágrima murciana que brilló en la pupila del Rey Sabio cuando en *bon galizano* entonaba sus tiernas y dulcísimas trovas a la Virgen Santa María. Lágrima murciana que cristalizó como un rubí de encendida caridad en el corazón de aquel Príncipe de la Iglesia que se llamó Belluga.

---

(1) Iltmo. Sr. Doctor D. Pedro Font y Puig.

EL MURCIANISMO DE D. RICARDO

Lágrima murciana que por la inspiración celeste de Salzillo se amasó con gotas de la sangre y el sudor divinos en la faz estupenda del Cristo de la Caída. Lágrima murciana que vibra como una gota de cristal en la piadosa Salve de los Auroros y resbala melancólicamente en el castizo canto de la trilla, y tiembla, plena de gracia y de pasión, entre las cuerdas de la guitarra huertana. Lágrima murciana que fulgura en los ojos de la Torre cuando la Nona se estremece de alegría o de dolor. Lágrima murciana que condensa todos los esfuerzos de nuestra historia, todas las intuiciones de nuestra alma y todos los fervores de nuestra fé. Lágrima murciana que todos los años se cuaja en una perla de celestial oriente sobre la pálida tez de la Virgen Dolorosa, cuando se ilumina con el primer rayo del sol en la mística mañana del Viernes Santo, y todos los años se disuelve y se enjuga al roce consolador del manto de la Virgen de la Fuensanta!

¡Noble y fecunda lágrima murciana, saturada de los perfumes de las flores de la Vega y del olor de las virtudes de nuestras mujeres. Si me atreví a invocarte es porque tú, jugo inmortal de la raza, eres el único bálsamo digno de ungir amorosamente el yerto corazón del gran murciano Don Ricardo Sánchez Madrigal.

EMILIO DIEZ DE REVENGA

RESUMEN

El Iltmo. Sr. Obispo de Jaca preconidado de Salamanca Dr. Frutos Valiente, resumió la velada necrológica en un discurso cuya síntesis extractamos: Comenzó diciendo que por la mañana había rendido el mejor homenaje al ilustre Madrigal, al distribuir en aquel mismo salón del Círculo el Sagrado Pan Eucarístico a los amigos del llorado muerto. Casi fuera acertado guardar respetuoso silencio; porque su palabra llena de emoción en aquellos instantes, no iba a estar acorde con la inusitada brillantez de tan magno homenaje literario.

Bien es verdad que no se sabe si esta es una festividad funeral o gloriosa, ante el lucimiento y el afecto que entraña. Yo creo que las dos cosas a la vez. Los que emigraron hacia el cielo, después de una vida cargada de méritos, son más felices que nosotros, y su tránsito constituye como una fiesta de consuelo y de esperanza. Pero lo es ésta tambien de tristeza, por lo que respecta a la pérdida de un valor tan representativo de la poesía, en esta Ciudad en que vimos la luz primera.

El ilustre orador pondera las grandes bondades y el vario y claro talento del homenajeado, diciendo que el arte del que fué sacerdote, es una belleza aspirada e irradiada de Dios sobre la Humanidad, a quien como regalo, concedió poderla gustar por medio del sentido estético; esplanando a este propósito conceptos filosóficos y teológicos profundos y arrebatadores. Después, en confirmación del carácter y de la nobleza de la inspiración de D. Ricardo, cuenta hechos y frases suyas que demuestran al propio tiempo que el vuelo romántico de su alma grande, el cariño entrañable que sentía por esta tierra nuestra, a la que estaba tan vinculado que una de las veces que el orador, residiendo en Toledo, le invitó

a visitar la histórica ciudad, hubo de contestarle al fin, »no salgo por ahora de Murcia pues me siemto atado a »mi tierra por misteriosas ligaduras, y además... si yo »muriese fuera de Murcia!»

D. Ricardo si fué un español extraordinariamente amante de su patria, fué conjuntamente un murciano idolátrico que adoró a su ciudad natal hasta la exageración.

Sus campañas de Prensa, al servicio de los grandes ideales tradicionales y caballerescos de la nación, le encendían el ánimo, hasta el punto de que hubiera declarado la guerra a las potencias extranjeras que en algún momento de la historia, nos han inferido el menor agravio o menosprecio.

Los afectos de su musa casi estuvieron exclusivamente dedicados a cantar las bellezas y los sentimientos del alma murciana: la semblanza «del Angel», y el milagro de Dolor de «la Virgen» de Salcillo, la esbeltez de las palmeras huertanas, el sonido de la Nona...

Aprovechando la oportunidad de las noticias triunfales del viaje que estaba haciendo en aquellos instantes el hidro-avión *Plus-Ultra*, cercano ya a las riberas de America, (1) compara la vida y alientos de Sánchez Madrigal con uno de esos gigantes aéreos que hubiese ido cargado a través de la vida de todas las esencias: la de la poesía, la de la bondad, la del españolismo, la del murcianismo... y cuando D. Ricardo llegara al cielo en su Pegaso, cargado de todas aquellas sutiles esencias, se vería sorprendido con que no podría entrar al paraíso con los bagajes de su artefacto, porque en el cielo había muchos españoles y muchos murcianos que no podian allí dedicar sus amores a España y a Murcia, sino a Dios mismo, centro de todos los amores, y había innúmeros poetas como él, pues todos los ángeles lo son, en cuya compañía indudablemente le habrán dejado cantar eternamente al Sumo Bien que siempre le enamoró por acá en su peregrinación.

Terminó su discurso el Prelado dando un cálido viva a España que fué unanimemente contestado entre los acordes de la Marcha Real, recibiendo una estruendosa ovación del auditorio, y muy efusivas felicitaciones.

---

(1) Se recibió la esperada misiva por telegrama que se llevó al Sr. Gobernador Civil, que ocupaba la derecha del Dr. Frutos en el estrado: Quien leyó el telegrama que el auditorio recibió con aclamaciones entusiastas y el sexteto tocando la Marcha Real

INDICE

	Págs.
Preliminar	VII
Prólogo-Dedicatoria	3
¡Sursum lira	11
A la Virgen de la Fuensanta	13
A la Patria	14
A Cervantes	16
Canto de Amor	19
A la torre	22
Dudas y temores.	26
El 8 de Febrero de 1877	28
A Murcia	31
En la inauguración del Teatro de Romea, después del segundo incendio	33
A su reja	35
La palmera.	37
Los restos de un grande hombre	40
Desaliento	46
A Pilar	47
La Nona	e9
El día de difuntos	53
El clavel reventón	56
Impromptu	57
Al Rey.	60
El Monasterio de la Luz	62
El harpa muda	69
A Julián Romea	72
El Talión	78
¡Sursum Corda!	82
El Beso de Judas	83
A D. Lope Gisbert	85
A la grata memoria de mi entrañable amigo el erudito arqueólogo D. Javier Fontes y Ponte	87
A la Sagrada Eucaristía	88
¡Gibraltar!	92

Págs.

Mi ofrenda 93
El Angelus 96
¡Al Rif! 97
Al «San Jerónimo» de Salzillo 100
Al eminente maestro compositor murciano D. Manuel Fernández Caballero 101
La envidia 105
El bombero muerto 106
«Dolores» 109
Echegaray 110
A D. José Feliú y Codina 111
La cuestión social 112
Antinomia 115
León XIII 116
El libro de Balart 119
El paso de la Custodia por un convento de monjas. . 121
Ante mi caricatura 122
Epístola 124
A los pies de un Crucifijo 128
Cehegín 129
El Vilano 133
Els Segadors 137
A D. Andrés Baquero 142
Saludo a la bandera 144
Sobre mi retrato. 145
San José 148
Mariposas y flores 151
El Monumento a Belluga 152
De Codorníu 153
Ante el busto de Selgas 159
A Miguel Pelayo. 162
A la torre 164
Versos de abanico 178
La sombra eterna 169

VERSOS DE ABUELO

Las manos de la niña 175
¡Sin ti 176
(Sin título) 177
Aún hay Talismanes 178
La Dolorosa de Salzillo (drama) 281

APÉNDICE

Estética y juventud en D. Ricardo 217
Madrigal, Periodista 226
Madrigal.—Emociones del momento. 231
El murcianismo de D. Ricardo 234
Resúmen 239

CONTRIBUYENTES AL HOMENAJE A

D. RICARDO SÁNCHEZ MADRIGAL

CORPORACIONES

Excmo. Ayuntamiento de Murcia,	1.000
Excma. Diputacion Provincial,	494
Cámara de la Propiedad Urbana,	250
Círculo de Bellas Artes,	150
Periódico «La Verdad»	125
Real Sociedad Económica de Amigos del País,	100
Real e Ilustre Cofradía de Ntro. Padre Jesús Nazareno,	100
Junta del Patronato del Museo Provincial de Bellas Artes,	100
Círculo Mercantil,	25
Círculo Católico de Obreros de Murcia,	25
Círculo Católico de Obreros de Cehegín,	15
Comisión Provincial de Monumentos de Murcia,	15
Claustro del Conservatorio Provincial de Música y Declamación,	10
Cofradía del Patriarca S. Joaquín (S. Pedro de Murcia),	5
Total,	2.414

PARTICULARES

Aguilar-Amat y Barnuevo (Iltmo. Sr. D. Juan),	25
Alvarez Caparrós (Iltmo. Sr. D. Antonio),	5
Asensio Illán (D. José),	100
Arrojo (D. Luis),	10
Almansa Molero (D. Andrés),	25
Barnuevo y Rodrigo de Villamayor (Iltmo. Sr. D. Enrique),	25
Bosch, viuda de Codorníu (Iltma. Sra. D.ª Mercedes)	25
Suma y sigue,	2.629

Suma anterior,	2.629
Bernal Gallego (D. Bartolomé),	25
Bañón (D. Anselmo),	5
Ballester (D. José),	5
Bosque (D. Joaquín y señora, D.ª María Buendía),	5
Barrenas (D. Carlos),	5
Boluda (D. Pedro),	2
Blanc (D. Angel),	15
Cierva Peñafiel (Excmo. Sr. D. Isidoro de la),	25
Careaga (D. Inocencio),	25
Carrillo Yelo (D. Jesús),	5
Carrillo Martínez (D. Jesús, Cura Regente de Aguilas),	5
Campillo (D. Manuel),	25
Cerdá Vidal (D. Joaquín),	10
Climent Erades (D. Ramón),	4
Cegarra Salcedo (D. Andrés),	5
Durán Estrugo (D. José M.ª),	50
Diez de Revenga (Iltmo. Sr. D. Emilio),	25
Egea (D. Ricardo),	5
Espín (D. José),	5
Excmo. e Iltmo. Sr. Obispo de la Diócesis),	50
Fernández de Velasco (D. Recaredo),	10
Fernández Asensio (D. Ramón),	10
Font y Puig (D. Pedro),	15
Guerrero Ruiz (D. Juan),	5
González Olivares (D. Fidel),	25
Guirao Girada (Excmo. Sr. D. Angel),	50
Guillamón (D. Víctor),	25
González Sanz (D. Mariano del Carmen),	5
García Martínez (D. José),	50
Gascón Leante (D. Adolfo),	10
González (D. Ignacio),	5
Hernández Mora (D. José),	25
Hernández-Ros (D. Claudio),	5
Hernández-Ros y Codorníu (D. Antonio),	5
Hernández (D. José, Srio. del Obispado),	10
Iltmo. Sr. Obispo de Salamanca,	25
Ibañez Carrillo (D. Manuel),	5
Ibañez García (D. José M.ª),	10
Jaén (D. José, Párroco del Carmen en Cartagena),	5
Lorca Tortosa (D. José),	5
López Sánchez-Solís (D. Mariano),	5
López Maymón (D. Julio, Deán de Cartagena),	5
López Ortega (D. Patricio),	5
Lucas Ruiz (D. Antonio),	5
Luna (D. Luis),	5
Llovera (D. Vicente),	15
Martínez García (D. Francisco),	5
Marín (D. Rafael),	1
Murcia (D. Serafín),	5
Maestre Pérez (Excmo. Sr. D. José),	50
Martínez Serón (D. Alejandro de),	5
Suma y sigue,	3.350

Suma anterior,	3.350
Martínez García (D. Francisco; segundo donativo),	25
Mérida (D. Jesús),	5
Martínez Bernabé (D. Pedro),	2
Martínez (D. Pedro),	10
Marín-Ruiz de Assín (D. Amancio),	25
Moreno Pretel (D. Mariano),	5
Morales Rocamora (D. Antonio),	5
Martín (Rdmo. P. Antonio, Vicario General de los Franciscanos),	10
Melgares (D. Ramón),	10
Martínez López (D. Vicente),	5
Martínez de Campos (D. Ramón),	5
Martínez-Moya Crespo (D. Salvador),	45
Marqués de Torre Octavio (Excmo. Sr.),	5
Navarro (D. Joaquín),	10
Navarro (D. Juan Pedro),	15
Navarro y Abellán (D. José Miguel),	5
Ortega Pagán (D. Nicolás),	5
Oñate, Pbro. (D. Antonio),	10
Pardo Fernández (D. José),	5
Payá Navarro (D. José M.ª),	25
Payá Soria (D. José M.ª),	5
Pato Quintana (D. Francisco),	5
Reyes (D. Raimundo de los),	5
Rodríguez Martínez (D. José Antonio),	5
Rebordosa Sadurni (D. Manuel),	5
Rolandi (D. Bernardino),	10
Río (D. Gonzalo del),	10
Ruiz Molina (D. Julio),	5
Ros (D. José),	5
Sobejano Alcayna (D. Andrés),	5
Sánchez Pérez (D. Félix),	5
Salgado Biempica (Excmo. Sr. D. Arturo, Gobernador civil de la provincia),	50
Sánchez Ruiz, (D. Pedro, Párroco de la Raya),	5
Sánchez Meseguer, D. Manuel, Párroco de San Nicolás),	3
Torralba (D. Jesualdo),	1
Templado (D. Diego),	10
Tebar García Valladolid (D. Valentín),	5
Trigueros Molina (D. Juan Jesús),	5
Tomás Pérez (D. José),	5
Viudes Guirao (D. Adrián),	25
Valcarcel Gil de Ossorio (D. Gonzalo),	5
Zamora Martínez (D. Antonio),	5
Suma total,	3.766

Se acabó de imprimir este libro
en los Talleres de la «Ti-
pografía San Francis-
co», el Día 8 de
Diciembre
del año
1927

SF
MURCIA